

LENGUA ERÓTICA

ANTOLOGÍA POÉTICA PARA HACER EL AMOR

S E L E C C I O N
JUAN GUSTAVO COBO BORDA

VILLEGAS • POESÍA





La poesía nace en la lengua. En la lengua física de quien habla y en la lengua que emplea para comprender, designar y hacer suyo el mundo.

La poesía erótica en lengua española tiene una carga expresiva de una intensidad sin igual. Desde sus orígenes mismos, en el monasterio de Santo Domingo de Silos, cerca de Burgos y hace mil años, las primeras palabras en español son glosas “de las diversas clases de fornicación”, a partir de un texto latino, y con destino a un penitencial.

Es revelador entonces que del arcipreste de Hita a la conturbadora relación entre mística y erotismo, con san Juan de la Cruz, la lírica inicie su andadura bajo esta doble constelación de gozo y culpa, de esplendor y pecado. Igual sucede cuando en el siglo de oro español, y con jubiloso fervor, Lope de Vega, Góngora y Quevedo cantan, denigran y exaltan la pasión, e incluso otro gran poeta, el conde de Villamediana, muere en oscuro lance por haber seducido, al parecer, a la reina de España. Esta vocación se mantiene aun en la música incomparable con que Rubén Darío extrae del cuerpo de Venus, eterno símbolo del deseo, un acorde único: aquel que irriga y dulcifica toda la poesía en lengua española hasta nuestros días, de José Martí a José Asunción Silva, de Borges a Neruda, de Federico García Lorca a Octavio Paz.

Estos son algunos de los nombres claves de este libro, una vasta antología de la poesía erótica en lengua española, donde fray Luis de León traduce el Cantar de cantares, sor Juana Inés de la Cruz, Delmira Agustini y Alejandra Pizarnik dan voz a la mujer, y Luis Cernuda, Porfirio Barba Jacob y César Moro consideran en sus versos el cuerpo masculino como un espacio de revelación. Pero hay mucho más.

El corpus de la poesía erótica es tan denso como sutil, supera sexos y nacionalidades, vence al tiempo y hace del poema la única patria real. El posible paraíso recuperado en la tierra. Con acento propio y auténtica capacidad expresiva. Grandes poemas, como “Las furias y las penas” de Neruda, la “Oda a Walt Whitman” de García Lorca o el “Diálogo entre Venus y Príapo” de Rafael Alberti, conviven en este libro delicioso y revelador

con el humor, gracia e ingenio de pequeñas joyas luminosas cuya lectura no es sólo un placer. Es también una revelación sobre nosotros mismos, y sobre ese otro que desnudo cubrimos con palabras ardientes y exaltadas: las que una lengua erótica, el español, nos brinda para aprender a amar. Para hacer el amor.

La poesía erótica incita y petrifica a la vez. Esto fue una vez: esto será siempre. Puede lindar con la obscenidad y la pornografía, con aquello aparentemente sucio que la moral margina como tal. Cae en el manido estereotipo, en la cursilería que puede ser sublime. De Rubén Darío a Agustín Lara sólo hay un paso. Pero en sus momentos más altos es una piedra de toque que pulveriza toda esa turbiedad adolescente, toda esa inmadurez verbal. Porque la auténtica poesía erótica es creación pura: inventa, fabula. A partir de las ruinas, del abandono o la humillación, de la súplica —¿cómo era, Dios mío, cómo era?—, yergue su castillo de palabras.

Juan Gustavo Cobo Borda

Lengua erótica

Texto de: Juan Gustavo Cobo Borda

La poesía no sólo ha cantado al deseo. Es el deseo mismo quien se expresa y se hace palabra a través de la poesía. Es el deseo quien está en los orígenes —un reino al pie del Himalaya, un rey que ansía a la mujer de otro en Asia Menor— y así surge este mar infinito al cual ahora buscamos ponerle nombre y rostro.

Paradójico intento: la poesía disuelve todos los rasgos en el tumultuoso curso de una lengua que utiliza a los poetas para decir su verdad, la del deseo, y luego los deja de lado. Son ellos apenas los mediadores para que brille el fuego de esos cuerpos perdurables. Ese cuerpo que otros llaman poema.

Fray Luis de León lo hace con el *Cantar de cantares del rey Salomón* en una España inquisitorial que lo condenará, entre otros motivos por este, a cinco años de cárcel.¹ Gabriel Zaid, en México y en nuestros días, se sorprende con unas canciones creadas en la India hacia 1400: están más vivas que cuanto ve a su alrededor.

El eterno retorno del deseo no se da sólo en la traducción que universaliza. Está en la lengua misma, la lengua española, que desde sus comienzos, con el Arcipreste de Hita, el anónimo romancero, el marqués de Santillana nos trae vaqueras y pastores. Bosques y cuevas, ásperos y mullidos, para retozar lejos del ojo ajeno —no de la lengua del poeta. Noches demasiado cortas ante el canto del alba del ruiseñor.

Ya desde entonces el poeta poniéndose máscara de hombre o de mujer, de animal o de árbol, como Dafne, más allá de sexo, política, clase, iglesia o nación, en la búsqueda de su voz. Voz densa y urgida, o leve y musical, como en el conde de Villamediana, que abre el baile de los vocablos, el acoplamiento de las sílabas, el entrelazamiento de las frases que se unen y deslizan para dibujar la silueta de la única patria posible: el cuerpo amado, la forma verbal. Definición de lo humano: seres que balbucean y ordenan los verbos de la pasión.

Por ese cuerpo vamos al alma, sin olvidar aquellos versos del poeta brasileño Manuel Bandeira titulados “Arte de amar”:

Si quieres sentir la felicidad de amar, olvídate de tu alma.

El alma arruina el amor.

Sólo en Dios ella puede encontrar satisfacción.

No en otra alma.

Sólo en Dios —o fuera del mundo.

Las almas son incomunicables.

Deja que tu cuerpo se entienda con otro cuerpo.

Porque los cuerpos se entienden pero las almas no.

(Versión: Estela Dos Santos)

Por ello desde los Vedas, desde el Cantar de los cantares, compiten la ley y el deseo en pos de la miel del placer. Nos miramos a los ojos para descender al oscuro pozo de lo innombrable, donde hay siempre un feroz combate: basta pensar en “Las furias y las penas” de Neruda. En el coito feroz, como de espadas al tajar la carne, de que habla la poeta uruguaya Idea Vilariño, quien dedicó sus poemas de amor a ese otro buzo de las profundidades, Juan Carlos Onetti.

En ese ámbito donde las palabras no alcanzan, el poeta a riesgo de su salud —como en el caso de la suicida Alejandra Pizarnik, de la suicida Alfonsina Storni— corre el riesgo y explora la noche. Elabora los nuevos alfabetos, para ese sol que ciega y deslumbra. No el desangelado lenguaje del mercado, con su guiño falaz de comerciante que busca aquí “un pesito más”, que ofrece allá “una rebajita”, en esa falacia de los diminutivos engañosos, de buhonero de feria, sino en el esplendor de quien se brinda íntegro, mientras más desnudo más lleno de sugerencias y atisbos. La poesía asume así humor y lujuria. Exacerbación y placidez. Mira y se tensa. Cierra los ojos e imagina. La realidad es aquel cuerpo inabarcable que se fragmenta en seno y labios. “Falo el pensar y vulva la palabra”, como dijo Octavio Paz desde la India en su complejo poema “Blanco” al buscar que sensación e idea, percepción y tacto, logren abolir las dicotomías ramplonas e integren un solo texto: el texto feliz del poema, al abolir el tiempo rapaz con su blanca agua desencadenada.

“Las palabras hacen el amor”, recordaba André Breton. Y ellas no son un espejo donde nos reflejamos distantes. Las palabras son el propio cuerpo, erguido y urgido o distendido y reconciliado. No es de extrañar que Rubén Darío se vuelva uno con Rufo Galo, legionario romano, quien antes de ser devorado por los perros recuerda como hizo suya a “la imperial becerra”. “Yo fui un soldado que durmió en el lecho/ de Cleopatra la reina” y quien ahora se pregunta por qué sus “dedos de bronce no apretaron/ el cuello de la blanca reina en broma?/ Eso fue todo”. Quien entra a la cámara nupcial de la Diosa Blanca —la musa de la poesía— debe estar dispuesto a enfrentarse a sus miedos más recónditos, a sus silencios estremecedores, a la muerte misma que suscita la vida. Federico García Lorca y Luis Cernuda, Porfirio Barba Jacob y César Moro hacen del cuerpo masculino la otra llama arrasadora: que aún arde y quema o deambula insomne, como en los nocturnos de Xavier Villaurrutia.

La poesía erótica incita y petrifica a la vez. Esto fue una vez: esto será siempre. Puede lindar con la obscenidad y la pornografía, con aquello aparentemente sucio que la moral margina como tal. Cae en el manido estereotipo, en la cursilería que puede ser sublime. De Rubén Darío a Agustín Lara sólo hay un paso. Pero en sus momentos más altos es una piedra de toque que pulveriza toda esa turbiedad adolescente, toda esa inmadurez verbal. Porque la auténtica poesía erótica es creación pura: inventa, fabula. A partir de las ruinas, del abandono o la humillación, de la súplica —¿cómo era, Dios mío, cómo era?— yergue su castillo de palabras. De modo certero lo dijo Antonio Machado en sus otras canciones a Guiomar:

Todo amor es fantasía;
el inventa el año, el día,
la hora y su melodía,
inventa el amante y, más,
la amada. No prueba nada,
contra el amor, que la amada
no haya existido jamás.

La poesía restituye las cosas a su sitio: les da valor, peso y jerarquía. Demuestra la nauseabunda indolencia de los medios nutriéndose de flácidos lugares comunes. Repitiendo lo que otros antes han dicho. Al asegurar, impávidos, que Borges no puede ser un poeta erótico por tímido y discreto, por elegante y ciego. Pues no: en el erotismo la reticencia también puede ser una virtud explosiva. Todo brillará aun más, con claridad milenaria. Así los poetas arábigo-andaluces.

El mejor Neruda, el de Residencia en la tierra, dirá a mi izquierda: “Hay miedo en el mundo de las palabras que designan el cuerpo”, en su célebre “Ritual de mis piernas”. Borges, a mi derecha, hablará de “La dicha”: “El que abraza a una mujer es Adán. La mujer es Eva”.

Todo sucede por primera vez.
Los tranquilos animales se acercan para que yo les diga su nombre.
Los libros de la biblioteca no tienen letras. Cuando los abro surgen

.....

Loado sea el amor en el que no hay poseedor ni poseída,
pero los dos se entregan.
Todo sucede por primera vez, pero de un modo eterno.
El que lee mis palabras está inventándolas.

Como lectores encarnar las palabras del otro: tal el secreto designio de este libro.

Rubén Darío en “La poesía castellana”, un poema de 1882, realiza una pequeña historia de la misma, desde el Cantar de Mio Cid hasta

los Heredia, los Caro,
los Palma y los Marroquín.

Se apropia así de toda su herencia; esa herencia que él retoma, transforma y enriquece de modo singular, gracias a su genio y a su ingenio. A la luz cordial (y musical) de su energía creativa, el poeta de las sombras y los abismos es el poeta del sol, de la marcha rítmica y sonora. Y es también el poeta de la pesadumbre meditativa, poniéndose a sí mismo en duda, ante esa sucesión de cisnes que lo interrogan, de perplejidades que lo cercan y acosan.

Sólo que los años pasan y mengua su fuerza. Le queda el recurso de tornar al agua primordial, al núcleo central: el fuego del deseo.

Si en “La poesía castellana” repasa con nombres propios nuestra tradición, la de la lengua española como instrumento de creación, en un poema como “Divagación” Darío colocará sobre el rostro de la musa las sucesivas máscaras teatrales de la pasión. “¿Te gusta amar en griego?”, la pregunta, y se responde:

Amo más que la Grecia de los griegos
la Grecia de la Francia, porque en Francia,
el eco de las Risas y los Juegos
su más dulce licor Venus escancia.

Venus en todos los idiomas: griego, francés, alemán, japonés, hindú. Recurrirá al exotismo y a la reina de Saba porque en definitiva es latinoamericano. Tiene todos los rostros y ninguno. Un espacio verbal abarrotado de influjos y la desierta página en blanco donde debe colocar los signos de su emoción y de su incertidumbre. El deseo que incendia el mundo, con “hambre de espacio y sed de cielo”, como lo dice en forma única. Y donde rasga la negrura con trazo incandescente:

En el oscuro cielo Venus bella temblando lucía,
como incrustado en ébano un dorado y divino jazmín.

Ante esa Diosa se inclina,

y en siderales éxtasis no dejarte un momento de amar.

Para concluir con este lancinante acierto:

Venus, desde el abismo, me miraba con triste mirar.

El erotismo termina por recordarnos nuestra condición mortal. De la juventud a la vejez, de quien quería ser una Margarita Gautier hasta Francisca Sánchez, la sirvienta en la pensión de Madrid que Enrique Molina exaltó en un poema fulgurante, Rubén Darío está en el centro de nuestra actual constelación poética, y a partir de él podemos remontarnos, vía Quevedo, hasta Lope de Vega y el romancero y los manantiales mismos del origen. Sin olvidar nuestra fe de bautismo, que nos ha recordado Antonio Alatorre en un libro excepcional: *Los 1001 años de la lengua española* (México, Fondo de Cultura, 1989).

El español nace hacia el 950 en dos monasterios cerca a Burgos: San Millán y Santo Domingo de Silos, donde monjes y novicios copian manuscritos medievales en latín e intercalan glosas y comentarios, ya en español. Anota Alatorre:

El manuscrito de San Millán contiene sobre todo unas homilias o sermones de San Agustín, y el de Silos un penitencial, especie de 'recetario' de penitencias para los distintos pecados o los distintos grados de maldad de un pecado. (Es curioso observar que el capítulo más abundante en glosas es el que trata 'de las diversas clases de fornicación'. Se ha sugerido que el glosador era un estudiante de latín, no precisamente un monje; bien podemos imaginar que era un novicio joven (p. 104).

En definitiva: un poeta. Sin olvidar que la otra figura, san Agustín, como lo vio bien el chileno Gonzalo Rojas también fue un poeta que pecó en la carne de la palabra:

ni Agustín
de Hipona que también fue liviano y
pecador en Africa hubiera
hurtado por una noche el cuerpo
a la diáfana fenicia.
("Quedeshim Quedeshot")

Tal el origen de esta lengua erótica: la nuestra. Allí donde variadas aguas se funden en la misma medida en que los cuerpos se unen y dialogan entre sí.

Este libro es en consecuencia un cuerpo verbal ramificándose en mil deltas, pero siempre animado por un único impulso: el que la lengua española ha forjado como poesía erótica sin demasiados melindres académicos ni preocupaciones de épocas y escuelas. Más bien como el poderoso torrente que desde el comienzo de los tiempos agolpa en la garganta su ansia expresiva para decir deseo. Para tatuar en otra piel la constelación pasional de esas estrellas que Quevedo llamó "las fieras altas de la piel luciente".

Sí, esos "volcanes florecidos", o esos "relámpagos de risa carmesíes", serán nuestro asunto. El deleite de ver cómo la palabra hace del animal humano un ser que habla. Una persona que en el don gratuito de la poesía encuentra su definición y su destino. Esa "¡Carne, celeste carne de la mujer!", de que hablara Darío no morirá, por cierto, como tampoco los dioses paganos o las figuras del efebo, Safo, la hetaira o el hermafrodita. Tenemos

el privilegio de recorrerlas de nuevo, entre la emoción y el duelo. Entre la exaltación feliz y el arduo combate para preservarlas, en esas cápsulas de tiempo que son los poemas. Quizás por ello Rafael Alberti, un gran poeta erótico como lo revela su “Diálogo entre Venus y Priapo”, también hizo, como Darío, su propia Canción de canciones (1995), los mejores poemas de amor de la lengua castellana, y allí puso, al terminar el siglo xx estos versos del siglo xvii escritos por Lope de Vega, que bien pueden ser adecuado epígrafe, para mostrar como ese “dueño de quien soy cautivo”, el poeta quien cree usar la lengua y ésta lo traspasa con su resplandor y su certeza, detiene el tiempo e impide que el hombre se disgregue en bestia. El poema le ha recordado que existen poderes más sólidos y perdurables que los del dinero o las armas, que los de la tecnología y el (aparente) progreso. Diosas blancas pendientes en todas nuestras encrucijadas, ellas nos obligan a decir, con Lope de Vega:

Hermosísima pastora,
señora de mi albedrío,
reina de mis pensamientos,
esfera de mis sentidos:
cielo de mi alma, que os doy,
sol que adoro, luz que miro,
fénix de quien soy el fuego,
dueño de quien soy cautivo,
regalo de mi memoria,
retrato del paraíso,
alma de mi entendimiento
y entendimiento divino.
Hermosa señora, reina,
esfera, cielo, sol mío,
luz, fénix, dueño, regalo,
imagen, alma y aviso,
si os he ofendido,
mátenme celos y en ausencia olvido.

Notas

1. Ver el bello libro de Karl Vossler: Fray Luis de León, Madrid, Espasa Calpe, Austral 565, 1946.

Salomón

Cantar de cantares

Versión en octava rima de Fray Luis de León

Capítulo I

Esposa

Bésame con su boca á mí el mi amado,
son mas dulces, quel vino, tus amores:
tu nombre es suave olor bien derramado,
y no hay olor, que iguale tus olores:
por eso las doncellas te han amado,
conosciendo tus gracias, y dulzores:
llévame en pos de ti, y correremos,
no temas, que jamás nos cansaremos.
Mi Rey en su retrete me ha metido,
donde juntos los dos nos holgaremos:
no habrá allí descuido, no habrá olvido,
los tus dulces amores cantaremos:
en ti se ocupará todo sentido,
de ti, por ti, en ti nos gozaremos:
que siendo sin igual tu hermosura,
á ti solo amaré toda dulzura.
Morena soy, mas bella en lo escondido,
ó hijas de Sión, y muy hermosa:
porque allí en lo interior no ha podido
hacerme daño el sol, ni empecer cosa:
á tiendas de Cedar he parecido:
que lo que dentro está, es cosa preciosa,
velo de Salomón, que dentro encierra
la hermosura, y belleza de la tierra.
Mi color natural bien blanco ha sido:
que aquesta tez morena me causára
el sol, que andando al campo me ha herido:
fuerza de mis hermanos me forzára,
de aquellos, que la mi madre ha parido,
que unas viñas tuyas yo guardára:
guardé sus viñas con mucho cuidado,
y la mi propia viña no he guardado.
Dime, amor de mi alma, ¿dó apascientas
el tu hermoso ganado, y tu manada?
¿adónde haces tu siesta, dónde asientas?
¿dónde tienes tu albergue, y tu majada?
que no es justo, mi Esposo, que consientas,

qu'entre pastores tantos yo ande errada:
qu'en tierra, dó apascientan mil pastores,
¿cómo podré yo hallar los mis amores?

Esposo

Si no sabes, bellísima pastora,
el valle, dó apasciento el mi ganado,
toma tus cabritos, y á la hora
seguirán el camino mas hollado;
caminando por él vernás dó mora
el tu dulce pastor, y desposado;
allí podrán pascer los tus cabritos
entre los de los otros pastorcitos.
A la yegua de mi carro presciada
pareces en el brio, Esposa mia,
bella, gentil, lozana, y bien tallada,
y lleno ese tu rostro de alegría,
tu mexilla es de perlas arreada,
y el cuello con collar de pedrería:
zarcillos de oro fino te daremos,
y un esmalte de plata les pondremos.

Esposa

Quando estaba el Rey mio en su reposo,
mi nardo dió su olor muy mas crescido:
manojuelo de mirra es el mi Esposo,
por eso entre mis pechos le he metido,
racimo de Copher muy oloroso,
qu'en viñas de Engaddi se ha cogido:
para mí quiero yo los sus olores,
pues sé que están en él los mis amores.

Esposo

¡O cómo eres hermosa, amiga mia!
¡ó cómo eres muy bella, y muy graciosa!
tus ojos de paloma en la alegría.

Esposa

O dulce Esposo mio, y que no hay cosa
que iguale á tu belleza, y gallardía:
no hay cosa acá en la tierra así olorosa:
nuestro lecho es florido, y la morada
de cedro, y de cipres está labrada.

Capítulo II

Esposa

Yo soy rosa del campo muy hermosa,
y azucena del valle muy preciada.

Esposo

Qual entre las espinas es la rosa,
tal entre las doncellas es mi amada.

Esposa

Como es ver un manzano, estraña cosa,
entre robles, y encinas estimada;
tal es á mí la vista de mi Esposo,
qu'entre todos los hijos es gracioso.
Debaxo de su sombra he deseado
sentarme, y me asenté, y así he cogido
la hermosa, y dulce fructa, que él me ha dado:
la cual por su dulzor bien me ha sabido.
A la casa del vino me ha llevado,
y el su divino amor allí he sentido:
cercadme de manzanas, y de olores,
que herida, y muy enferma estoy de amores.
La mano de mi amor izquierda quiero
para me reclinar, y esto me place:
presto, no se detenga, que me muero,
y con la su derecha que me abrace.

Esposo

¡O, hijas de Sion! de aquí os requiero
por cabra, y corzo, que en el monte pasce,
no despertéis mi amada, que ya duerme,
fasta que ella de suyo se recuerde.

Esposa

Vos de mi amado es esta; vedle, viene,
los montes, y el collado atravancando:
ninguna sierra, ó monte le detiene,
las cabras, y los corzos semejando;
vedle como se allega, y se detiene,
detrás de mi pared está acechando:
¿no veis como se asoma al agujero,
ya se quita, y se pone muy ligero?
Hablado me ha el mi amado, y mi querido:
Levántate del lecho, amiga mia,
vénte conmigo, qu' el invierno es ido,
y las flores nos muestran ya alegría:
el campo está muy bello, y muy florido,
y el tiempo del podar se descubria,
voz de la tortolilla ha ya sonado,
despierta con su voz nuestro cuidado.
La higuera muestra ya el fructo sabroso,
las viñas, que florescen, dán su olor:
levántate, quel tiempo es deleytoso,
y vén, paloma mia, vén, mi amor,
gocemos deste campo tan hermoso:
que en aquellas penas de mayor altor,
en unos agujeros abscondidos
haremos nuestro albergue, y nuestros nidos.
Descúbreme tu vista amable, y bella,
muéstrame tus facciones tan hermosas,
suene tu voz suave, hermosa estrella.

Esposa

Cazadme, dixé yo, aquellas raposas,
las raposas pequeñas, que gran mella
hacen en mi viña las rabiosas:

á todas las tomad, haced que huyan,
ántes que la mi viña me destruyan.
Mio es el Esposo, mio, y muy amado,
y yo soy toda suya, y él me quiere
de aquel, qu' entre las flores su ganado
apascienta, seré mientras viviere.
Quando las sombras huyan por el prado,
vendraste á mí, mi amor, si te pluguiere,
como la cabra, ó corzo bien ligero,
saltando por los montes, que te espero.

Capítulo III

En mi lecho en las noches he buscado
al que mi alma adora, y no le hallando,
torné á buscarle con mayor cuidado,
y saltando del lecho sospirando,
entré por la ciudad, y he rodeado
las plazas y las calles caminando;
de tanto caminar cansada estaba,
mas nunca pude hallar al que buscaba.
Halláronme las guardas, que rondando
andaban la ciudad la noche oscura;
y yo acerquéme á ellas preguntando,
¿habeis visto á mi amado por ventura?
y desque un poco dellos alejando
me voy, hallé el mi amor, y mi hermosura:
túvelo yo abrazado, y bien asido,
y en casa de mi madre lo he metido.
O hijas de Sion, yo os ruego, y pido
por la cabra, y el ciervo, y el venado,
no hagais bullicio alguno, ni ruido,
porque no desperteis mi dulce amado,
que sobre el lecho mio se ha dormido;
esperad qu' el despierte de su grado:
juntaos aquí conmigo, y velaremos,
y este su sueño dulce guardaremos.

Compañeras

¿Quién es esta, que sube del desierto
como colona bella, y muy hermosa,
qu' el humo del encienso ha descubierto,
hasta dar en las nubes olorosa?
el cielo de su olor lleno está cierto:
¡ó cómo es la su vista hermosa cosa!
la mirra, y los perfumes olorosos
en ella muestran ser muy mas preciosos.
Cercad bien con los ojos aquel lecho
del gran Rey Salomón tan adornado;
sesenta fuertes hombres muy de hecho
le tienen todo en torno rodeado,
hombres de gran valor, y fuerte pecho,
y en armas cada qual bien enseñado:
todos tienen al lado sus espadas
por temor de la noche, y empuñadas.
Una morada bella ha edificado
para sí Salomón de extraña hechura;
el su monte de líbano ha cortado,
para de cedro hacer la cobertura;
de plata las columnas ha labrado,
y el techo de oro fino, y la moldura,
y el estrado de púrpura adornado,
y en medio dél mi amor está asentado.

Esposa

Salid, hijas de Sion, salí á porfía,
vereis á Salomón Rey coronado
con la corona rica, que en el día
de su gozo su madre le habia dado,
quando con regocijo, y alegría
conmigo desposó el mi lindo amado:
salid, vereis la cosa mas hermosa,
quel mundo tiene acá, y más graciosa.

Capítulo IV

Esposo

¡O cómo eres hermosa, dulce amada!
y tus ojos son bellos y graciosos,
como de una paloma muy preciada,
entre esos tus copetes tan hermosos:
tu cabello parece una manada
de cabras, y cabritos, que gozosos
del monte Galaad vienen baxando,
el pelo todo liso, y relumbrando.
Los tus hermosos dientes parecían
un rebaño de ovejas muypreciado,
las cuales de lavarse ya venían
del río, el vellón viejo trasquilado,
tan blancas, tan parejas, que se ven
pasciendo por el campo, y por el prado:
estéril entre todas no la había,
dos cordericos cada qual trahía.
Hilo de carmesí bello, y polido
son los tus labios, y tu hablar gracioso:
tus mejillas á mí me han parecido
un casco de granada muy hermoso:
y aquese blanco cuello liso y erguido,
castillo de David fuerte, y vistoso:
mil escudos en él están colgados,
las armas de los fuertes, y estimados.
Los tus pechos dos blancos cabritillos
parecen, y mellizos, que pasciendo
están entre violetas terneillos,
en medio de las flores revolviendo:
mientras las sombras de aquellos cerrillos
huyen, y el día viene reluciendo,
voy al monte de mirra, y al collado
del encienso á cogerle muypreciado.
Del todo eres hermosa, amiga mía,
no tiene falta alguna tu hermosura,
del líbano desciende, mi alegría,
vente para mí, y esa espesura
de Hermon, y de Amana, que te tenía,
dexayla de seguir, qu' es muy obscura,
donde se crían onzas, y leones

en las oscuras cuevas, y rincones.
El corazon, Esposa, me has robado
en una sola vez, que me miraste,
con el sartal del cuello le has atado;
¡quán dulce es el amor, con que me amaste!
mas sabroso quel vino muy preciado:
¡ó quán suave olor, que derramaste!
panal están tus labios destilando,
y en leche, y miel tu lengua están nadando.
Tu vestido, y arreo tan presciado
en su olor al del líbano paresce,
eres un huerto hermoso, y bien cerrado,
que ninguno le daña, ni le empesce:
fuente sellada, qu' él que la ha gustado,
en el tu dulce amor luego enternesce:
jardin todo plantado de granados
de juncia, mirra, y nardos muy presciados.
Donde tambien el azafran se cría,
canela, y cinamomo muy gracioso,
y toda suavidad de especería,
linaloe con todo lo oloroso:
fuente eres de los huertos, alma mia,
pozo de vivas aguas muy sabroso,
que del líbano baxan sosegadas,
y en este pozo están muy reposadas.
Sus vuela, cierzo, ea, no parezcas
por mi hermoso huerto, que he temor,
que con tu dura fuerza me le empezcas,
llevándome mis frutos, y mi olor:
vén, ábrego, que ablandes, y enternezcas
mis plantas, y derrames el su olor:

Esposa

Venga á mi huerto, y coja sus manzanas,
mi amado, y comerá las muy tempranas.

Capítulo V

Esposo

Vine yo al mi huerto, hermana Esposa,
y ya cogí mi mirra, y mis olores,
comí el panal, y la miel sabrosa,
bebí mi vino, y leche, y mis licores:
venid, mis compañeros, que no es cosa,
de dexeis de gustar tales dulzores:
bebed hasta embriagaros, que es suave
mi vino: el que mas bebe, mas le sabe.

Esposa

Yo duermo, al parecer, muy sin cuidado,
mas el mi corazon está velando:
la voz de mi querido me ha llamado.

Esposo

Abreme, amiga mia, que esperando
está la tu paloma este tu amado:
ábreme, que está el cielo llovizando:
mi cabello, mi cabeza está mojada
de gotas de la noche, y rociada.

Esposa

Todas mis vestiduras me he quitado,
¿cómo me vestiré, que temo el frio?
y habiéndome tambien los pies lavado,
¿cómo me ensuciaré yo, amado mio?
Con su mano mi Esposo habia probado
abrirme la mi puerta con gran brio,
por entre los resquicios la ha metido,
el corazon en mí ha estremecido.
Levantéme yo á abrirle muy ligera,
de mis manos la mirra destilaba,
la mirra, que de mis manos cayera,
mojó la cerradura, y el aldaba:
abríle; mas mi amor ya ido era,
qu'el alma, quando abria, me lo daba:
busquéle, mas hallarle no he podido;

llaméle, mas jamas me ha respondido.
Halláronme las guardas, qu'en lo obscuro
de la noche velaban con cuidado:
hiriéronme tambien los que en el muro
velaban, y aun el manto me han quitado.
O hijas de Sion, aquí os conjuro,
digais, si acaso viéredes mi amado,
quán enferma me tienen sus amores,
quán triste, y cuán amarga, y con dolores.

Compañeras

¿Qué tal es ese, que tú tanto amaste,
ó hermosa sobre todas las mugeres,
aquel por quien así nos conjuraste?
Dinos las señas dél, si las supieres,
que aquel que con tal pena tú buscaste,
hermoso debe ser, pues tú le quieres.

Esposa

Mi amado es blanco, hermoso, y colorado:
vandera entre millares ha llevado.
La su cabeza de oro es acendrado,
son crespos, y muy negros sus cabellos,
los ojos de paloma á mi amado,
grandes, claros, graciosos, y muy bellos,
de paloma qu' en leche se ha bañado,
tan lindos que bast' á herir con ellos,
en lo lleno del rostro están fixados,
del todo son hermosos, y acabados.
Son como heras de plantas olorosas
de confeccion suave sus mexillas,
sus labios son violetas muy hermosas,
qu' estilan mirra, y otras maravillas,
reiletas de oro muy preciosas
sus manos, quando él quiere descubrillas:
su vientre blanco de marfil labrado,
de zafiros muy ricos adornado.
Colunas son de un mármol bien fundadas

en basas de oro fino muy polido,
sus piernas, fuertes, recias, y agraciadas;
y el su semblante grave, y muy erguido
como plantas de cedro, que plantadas
en el líbano están, me ha parecido;
su paladar manando está dulzura,
y todo él es deseo, y hermosura.
Tal es el mi querido, tal mi amado,
tales son sus riquezas, sus haberes,
por este tal os he yo conjurado,
porque en él solo están los mis placeres.

Compañeras

¿Dó fué ese amado tuyo tan presciado,
ó hermosa sobre todas las mugeres?
dinos, ¿dó fué? que todas nos iremos
juntas contigo, y te le buscaremos.

Capítulo VI

Esposa

Mi amado al huerto suyo ha descendido,
á las heras de plantas olorosas:
su ganado en mi huerto le ha metido,
á apascentarlo allí, y coger rosas,
á solo aquel mi amado he yo querido,
y el tambien á mí sola entre sus cosas:
el mi querido es solo entre pastores,
qu' el ganado apascienta entre mil flores.

Esposo

Como Thirsa, mi amada, eres hermosa,
y como Hierusalem polida y bella,
como esquadron de gente eres vistosa,
y fuerte, mil vanderas hay en ella:
vuelve de mí tus ojos, dulce Esposa,
tu vista me hace fuerza solo en vella:
tu cabello paresce á las manadas

de cabras, que de Galaad salen pintadas.
Una manada, linda mia, de ovejas,
me han tus hermosos dientes parecido,
que trasquiladas ya las lanas viejas,
del rio de bañarse han subido,
tan blancas, tan lucientes, tan parejas,
cada qual dos corderos ha parido:
tus mexillas un casco de granada
entre esos tus copetes asentada.
Sesenta reynas todas coronadas,
y ochenta concubinas me servian,
las doncellas no pueden ser contadas,
que número, ni cuento no tenian;
mas una es mi paloma, y humilladas
todas á mi perfecta obedescian:
y única á su madre aquésta fuera,
esta es sola, que otra no pariera.
Las hijas que la vieron, la llamaron
la bienaventurada, y la dichosa,
reynas, y concubinas la loaron
entre todas por bella, y graciosa:
todos los que la vieron, se admiraron,
diciendo, ¿quién es esta tan hermosa,
que como el alba muestra su frescura,
y como luna clara su hermosura?
Como el sol entre todas se ha escogido,
fuerte como esquadron muy bien armado.
Al huerto del nogal he descendido,
por ver si daba el fructo muy preciado,
mirando si la viña ha florecido,
y el granado me daba el fructo amado.

Esposa

No sé cómo me pude ir tan ligera,
que mi alma allá en un punto me pusiera.
Carros de Aminadab muy presurosos
los mis ligeros pasos parecian,
y los que me miraban deseosos

de verme, ó Sunamite, me decian,
vuelve, vuelve esos ojos tan graciosos,
ten tus ligeros pies, que ansí corrian:
decian, Sunamita, que mirastes,
que como un esquadron os adornastes.

Capítulo VII

Compañeras

Quán bellos son tus pasos, y el de tu andar,
los tus graciosos pies, y ese calzado,
los muslos una aljorca por collar,
de mano de maestro bien labrado:
tu ombligo es una taza circular,
llena de un licor dulce muypreciado,
monton de trigo es tu vientre hermoso,
cercado de violetas, y oloroso.

Tus pechos son belleza, y ternura,
dos cabritos mellizos, y graciosos;
y torre de marfil de gran blancura
tu cuello, y los tus ojos tan hermosos
estanques de Esebon de agua pura,
qu'en puerta Batrabim están vistosos:
tu nariz una torre muypreciada,
del líbano á Damasco está encarada.

Tu cabeza al carmelo, levantado
sobre todos los montes, parescia:
y el tu cabello roxo, y encrespado,
color de fina púrpura tenia:
el Rey en sus regueras está atado,
que desasirse de ahí ya no podia:
¡ó quán hermosa eres, y agraciada,
amiga, y en deleytes muypreciada!

Una muy bella palma, y muy crescida
parece tu presencia tanpreciada,
de unos racimos dulces muyceñida,
que son tus lindos pechos, desposada.

Dixe, yo subiré en la palma erguida,
asiré los racimos de la amada,

racimos de la vid dulces, y hermosos
serán tus pechos lindos, y graciosos.
Un olor de manzanas parecía
el huelgo de tu boca tan graciosa,
y como el suave vino bien olía:
tu lindo paladar, ó linda Esposa,
qual vino que al amado bien sabia,
y á las derechas era dulce cosa,
que despierta los labios ya caidos,
y gobierna la lengua y los sentidos.

Esposa

Yo soy enteramente de mi Esposo,
y él en mí sus deseos ha empleado:
ven pues, amado dulce, y muy gracioso,
salgamos por el campo, y por el prado,
moremos en las granjas, qu' es sabroso
lugar para gozar muy sin cuidado,
muy de mañana nos levantaremos,
y juntos por las viñas nos iremos.
Verémos, si la vid ya florescia,
y al granado nos muestra ya sus flores,
si el dulce fructo ya se descubría:
allí te daré yo los mis amores,
la mandrágora allí su olor envía,
y allí las fructas tienen sus dulzores;
que yo todas las fructas, dulce amado,
allá en mi casa te las he guardado.

Capítulo VIII

¿Quién como hermano mio te me diese,
qu'el pecho de mi madre hayas mamado?
dó quiera que yo hallarte pudiese,
mil besos, mil abrazos te habria dado,
sin que me despreciase el que me viese,
sabiendo que en un vientre hemos andado:
en casa de mi madre te entraria,
y allá tu dulce amor me enseñaría.

Del vino que adobado yo tenia,
haria que bebieses que espreciado,
y el mosto de granadas te daria;
la su mano siniestra del mi amado
baxo la mi cabeza la ponía,
y con la su derecha me ha abrazado.
O hijas de Sion, no hagais ruido,
porque mi dulce amor está dormido.

Compañeras

¿Quién es esta, que sube recostada
del desierto, y echada la su mano
sobre su amado tiene, y delicada?

Esposa

Allí te desperté só aquel manzano,
adonde te parió tu madre amada;
allí sintió el dolor, que no fué vano.

Esposo

Sobre tu corazon me pon por sello,
amada, y sobre el brazo, y en tu cuello.
Ansí como la muerte es el amor,
duros como el infierno son los zelos,
las sus brasas son fuego abrasador,
que son brasas de Dios, y de sus cielos,
muchas aguas no pueden tal ardor
apagar, ni los ríos con sus hielos;
el qu'...este amor alcanza, ha despreciado
quanto haber este mundo le ha enviado.

Esposa

Pequeña es nuestra hermana, aún no tenia
pechos; mientras le nascen, ¿qué haremos,
quando se hablare della, vida mia?

Esposo

Una pared muy fuerte labrarémos,
y un palacio de plata yo le haria;
y las puertas de cedro le pondremos;
y dentro del palacio ella encerrada,
estará muy segura, y muy guardada.

Esposa

Yo soy bien fuerte muro, Esposo amado,
y mis pechos son torre bien fundada.

Esposo

Bien segura estará puesta á mi lado.

Esposa

No hay donde pueda estar mejor guardada:
que luego que á tus ojos he agradado,
quedé yo en paz, temida, y aceptada;
y así con tal Esposo estoy segura,
que no me enojará de hoy mas criatura.
En Bal-hamon su gran viña tenia
Salomón, entregada á los renteros,
cada qual por los frutos que cogia,
de plata le trahia mil dineros;
mas me rentará á mí la viña mia,
que me la labraré con mis obreros:
mil dan á Salomón, y ellos ganaban
docientos, de los frutos que sacaban.

Esposo

Estando tú en el huerto, amada Esposa,
y nuestros compañeros escuchando,
haz que oya yo tu voz graciosa,
que al tu querido Esposo está llamando.

Esposa

Vén presto, amigo mio, que tu Esposa
te espera, vén corriendo, vén saltando,
como cabras, ó corzos corredores,
sobre los montes altos, y de olores.

Anónimo

(España)

Al alba venid

Al alba venid, buen amigo,
al alba venid.
Amigo el que yo más quería,
venid al alba del día.
Amigo el que yo más amaba,
venid a la luz del alba.
Venid a la luz del día,
non trayáis compañía.
Venid a la luz del alba,
non traigáis gran compañía.

Anónimo

(España)

Romance de la guirnalda

«Esa guirnalda de rosas, hija, ¿Quién te la endonara?» «Donómela un caballero que por mi puerta pasara;
tomárame por la mano, a su casa me llevara,
en un portalico oscuro conmigo se deleitara,
echóme en cama de rosas en la cual nunca fui echada,
hízome —no sé qué hizo— que d'él vengo enamorada;
traigo madre la camisa de sangre toda manchada.»
«¡Oh sobresalto rabioso, que mi ánima es turbada!
Si dices verdad, mi hija, tu honra no vale nada:
que la gente es maldiciente, luego serás deshonorada.»
«Callede, madre, callede, calléis, madre muy amada,
que más vale un buen amigo que no ser mal maridada.
Dame el buen amigo, madre, buen mantillo y buena saya:
la que cobra mal marido vive malaventurada.»
«Hija, pues queréis así, tú contenta, yo pagada.»

Anónimo

(España)

Romance de blanca niña

Blanca sois, señora mía, más que el rayo del sol:
¿si la dormiré esta noche desarmado y sin pavor?
Que siete años había, siete, que no me desarmo, no.
Más negras tengo mis carnes que un tizado carbón.
«Dormilda, señor, dormilda, desarmado sin temor,
que el Conde es ido a la caza a los montes de León.»
«Rabia le mate los perros, y águilas el su halcón,
y del monte hasta casa a él arrastre el morón.»
Ellos en aquesto estando su marido que llegó:
«¿Qué hacéis, la blanca niña, hija de padre traidor?»
«Señor, peino mis cabellos, péinolos con gran dolor
que me dejáis a mí sola y a los montes os váis vos.»
«Esa palabra, la niña, no era sino traición:
¿cúyo es aquel caballo que allá bajo relinchó?»
«Señor, era de mi padre, y envióoslo para vos.»
«¿Cúyas con aquellas armas que están en el corredor?»
«Señor, eran de mi hermano y hoy os las envió.»
«¿Cúya es aquella lanza desde aquí la veo yo?»
«Tomalda, Conde, tomalda, matadme con ella vos,
Que aquesta muerte, buen Conde, bien os la merezco yo.»

Anónimo

(España)

Romance de Gerineldo

«Gerineldo, Gerineldo,
Paje del rey más querido,
Quién te tuviera esta noche
En mi jardín florecido.
Válgame Dios, Gerineldo,
Cuerpo que tienes tan lindo!
— Como soy vuestro criado,
Señora, burláis conmigo.

— No me burlo, Gerineldo,
—Que de veras te lo digo.
—Y cuando, señora mía,
Cumpliréis lo prometido?
—Entre las doce y la una,
Que el rey estará dormido.

Media noche ya es pasada,
Gerineldo no ha venido,
«Oh malhaya, Gerineldo,
Quien amor puso contigo!
—Abráisme, la mi señora,
Abráisme, cuerpo garrido.
—Quién a mi estancia se atreve,
Quién llama así a mi postigo?
—No os turbéis, señora mía,
Que soy vuestro dulce amigo.»
Tomáralo por la mano
Y en el lecho lo ha metido;
Entre juegos y deleites
La noche se les ha ido,
Y allá hacia el amanecer
Los dos se duermen vencidos.
Despertado había el rey
De un sueño despavorido:
«O me roban a la infanta
O traicionan el castillo.»
Aprisa llama a su paje
Pidiéndole los vestidos:
«Gerineldo, Gerineldo,
El mi paje más querido!»
Tres veces le había llamado,
Ninguna le ha respondido.
Puso la espada en la cinta,
A donde la infanta ha ido;
Vio a su hija, vio a su paje
Como mujer y marido.
«Mataré yo a Gerineldo,
A quien crié desde niño?

Pues si matare a la infanta,
Mi reino queda perdido,
Pondré mi espada por medio,
Que me sirva de testigo.»
Y salióse hacia el jardín
Sin ser de nadie sentido.
Rebullíase la infanta
Tres horas ya el sol salido;
Con el frío de la espada
La dama se ha estremecido.
«Levántate, Gerineldo,
Levántate, dueño mío,
La espada del rey mi padre
Entre los dos ha dormido.
—Y adónde iré, mi señora,
Que del rey no sea visto?
—Vete por ese jardín
Cogiendo rosas y lirios;
Pesares que te vinieren
Yo los partiré contigo.
—Donde vienes, Gerineldo,
Tan mustio y descolorido?
—Vengo del jardín, buen rey,
Por ver como ha florecido;
La fragancia de una rosa
La color me ha desvaído.
—De esa rosa que has cortado
Mi espada será testigo.
—Matadme, señor, matadme,
Bien lo tengo merecido.»

Ellos en estas razones,
La infanta a su padre vino:
«Rey y señor, no le mates
Mas dámelo por marido,
O si lo quieres matar,
La muerte será conmigo.»

Anónimo

(España)

El que tiene mujer moza y hermosa

—El que tiene mujer moza y hermosa
¿qué busca en casa y con mujer ajena?
¿La suya es menos blanca y más morena,
o floja, fría, flaca? —No hay tal cosa.

—¿Es desgraciada? —No, sino amorosa.
—¿Es mala? —No por cierto, sino buena.
Es una Venus, es una Sirena,
un blanco lirio, una purpúrea rosa.

—Pues ¿qué busca? ¿A dó va? ¿De dónde viene?
¿Mejor que la que tiene piensa hallarla?
Ha de ser su buscar en infinito.

—No busca éste mujer, que ya la tiene.
Busca el trabajo dulce de buscalla,
que es lo que enciende al hombre el apetito.

Anónimo

(España)

Coplas

¡Al amor! ¡al Amor! muchachas,
que viene desnudo y anda sin bragas.

Viendo Amor que el Interés
gozaba de tantas damas,
por ponerse a lo galán
se puso un día unas calzas.
Por parecer caballero,
fuese un día por la casa
de estas mozuelas que sirven
de hacer encajes y randas.

¡Al amor! ¡al Amor! muchachas,
que viene desnudo y anda sin bragas.

No llevaba allí más fuego
que lo que lleva en el alma,
ni en la mano el arco y flechas,
ni en la faltriquera blanca.

Concertó con una dellas,
que era trigueña de cara,
de dormir aquella noche
y pagar a la mañana.
¡Al amor! ¡al Amor! muchachas,
que viene desnudo y anda sin bragas.

Las nueve toca el reloj,
cuando el Amor se levanta,
y cuando la niña pide
de su trabajo la paga :
«Fíame, dice el Amor,
hasta la tarde, mi alma»;
y ella, que entiende la flor,
las calzas metió en el arca.
¡Al amor! ¡al Amor! muchachas,
que viene desnudo y anda sin bragas.

En carnes salió Cupido,
por una calle se escapa;
las vecinas que lo sienten
se asoman a la ventana;
doncellas le tiran piedras,
zanahorias las casadas,
y las viudas y monjas
güevos de azar y naranjas.
¡Al amor! ¡al Amor! muchachas,
que viene desnudo y anda sin bragas.

Anónimo

(España)

¿Qué hacéis, hermosa?

—¿Qué hacéis, hermosa? —Mírome a este espejo.
—¿Por qué desnuda? —Por mejor mirarme.
—¿Qué veis en vos? —Que quiero acá gozarme.
—Pues, ¿por qué no os gozáis? —No hallo aparejo.

—¿Qué os falta? —Uno que sea en amor viejo.
—Pues, ¿qué sabrá ése hacer? —Sabrá forzarme.
—¿Y cómo os forzará? —Con abrazarme,
sin esperar licencia ni consejo.

—¿Y no os resistiréis? —Muy poca cosa.
—¿Y qué tanto? —Menos que aquí lo digo,
que él me sabrá vencer si es avisado.

—¿Y si os deja por veros regurosa?
—Tenerle he yo a este tal por enemigo,
vil, necio, flojo, lacio y apocado.

Juan Ruiz, Arcipreste de Hita

(España, s. XIV)

Des las propiedades que las dueñas chicas han

Quiero vos abreviar la predicación,
que siempre me pagué de pequeño sermón,
e de dueña pequeña et de breve razón,
ca lo poco e bien dicho finca en el corazón.

Del que mucho fabla ríen, quien mucho ríe es loco;
es en la dueña chica amor grande e non poco;
dueñas hay muy grandes que por chicas non troco,
e las chicas por las grandes, non se arrepiente del troco.

De las chicas que bien diga, el amor me fizo ruego,
que diga de sus noblezas; yo quiero las dezir luego:
dirévos de dueñas chicas, que lo avredes por juego:
son frías como la nieve, e arden como el fuego.

Son frías de fuera, con el amor ardientes:
en la cama solaz, trebejo, plazenteras, rientes:
en casa cuerdas, donosas, sosegadas, bien fazientes.
Mucho ál falleredes, bien parad í mientes.

En pequeña girgonça yaze grand resplandor,
en açúcar muy poco yaze mucho dulçor,
en la dueña pequeña yaze muy grand amor,
pocas palabras cumplen al buen entendedor.
Es pequeño el grano de la buena pemienta,
pero más que la nuez conorta e caliente;
así dueña pequeña, si todo amor consienta,
non ha plazer en el mundo que en ella non sienta.

Como en chica rosa está mucho color,
en oro muy poco grand precio e gran valor,
como en poco blasmo yaze grand buen olor,
así en chica dueña yaze muy grand amor.

Como robí pequeño tiene mucha bondat,
color, virtud e precio e noble claridad,
así dueña pequeña tiene mucha beldat,
fermosura, donaire, amor e lealtad.

Chica es la calandria e chico el ruseñor,
pero más dulce cantan que otra ave mayor;
la muger, por ser chica, por eso non es pior;
con doñeo es más dulce que açúcar nin flor.

Son aves pequeñuelas papagayo e orior,
pero cualquier dellas es dulce gritador;
adonada, fermosa, preciada cantador:
bien atal es la dueña pequeña con amor.

De la muger pequeña non hay comparación,
terrenal paraíso es e consolación,
solaz et alegría, placer et bendición:
mejor es en la prueba que en la salutación.

Siempre quis' muger chica más que grande nin mayor,
non es desaguisado del grand mal ser foidor;
del mal tomar lo menos, dízelo el sabidor:
por ende de las mugeres la mejor es la menor.

Íñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana

(España, 1398-1458)

Serranillas

32

Mozuela de Bores
allá do la Lama,
púsome en amores.

Cuidé que olvidado
amor me tenía,
como quien se había
grand tiempo dexado
de tales dolores,
que más que la llama
queman amadores.

Mas vi la fermosa
de buen continente,
la cara placiente,
fresca como rosa,
de tales colores
cual nunca vi dama,
nin otra, señores.

Por lo cual: —“Señora”
(le dixen), “en verdad
”la vuestra beldad
”saldrá desde agora
”dentre estos alcores,
”pues merece fama
”de grandes loores.”

Dixo: —“Caballero,
”tiradvos afuera:
”dexad la vaquera
”pasar al otero;
”ca dos labradores
”me piden de Frama,
”entrambos pastores.”

—“Señora, pastor
”seré si queredes:
”mandarme podedes,
”como a servidor:
”mayores dulzores
”será a mí la brama
”que oír ruiseñores.”

Así concluimos
el nuestro proceso
sin facer exceso,
e nos avenimos.
E fueron las flores
de cabe Espinama
los encobridores.

Garcí Sánchez de Badajoz

(España, ¿1460?-¿1526?)

Recontando a su amiga un sueño que soñó

La mucha tristeza mía
que causó vuestro deseo,
ni de noche ni de día,
cuando estoy donde no os veo,
no olvida mi compañía.
Yo los días no los vivo,
velo las noches cativo,
y si alguna noche duermo,
suéñome muerto en un yermo
en la forma que aquí escribo.

Yo soñaba que me iba
desesperado de amor
por una montaña esquivada
donde si no un ruiseñor
no hallé otra cosa viva.
Y del dolor que levaba
soñaba que me finaba,
Y el Amor que lo sabía,
y que a buscarme venía
y al ruiseñor preguntaba:

—“Dime, lindo ruiseñor,
”¿viste por aquí perdido
”un muy leal amador
”que de mí viene herido?”—
—“¿Cómo? ¿Sois vos el Amor?”—
—“Sí, yo soy a quien seguís,
”y por quien dulces vevís
”todos los que bien amáis.”—
—“Ya sé por quién preguntáis,
”por Garcí Sánchez decís.

”Muy poco ha que pasó
”solo por esta ribera,
”y como le vi y me vio,
”yo quise saber quién era
”y él luego me lo contó
”diciendo: — ‘Yo soy aquel
”a quien más fue amor crüel,
”crüel que causó el dolor,
”que a mí no me mató amor,
”sino la tristeza de él.’

“Yo le dixé: —‘¿Si podré
”a tu mal dar algún medio?’

”Díxome: —‘No, y el porqué
”es porque aborrí el remedio
”cuando de él desesperé.’

"Y estas palabras diciendo,
"y las lágrimas corriendo,
"se fue con dolores graves,
"yo con otras muchas aves
"fuemos en pos de él siguiendo,

"hasta que muerto cayó
"allí entre unas acequias,
"y aquellas aves y yo
"le cantamos las obsequias,
"porque de amores murió:
"y aun no medio fallecido,
"la tristeza y el olvido
"le enterraron de crüeles,
"y en estos verdes laureles
"fue su cuerpo convertido.

"De allí nos quedó costumbre
"las aves enamoradas
"de cantar sobre su cumbre
"las tardes, las alboradas,
"cantares de dulcedumbre."—
—"Pues yo os otorgo indulgencia
"de las penas que el ausencia
"os dará amor y tristura,
"a quien más su sepoltura
"servirá con reverencia."—

Vime alegre, vime ufano
de estar con tan dulce gente,
vime con bien soberano
enterrado honradamente
y muerto de vuestra mano.
Allí, estando en tal concierto,
creyendo que era muy cierto
que veía lo que escribo,
recordé y halléme vivo,
de la cual causa soy muerto.

Gil Vicente

(Portugal, ¿1465?-1537)

Dicen que me case yo

Dicen que me case yo:
no quiero marido, no.

Más quiero vivir segura
n'esta sierra a mi soltura
que no estar en ventura
si casaré bien o no.

Dicen que me case yo:
no quiero marido, no.

Madre, no seré casada
por no ver vida cansada,
y quizá mal empleada
la gracia que Dios me dio.

Dicen que me case yo:
no quiero marido, no.

No será ni es nacido
tal para ser mi marido;
y pues que tengo sabido
que la flor yo me la só.

Dicen que me case yo:
no quiero marido, no.

Halcón que se atreve

Halcón que se atreve
con garza guerrera,
peligros espera.

Halcón que se vuela
con garza a porfía,
cazarla quería
y no la recela.

Mas quien no se vela

de garza guerrera,
peligros espera.
La caza de amor
es de altanería:
trabajos de día,
de noche dolor.
Halcón cazador
con garza tan fiera,
peligros espera.

Pedro Manuel Ximénez de Urrea

(España, ¿1486-1529?)

Villancico

Madre, cuando enviudaré
a Zaragoza me iré.

Allí las viudas holgadas,
mucho más que las casadas,
allí son muy visitadas
de los que les tienen fe.

Visitadas y queridas,
muy queridas y servidas,
servidas y bien sabidas,
que yo sé bien cómo fue.

Viuda huelga en Zaragoza
más que casada ni moza;
cada cual dellas retoza
con mil cosillas que sé.

Madre, aquellas son mujeres
que, con sus dulces aferes,
ellas dan muchos placeres
y tienen quien gelos dé.

¡Oh si viese ya morir
a mi marido, por ir

donde sé que he de sentir
placer con amor que habré!

Si mucho el vivir le dura
yo le daré gran tristura,
que por ir donde hay holgura
la vida le quitaré.

Cristóbal de Castillejo

(España, 1492-1550)

Al amor

Dame, Amor, besos sin cuento,
asido de mis cabellos,
y mil y ciento tras ellos,
y tras ellos mil y ciento,
y después
de muchos millares, tres;
y porque nadie los sienta,
desbaratemos la cuenta
y contemos al revés.

Garcilaso de la Vega

(España, ¿1501 o 1503?-1536)

Égloga primera

(Fragmento)

Tu dulce habla ¿en cuya oreja suena?
Tus claros ojos ¿a quién los volviste?
¿Por quién tan sin respeto me trocaste?
Tu quebrantada fe ¿dó la pusiste?
¿Cuál es el cuello que, como en cadena,
de tus hermosos brazos anudaste?
No hay corazón que baste,
aunque fuese de piedra,
viendo mi amada hiedra,
de mí arrancada, en otro muro asida,

y mi parra en otro olmo entretrejida,
que no se esté con llanto deshaciendo
hasta acabar la vida.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Juan de Timoneda

(España, 1585)

Villancico

Pues el tiempo se me pasa,
Madre mía, en buena fé,
Sola yo no dormiré.

Gozar quiero de mi edad
Como sabia moza y cuerda,
No queráis, madre, que pierda
Aquesta mi mocedad.
Certifico's qu'es verdad,
Como ya dicho's lo he:
Sola yo no dormiré.

Madre, ya sé quién me ama
Y quién servirme desea,
Que no soy tuerta ni fea
Ni mala para en la cama.
¡Qué me falta para dama?
Decildo, que no lo sé:
Sola yo no dormiré.

No soy negra ni mulata
Para no tener amores,
Mochacha como las flores,
Hermosa como la plata.
Duerma sola la beata,
Que tiene causa por qué:
Sola yo no dormiré.
Desnuda soy muy hermosa,
No tengo pelo mal puesto,
Piernas y muslos y gesto,

No se ha visto otra tal cosa.
Noche larga y tenebrosa,
Madre, que me asombraré,
Sola yo no dormiré.

¡Cuál es la que no se espanta
De noche sola en la cama?
Un galán con una dama
Están bien bajo una manta.
Sola no llora ni canta
Una persona qu'esté:
Sola yo no dormiré.

Baltasar de Alcázar

(España, 1530-1606)

Tres cosas me tienen preso

Tres cosas me tienen preso
de amores el corazón:
la bella Inés, el jamón
y berenjenas con queso.

Esta Inés, amantes, es
quien tuvo en mí tal poder,
que me hizo aborrecer
todo lo que no era Inés.

Trájome un año sin seso,
hasta que en una ocasión
me dio a merendar jamón
y berenjenas con queso.

Fue de Inés la primer palma,
pero ya júzgase mal
entre todos ellos cuál
tiene más parte en mi alma.

En gusto, medida y peso
no le hallo distinción;

ya quiero Inés, ya jamón,
ya berenjenas con queso.

Alega Inés su beldad,
el jamón que es de Aracena,
el queso y la berengena
la española antigüedad.

Y está tan en fiel el peso,
que, juzgado sin pasión,
todo es uno: Inés, jamón
y berenjenas con queso.

A lo menos este trato
destos mis nuevos amores
hará que Inés sus favores
me los venda más barato,

pues tendrá por contrapeso,
si no hiciera la razón,
una lonja de jamón
y berenjenas con queso.

Francisco de Aldana

(España, 1537-1578)

¿Cuál es la causa?

¿Cuál es la causa, mi Damón, que estando
en la lucha de amor juntos trabados
con lenguas, brazos, pies y encadenados
cual vid que entre el jazmín se va enredando,

y que el vital aliento ambos tomando
en nuestros labios, de chupar cansados,
en medio tanto bien somos forzados
llorar y sospirar de cuando en cuando?

Amor, mi Filis bella, que allá dentro
nuestras almas juntó, quiere en su fragua
los cuerpos ajuntar también tan fuerte

que no pudiendo, como esponja al agua,
pasar del alma al dulce amado centro,
llora el velo mortal su avara suerte.

San Juan de la Cruz

(España, 1542-1591)

Canciones del alma que se goza de haber llegado al alto estado de la perfección, que es la unión con Dios, por el camino de la negación espiritual.

Noche oscura

En una noche oscura,
con ansias, en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!,
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada.

A oscuras y segura
por la secreta escala, disfrazada,
¡oh dichosa ventura!,
a oscuras y en celada,
estando ya mi casa sosegada.

En la noche dichosa,
en secreto, que nadie me veía,
ni yo miraba cosa,
sin otra luz y guía
sino la que en el corazón ardía.

Aquesta me guiaba
más cierto que la luz de mediodía
adonde me esperaba
quien yo bien me sabía,
en parte donde nadie parecía.

¡Oh noche que guiaste!

¡Oh, noche amable más que la alborada!

¡Oh, noche que juntaste

Amado con Amada,

Amada en el Amado transformada!

En mi pecho florido,

que entero para él sólo se guardaba,

allí quedó dormido,

y yo le regalaba,

y el ventalle de cedros aire daba.

El aire del almena,

cuando ya sus cabellos esparcía,

con su mano serena

en mi cuello hería,

y todos mis sentidos suspendía.

Quedéme y olvidéme,

el rostro recliné sobre el Amado;

cesó todo, y dejéme,

dejando mi cuidado

entre las azucenas olvidado.

Canción de la llama de amor viva

¡Oh llama de amor viva

que tiernamente hieres

de mi alma en el más profundo centro,

pues ya no eres esquiva,

acaba ya, si quieres;

rompe la tela de este dulce encuentro!

¡Oh cauterio suave!

¡oh regalada llaga!

¡oh mano blanda! ¡oh toque delicado

que a la vida eterna sabe

y toda deuda paga!

¡matando, muerte en vida la has trocado!

¡Oh lámparas de fuego
en cuyos resplandores
las profundas cavernas del sentido
que estaba oscuro y ciego,
con extraños primores,
calor y luz dan junto a su querido!

¡Cuán manso y amoroso
recuerdas en mi seno,
donde secretamente solo moras;
y en tu aspirar sabroso
de bien y gloria lleno,
cuán delicadamente me enamoras!

Miguel de Cervantes Saavedra

(España, 1547-1616)

¿Quién menoscaba mis bienes?

¿Quién menoscaba mis bienes?

Desdenes.

Y ¿quién aumenta mis duelos?

Los celos.

Y ¿quién prueba mi paciencia?

Ausencia.

De ese modo, en mi dolencia
Ningún remedio se alcanza,
Pues me matan la esperanza
Desdenes, celos y ausencia.

¿Quién me causa este dolor?

Amor.

Y ¿quién mi gloria repuna?

Fortuna.

Y ¿quién consiente en mi duelo?

El cielo.

De ese modo, yo recelo
Morir deste mal extraño,

Pues se aúnan en mi daño
Amor, fortuna y el cielo.

¿Quién mejorará mi suerte?

La muerte.

Y el bien de amor, ¿quién le alcanza?

Mudanza.

Y sus males, ¿quién los cura?

Locura.

De ese modo, no es cordura

Querer curar la pasión,

Cuando los remedios son

Muerte, mudanza y locura.

Luis de Góngora

(España, 1561-1627)

De un caminante enfermo que se enamoró donde fue hospedado

Descaminado, enfermo, peregrino

En tenebrosa noche, con pie incierto

La confusión pisando del desierto,

Voces en vano dio, pasos sin tino.

Repetido latir, si no vecino,

Distinto oyó de can siempre despierto,

Y en pastoral albergue mal cubierto

Piedad halló, si no halló camino.

Salió el sol, y entre armiños escondida,

Soñolienta beldad con dulce saña

Salteó al no bien sano pasajero.

Pagará el hospedaje con la vida;

Más le valiera errar en la montaña,

Que morir de la suerte que yo muero.

Noble desengaño

Noble desengaño,
gracias doy al cielo
que rompiste el lazo
que me tenía preso.

Por tan gran milagro
colgaré en tu templo
las graves cadenas
de mis graves yerros.

Las fuertes coyundas
del yugo de acero,
que con tu favor
sacudí del cuello,

las húmidas velas
y los rotos remos,
que escapé del mar
y ofrecí en el puerto,

ya de tus paredes
serán ornamento,
gloria de tu nombre,
y de Amor descuento.

Y así, pues que triunfas
del rapaz arquero,
tiren de tu carro
y sean tu trofeo

locas esperanzas,
vanos pensamientos,
pasos esparcidos,
livianos deseos,

rabiosos cuidados,
ponzoñosos celos,
infernales glorias,
gloriosos infiernos.

Compóngante himnos,
y digan sus versos
que libras captivos
y das vista a ciegos.

Ante tu deidad

hónrense mil fuegos
del sudor precioso
del árbol sabeo.

Pero ¿quién me mete
en cosas de seso,
y en hablar de veras
en aquestos tiempos,
donde el que más trata
de burlas y juegos,
ése es quien se viste
más a lo moderno?

Ingrata señora
de tus aposentos,
más dulce y sabrosa
que nabo en adviento,
aplícame un rato
el oído atento,
que quiero hacer auto
de mis devaneos.

¡Qué de noches frías
que me tuvo el hielo
tal, que por esquina
me juzgó tu perro,
y alzando la pierna,
con gentil denuedo,
me argentó de plata
los zapatos negros!

¡Qué de noches destas,
señora, me acuerdo
que andando a buscar
chinas por el suelo,
para hacer la seña
por el agujero,
al tomar la china
me ensucié los dedos!

¡Qué de días anduve
cargado de acero
con harto trabajo,
porque estaba enfermo!

Como estaba flaco,
parecía cencerro:
hierro por de fuera,
por de dentro hueso.

¡Qué de meses y años
que viví muriendo
en la Peña Pobre
sin ser Beltenebros;
donde me acaeció
mil días enteros
no comer sino uñas,
haciendo sonetos!

Qué de necedades
escribí en mil pliegos,
que las ríes tú ahora
y yo las confieso!

Aunque las tuvimos
ambos, en un tiempo,
yo por discreciones
y tú por requiebros.

¡Qué de medias noches
canté en mi instrumento:
“Socorred, señora,
con agua a mi fuego”!

Donde, aunque tú no
socorriste luego,
socorrió el vecino
con un gran caldero.

Adiós, mi señora,
porque me es tu gesto
chimenea en verano
y nieve en invierno,

y el bazo me tienes
de guijarros lleno,
porque creo que bastan
seis años de necio.

Lope de Vega
(España, 1562-1635)

Íbase la niña

Íbase la niña

Noche de San Juan

A coger los aires

Al fresco del mar.

Miraba los remos

Que remando van

Cubiertos de flores,

Flores de azahar.

Salió un caballero

Por el arenal,

Dijérale amores

Cortés y galán.

Respondió la esquiva,

Quísola abrazar,

Con temor que tiene

Huyendo se va.

Salióle al camino

Otro por burlar,

Las hermosas manos

Le quiere tomar.

Entre estos desvíos

Perdido se han

Sus ricos zarcillos;

Vanlos a buscar.

«¡Dejadme llorar

Orillas del mar!

¡Por aquí, por allí los ví,

Por aquí deben de estar!»

Lloraba la niña,

No los puede hallar,

Danse para ellos,

Quiérenla engañar.

«¡Dejadme llorar

Orillas del mar!

¡Por aquí, por allí los ví,

Por aquí deben de estar!»

Tomad niña el oro

Y no lloréis más,
Que todas las niñas
Nacen en tomar,
Que las que no toman
Después llorarán
El no haber tomado
En su verde edad.

Francisco de Quevedo

(España, 1580-1645)

Amor constante más allá de la muerte

Cerrar podrá mis ojos la postrera
sombra, que me llevare el blanco día:
y podrá desatar esta alma mía
hora, a su afán ansioso lisonjera;

mas no de esotra parte en la ribera
dejará la memoria en donde ardía;
nadar sabe mi llama la agua fría
y perder el respeto a ley severa.

Alma a quien todo un dios prisión ha sido,
venas que humor a tanto fuego han dado,
medulas que han gloriosamente ardido,

su cuerpo dejarán, no su cuidado:
serán ceniza, mas tendrá sentido,
polvo serán, mas polvo enamorado.

Amante agradecido a las lisonjas

mentirosas de un sueño

¡Ay, Floralba! Soñé que te... ¿Dirélo?
Sí, pues que sueño fue: que te gozaba.
¿Y quién, sino un amante que soñaba,
juntara tanto infierno a tanto cielo?

Mis llamas con tu nieve y con tu yelo,
cual suele opuestas flechas de su aljaba,
mezclaba Amor, y honesto las mezclaba,
como mi adoración en su desvelo.

Y dije: "Quiera Amor, quiera mi suerte,
que nunca duerma yo, si estoy despierto,
y que si duermo, que jamás despierte".

Mas desperté del dulce desconcierto;
y vi que estuve vivo con la muerte,
y vi que con la vida estaba muerto.

Soneto amoroso

Tras arder siempre, nunca consumirme;
y tras siempre llorar, nunca acabarme;
tras tanto caminar, nunca cansarme;
y tras siempre vivir, jamás morirme;

después de tanto mal, no arrepentirme;
tras tanto engaño, no desengañarme;
después de tantas penas, no alegrarme;
y tras tanto dolor, nunca reírme;

en tantos laberintos, no perderme,
ni haber, tras tanto olvido, recordado,
¿qué fin alegre puede prometerme?

Antes muerto estaré que escarmentado:
ya no pienso tratar de defenderme,
sino de ser de veras desdichado.

Prosigue en el mismo estado de sus afectos

Amor me ocupa el seso y los sentidos;
absorto estoy en éxtasis amoroso;

no me concede tregua ni reposo
esta guerra civil de los nacidos.

Explayóse el raudal de mis gemidos
por el grande distrito y doloroso
del corazón, en su penar dichoso,
y mis memorias anegó en olvidos.

Todo soy ruinas, todo soy destrozos,
escándalo funesto a los amantes,
que fabrican de lástimas sus gozos.

Los que han de ser, y los que fueron antes,
estudien su salud en mis sollozos,
y envidien mi dolor, si son constantes.

Juan de Tassis, conde de Villamediana

(España, 1582-1622)

A una dama que se casaba con un D. N. Castro, impotente, y había sido
primero mujer de un capón.

Señora, no me fastidia
 envidia,
ni mueven mi pluma y labios
 agravios,
ni causan en mí desvelos
 celos;
antes alabo á los cielos
de que os sirva un impotente;
pues así el alma no siente
envidia, agravios ni celos.

Dióme un tiempo de su amor
 dolor:
ver sus deseos premiados
 cuidados,
y que os gozasen sus ojos
 enajos.

Supe sus aceros flojos
y sabida su impotencia,
cesaron en mi conciencia
dolor, cuidados y enojos.

Es Castro en nombre abreviado
castrado,
castrado á quien falta el "basto"
castro;
castrado y casto varón
capón
mal podrá hacerlos buenos
cuando "cascabeles toque"
quien es en "toque emboque"
castrado, casto y capón.

Bien sé que este amante rojo
es flojo,
su "pica, taco y pelorto"
corto;
y que no tiene esta pieza
cabeza.

No guerreará con destreza
instrumento tan mellado;
porque está de puro usado
flojo, corto y sin cabeza.

Faltó á vuestro Scipión
bastón;
y aunque á la guerra os provoque
"estoque"
y para entrar la goleta
gineta
y así á la primera treta
asaltos os faltarán,
faltándole el capitán
bastón, estoque y gineta.

No correrá con pujanza
lanza,

ni con gritos ó á lo sordo
bohordo,
ni á fuer de juego en España
caña.

Si el corazón no me engaña
la boda será funesta;
pues no se enristra la fiesta
lanza, bohordo ni caña.

Si no empuña mandricardo
dardo,
ni dispara en vuestro ormuz
arcabuz,
ni enciende cuando os pertrecha
mecha:

siempre andará con sospecha,
señora, que otro os dá asaltos,
un pobre que ve que es falto
de dardo, arcabuz y mecha.

Es un brazo sin espada
nada;

reloj con pesas sin manos
vano,
y un impotente en el hecho
sin provecho.

Ved, señora, el pie derecho
primero que lo juzguéis,
mirad después no lo halléis.
Nada, vano y sin provecho.

Si al potro el ijar no bate
azicate,
y á la yegua que más vuela
espuela,
y á la mula que más rúa
púa,
a ser lerda se habitúa:
y lo mismo es la mujer

si no le bate el correr,
azicate, espuela ó púa.

Fue un tiempo vuestro varón
capón
y es el que os goza al presente
impotente;
amén de otro monje añejo
viejo.

Señora, mi mal consejo
es que corráis buen caballo,
y no busquéis para gallo
capón, impotente ó viejo.
Vos tenéis, señora polla,
argolla,
y en Castro contemplo solas
bolas
y en el caponazo flaco
taco;
y de aquí, señora, saco
que uno de estos solo y vos
nunca juntaréis los dos
argolla, bolas y taco.

Plegue á Dios que no sea Castro
padrastra,
de vuestro huerto y jardín
mastín,
o sea del hortelano
alano:
gozad del garbo lozano
antes que seáis mujer
de un marido que ha de ser
padrastra, mastín y alano.

Tenga otro en vuestros sollozos
gozos,
y en burlando vuestro intento
contento,

y en veros quemar y arder

placer:

que á mí no me han de mover

riscos, bronces y pedernales

a tener de vuestros males

gozos, contento y placer.

A una señora que cantaba

La peregrina voz y el claro acento

Por la dulce garganta despedido,

Con el süave afecto del oído

Bien pueden suspender cualquier tormento.

Mas el nuevo accidente que yo siento

Otro misterio tiene no entendido,

Pues en la mayor gloria del sentido,

Halla causa de pena el sentimiento.

Efectos varios, porque el mismo canto

Deja en la suspensión con que enajena

Cuerdo el enloquecer, la razón loca.

Y por nuevo milagro o nuevo encanto,

Cuando la voz más dulcemente suena,

Con ecos de dolor el alma toca.

Sor Juana Inés de la Cruz

(México, 1648-1695)

Redondillas

Arguye de inconsecuente el gusto y la censura de los
hombres, que en las mujeres acusan lo que causan

Hombres necios, que acusáis

a la mujer sin razón,

sin ver que sois la ocasión

de lo mismo que culpáis;

si con ansia sin igual
solicitáis su desdén,
¿por qué queréis que obren bien
si las incitáis al mal!

Combatís su resistencia,
y luego con gravedad
decís que fue liviandad
lo que hizo la diligencia.

Parecer quiere el denuedo
de vuestro parecer loco,
al niño que pone el coco,
y luego le tiene miedo.

Queréis con presunción necia
hallar a la que buscáis,
para pretendida, Thais,
y en posesión, Lucrecia.

¿Qué humor puede ser más raro,
que el que, falto de consejo,
él mismo empaña el espejo
y siente que no esté claro?

Con el favor y el desdén
tenéis condición igual,
quejándoos, si os tratan mal,
burlándoos, si os quieren bien.

Opinión ninguna gana,
pues la que más se recata,
si no os admite, es ingrata,
y si os admite, es liviana.

Siempre tan necios andáis,
que con desigual nivel,
a una culpáis por cruel,
y a otra por fácil culpáis.

¿Pues cómo ha de estar templada
la que vuestro amor pretende,
si la que es ingrata ofende
y la que es fácil enfada?
Mas entre el enfado y pena
que vuestro gusto refiere,
bien haya la que no os quiere
y quéjaos enhorabuena.

Dan vuestras amantes penas
a sus libertades alas,
y después de hacerlas malas
las queréis hallar muy buenas.

¿Cuál mayor culpa ha tenido
en una pasión errada,
la que cae de rogada,
o el que ruega de caído?

O ¿cuál es más de culpar,
aunque cualquiera mal haga,
la que peca por la paga
o el que paga por pecar?

Pues ¿para qué os espantáis
de la culpa que tenéis?
Queredlas cual las hacéis
o hacedlas cual las buscáis.

Dejad de solicitar,
y después con más razón,
acusaréis la afición
de la que os fuere a rogar.

Bien con muchas armas fundo
que lidia vuestra arrogancia;
pues en promesa e instancia,
juntáis diablo, carne y mundo.

Al que ingrato me deja, busco amante

Al que ingrato me deja, busco amante;
al que amante me sigue, dejo ingrata;
constante adoro a quien mi amor maltrata;
maltrato a quien mi amor busca constante.

Al que trato de amor, hallo diamante,
y soy diamante al que de amor me trata;
triunfante quiero ver al que me mata,
y mato a quien me quiere ver triunfante.

Si a este pago, padece mi deseo;
si ruego a aquél, mi pundonor enojo:
de entrambos modos infeliz me veo.

Pero yo, por mejor partido, escojo,
de quien no quiero, ser violento empleo;
de quien no me quiere, vil despojo.

José Iglesias de la Casa

(España, 1748-1791)

Yo empecé a Luisa a halagar

Yo empecé a Luisa a halagar
ayer a la hora de la siesta,
y ella dijo, en jarras puesta:
“¿tiene usted ganas de holgar?”

Díjela: “El que a esto se atreve,
tal vez a más se atreviera”.
Y ella saltó: “Ropa fuera,
y holguémonos cual se debe”.

Tomás de Iriarte

(España, 1750-1791)

El mismo

Señor D. Juan, quedito, que me enfado:
besar la mano es mucho atrevimiento;

abrazarme... no, D. Juan, no lo consiento.
Cosquillas... ay Juanito... ¿y el pecado?

Qué malos son los hombres... mas, cuidado
que me parece, Juan, que pasos siento...
no es nadie... pues despachemos un momento.
¡Ay, qué placer... tan dulce y regalado!

Jesús, qué loca soy, quién lo creyera
que con un hombre yo... siendo cristiana
mas... que... de puro gusto... ¡ay... alma mía!

Ay, qué vergüenza, vete... ¿y aún tienes gana?
Pues cuando tú lo pruebes otra vez...
pero, Juanito, ¿volverás mañana?

José de Espronceda y Delgado

(España, 1808-1842)

El diablo mundo

(Fragmento)

El dulce anhelo del amor que aguarda
Tal vez inquieto y con mortal recelo,
La forma bella que cruzó gallarda
Allá en la noche, entre el medroso velo;
La ansiada cita que en llegar se tarda
Al impaciente y amoroso anhelo,
La mujer y la voz de su dulzura,
Que inspira al alma celestial ternura;

A un tiempo mismo en rápida tormenta,
Mi alma alborotaban de continuo,
Cual las olas que azota con violenta
Cólera impetuoso torbellino;
Soñaba al héroe ya, la plebe atenta
En mi voz escuchaba su destino;
Ya al caballero, al trovador soñaba
Y de gloria y de amores suspiraba.

Hay una voz secreta, un dulce canto,
Que el alma sólo recogida entiende,
Un sentimiento misterioso y santo
Que del barro al espíritu desprende;
Agreste, vago y solitario encanto
Que en inefable amor el alma enciende,
Volando tras la imagen peregrina
El corazón de su ilusión divina.
Yo desterrado en extranjera playa
Con los ojos, extático seguía
La nave audaz que en argentada raya
Volaba al puerto de la patria mía;
Yo cuando en Occidente el sol desmaya,
Solo y perdido en la arboleda umbría,
Oír pensaba el armonioso acento
De una mujer, al suspirar del viento.

¡Una mujer! En el templado rayo
De la mágica luna se colora,
Del sol poniente al lánguido desmayo,
Lejos entre las nubes se evapora;
Sobre las cumbres que florece el mayo,
Brilla fugaz al despuntar la aurora,
Cruza tal vez por entre el bosque umbrío,
Juega en las aguas del sereno río.

¡Una mujer! Deslízase en el cielo
Allá en la noche desprendida estrella
Si aroma el aire recogió en el suelo,
Es el aroma que le presta ella.
Blanca es la nube que en callado vuelo
Cruza la esfera, y que su planta huella,
Y en la tarde la mar olas le ofrece
De plata y de zafir donde se mece.

Mujer que amor en su ilusión figura,
Mujer que nada dice a los sentidos,
Ensueño de suavísima ternura,
Eco que regaló nuestros oídos,

De amor la llama generosa y pura,
Los goces dulces del amor cumplidos,
Que engalana la rica fantasía,
Goces que avaro el corazón ansía;

¡Ay!, aquella mujer, tan sólo aquélla,
Tanto delirio a realizar alcanza,
Y esa mujer tan cándida y tan bella
Es mentida ilusión de la esperanza.
Es el alma que vívida destella
Su luz al mundo cuando en él se lanza,
Y el mundo con su magia y galanura,
Es espejo no más de su hermosura;

Es el amor que al mismo amor adora,
El que creó las sílfides y ondinas,
La sacra ninfa que bordando mora
Debajo de las aguas cristalinas;
Es el amor que recordando llora
Las arboledas del Edén divinas,
Amor de allí arrancado, allí nacido,
Que busca en vano aquí su bien perdido.

¡Oh llama santa! ¡Celestial anhelo!
¡Sentimiento purísimo! ¡Memoria
Acaso triste de un perdido cielo,
Quizá esperanza de futura gloria!
¡Huyes y dejas llanto y desconsuelo!
¡Oh mujer, que en imagen ilusoria
Tan pura, tan feliz, tan placentera,
Brindó el amor a mi ilusión primera!...

Gustavo Adolfo Bécquer
(España, 1836-1870)

Cuando en la noche te envuelven

Cuando en la noche te envuelven
Las alas de tul del sueño,
Y tus tendidas pestañas

Semejan arcos de ébano,
Por escuchar los latidos,
De tu corazón inquieto,
Y reclinar tu dormida
Cabeza sobre mi pecho,
Diera, alma mía,
Cuanto poseo,
¡La luz, el aire
Y el pensamiento!

Cuando se clavan tus ojos
En un invisible objeto,
Y tus labios ilumina
De una sonrisa el reflejo,
Por leer sobre tu frente
El callado pensamiento
Que pasa como la nube
Del mar sobre el ancho espejo,
Diera, alma mía,
Cuando deseo
¡La fama, el oro,
La gloria, el genio!

Cuando enmudece tu lengua
Y se apresura tu aliento,
Y tus mejillas se encienden,
Y entornas tus ojos negros,
Por ver entre sus pestañas
Brillar con húmedo fuego
La ardiente chispa que brota
Del volcán de los deseos,
Diera, alma mía,
Por cuanto espero,
¡La fe, el espíritu,
La tierra, el cielo!

Me ha herido recatándose en las sombras

Me ha herido recatándose en las sombras,
Sellando con un beso su traición.
Los brazos me echó al cuello, y por la espalda
Partióme a sangre fría el corazón.

Y ella prosigue alegre su camino,
Feliz, risueña, impávida; y ¿por qué?
Porque no brota sangre de la herida,
Porque el muerto está en pie.

José Martí

(Cuba, 1853-1895)

Mucho, señora, daría

Mucho, señora, daría
por tender sobre tu espalda
tu cabellera bravía,
tu cabellera de gualda:
 Despacio la tendería,
 callado la besaría.

Por sobre la oreja fina
baja lujoso el cabello,
lo mismo que una cortina
que se levanta hacia el cuello.
 La oreja es obra divina
 de porcelana de China.

Mucho, señora, te diera
por desenredar el nudo
de tu roja cabellera
sobre tu cuerpo desnudo:
 Muy despacio lo esparciera,
 hilo por hilo lo abriera.

Salvador Díaz Mirón

(México, 1853-1928)

Cleopatra

La vi tendida de espaldas
entre púrpura revuelta...
Estaba toda desnuda
aspirando humo de esencias
en largo tubo escarchado
de diamantes y de perlas.

Sobre la siniestra mano
apoyada la cabeza,
y cual el ojo de un tigre
un ópalo daba en ella
vislumbres de sangre y fuego
al oro de su ancha trenza.

Tenía un pie sobre el otro
y los dos como azucenas,
y cerca de los tobillos
argollas de finas piedras,
y en el vientre un denso triángulo
de rizada y rubia seda.

En un brazo se torcía
como cinta de centella
un áspid de filigrana
salpicado de turquesas,
con dos carbunclos por ojos
y un dardo de oro en la lengua.

Tibias estaban sus carnes,
y sus altos pechos eran
cual blanca leche vertida
dentro de dos copas griegas,
convertida en alabastro,
sólida ya pero aún trémula.

¡Ah! Hubiera yo dado entonces
todos mis lauros de Atenas
por entrar en esa alcoba
coronado de violetas,
dejando con los eunucos
mis coturnos a la puerta.

Manuel Gutiérrez Nájera

(México, 1859-1895)

Para un menú

Las novias pasadas son copas vacías;
en ellas pusimos un poco de amor;
el néctar tomamos... huyeron los días...
¡Traed otras copas con nuevo licor!

Champán son las rubias de cutis de azalía;
Borgoña los labios de vivo carmín;
los ojos oscuros son vino de Italia,
los verdes y claros son vinos del Rhin.

Las bocas de grana son húmedas fresas;
las negras pupilas escancian café;
son ojos azules las llamas traviesas
que trémulas corren como almas del té.

La copa se apura, la dicha se agota;
de un sorbo tomamos mujer y licor...
dejemos las copas... Si queda una gota,
¡que beba el lacayo las heces de amor!

José Asunción Silva

(Colombia, 1865-1896)

Ronda

Poeta, di paso
Los furtivos besos...

.....
La ronda... los recuerdos... la luna no vertía
Allí ni un solo rayo, temblabas y eras mía
El aire estaba tibio bajo el follaje espeso,
Una errante luciérnaga alumbró nuestro beso...
El contacto amoroso de tus labios de seda...
La selva oscura y mística fue la alcoba sombría
El musgo, en ese sitio tiene olor de reseda...

.....
Filtró luz por las ramas cual si llegara el día
Entre las nieblas pálidas la luna aparecía.

Poeta, di paso
Los íntimos besos...

¿De las noches más dulces te acuerdas, todavía?
En señorial alcoba, do la tapicería
Amortiguaba el ruido, con sus hilos espesos,
Desnuda tú en mis brazos, fueron míos tus besos,
Tu cuerpo de veinte años sobre la roja seda,
Tus cabellos dorados y tu melancolía
Tus caricias de virgen y tu olor de reseda...

.....
Apenas alumbraba la lámpara sombría
Las desteñidas sedas de la tapicería.

Poeta, di paso
El último beso...

De la trágica noche me acuerdo todavía
El ataúd heráldico en el salón yacía,
Fatigado mi cuerpo por vigiliass y excesos
Oí, como a distancia, los monótonos rezos,
Tú, mustia, yerta y rígida entre la negra seda,
La llama de los cirios temblaba y se movía,
Perfumaba la atmósfera un olor de reseda...
Un crucifijo pálido, los brazos extendía,
Y estaba helada y cárdena la boca que fue mía.

Poeta, a las sombras
Temblando me vuelvo.

Rubén Darío
(Nicaragua, 1867-1916)

Margarita

In memoriam...

¿Recuerdas que querías ser una Margarita
Gautier? Fijo en mi mente tu extraño rostro está,
cuando cenamos juntos, en la primera cita,
en una noche alegre que nunca volverá.

Tus labios escarlatas de púrpura maldita
sorbían el champaña del fino baccarat;
tus dedos deshojaban la blanca margarita:
«Sí..., no..., sí..., no...», ¡y sabías que te adoraba ya!

Después, ¡oh flor de Histeria!, llorabas y reías;
tus besos y tus lágrimas tuve en mi boca yo;
tus risas, tus fragancias, tus quejas eran mías.

Y en una tarde triste de los más dulces días,
la Muerte, la celosa, por ver si me querías,
¡como a una margarita de amor, te deshojó!

Canción de otoño en primavera

A G. Martínez Sierra

Juventud, divino tesoro,
¡ya te vas para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro...
y a veces lloro sin querer.

Plural ha sido la celeste
historia de mi corazón.
Era una dulce niña, en este
mundo de duelo y aflicción.

Miraba como el alba pura;
sonreía como una flor.
Era su cabellera obscura
hecha de noche y de dolor.

Yo era tímido como un niño.
Ella, naturalmente, fue,

para mi amor hecho de armiño,
Herodías y Salomé...

Juventud, divino tesoro,
¡ya te vas para no volver...!
Cuando quiero llorar, no lloro,
y a veces lloro sin querer...
La otra fue más sensitiva,
y más consoladora y más
halagadora y expresiva,
cual no pensé encontrar jamás.

Pues a su continua ternura
una pasión violenta unía.
En un peplo de gasa pura
una bacante se envolvía...

En sus brazos tomó mi ensueño
y lo arrulló como a un bebé...
Y le mató, triste y pequeño,
falto de luz, faltar de fe...

Juventud, divino tesoro,
¡te fuiste para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro,
y a veces lloro sin querer...

Otra juzgó que era mi boca
el estuche de su pasión
y que me roería, loca,
con sus dientes el corazón

poniendo en un amor de exceso
la mira de su voluntad,
mientras eran abrazo y beso
síntesis de la eternidad:

y de nuestra carne ligera
imaginar siempre un Edén,

sin pensar que la Primavera
y la carne acaban también...

Juventud, divino tesoro,
¡ya te vas para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro,
y a veces lloro sin querer...

¡Y las demás!, en tantos climas,
en tantas tierras, siempre son,
si no pretexto de mis rimas,
fantasmas de mi corazón.

En vano busqué a la princesa
que estaba triste de esperar.
La vida es dura. Amarga y pesa.
¡Ya no hay princesa que cantar!

Mas a pesar del tiempo terco,
mi sed de amor no tiene fin;
con el cabello gris me acerco
a los rosales del jardín...

Juventud, divino tesoro,
¡ya te vas para no volver!...
Cuando quiero llorar, no lloro,
y a veces lloro sin querer...

¡Mas es mía el Alba de oro!

Que el amor no admite cuerdas reflexiones

Señora, Amor es violento;
y cuando nos transfigura,
nos enciende el pensamiento
la locura.

No pidas paz a mis brazos,
que a los tuyos tienen presos;
son de guerra mis abrazos
y son de incendio mis besos;

y sería vano intento
el tornar mi mente obscura,
si me enciende el pensamiento
la locura.

Clara está la mente mía
de llamas de amor, señora,
como la tienda del día
o el palacio de la aurora.
Y el perfume de tu unguento
te persigue mi ventura,
y me enciende el pensamiento
la locura.

Mi gozo tu paladar
rico panal conceptúa,
como en el santo Cantar:
Mel et lac sub lingua tua.
La delicia de tu aliento
en tan fino vaso apura,
y me enciende el pensamiento
la locura.

Loor

(A la manera del mismo)

¿A qué comparar la pura
arquitectura
de tu cuerpo? ¿A una sutil
torre de oro y marfil?
¿O de Abril
a la loggia florecida?
Luz y vida
iluminan lo interior,
y el amor
tiene su antorcha encendida.

Quiera darme el garzón de Ida
la henchida
copa; y Juno, la oriental
pompa del pavón real;
su cristal

Castalia; y yo, apolonida,
la dormida
cuerda haré cantar por la
luz que está
dentro tu cuerpo prendida.

La blanca pareja anida
adormecida:
aves que bajo el corpiño
ha colocado el dios niño,
rosa, armiño,
mi mano sabia os convida
a la vida.
Por los boscosos senderos
viene Eros
a causar la dulce herida.

Ffin

Señora, suelta la brida
y tendida
la crin, mi corcel de fuego
va; en él llevo
a tu campaña florida.

A Francisca

I

Francisca, tú has venido
en la hora segura;
la mañana es oscura
y está caliente el nido.

Tú tienes el sentido
de la palabra pura,
y tu alma te asegura
el amante marido.

Un marido y amante
que, terrible y constante,

será contigo dos.

Y que fuera contigo,
como amante y amigo,
al infierno o a Dios.

II

Francisca es la alborada,
y la aurora es azul;
el amor es inmenso
y eres pequeña tú.

Mas en tu pobre urna
cabe la eterna luz,
que es de tu alma y la mía
un diamante común.

III

¡Franca, cristalina,
alma sororal,
entre la neblina
de mi dolor y de mi mal!

Alma pura,
alma franca,
alma obscura,
y tan blanca...

Sé conmigo
un amigo,
sé lo que debes ser,
lo que Dios te propuso,
la ternura y el huso
con el grano de trigo
y la copa de vino,
y el arrullo sincero
y el trino,
a la hora y a tiempo.

¡A la hora del alba y de la tarde,
del despertar y del soñar y el beso!

Alma sororal y obscura,
con tus cantos de España,
que te juntas a mi vida
 rara,
y a mi soñar difuso,
y a mi soberbia lira,
con tu rueca y tu huso,
ante mi bella mentira,
ante Verlaine y Hugo,
 ¡tú que vienes
de campos remotos y ocultos!

IV

La fuente dice: "Yo te he visto soñar."
El árbol dice: "Yo te he visto pensar."
Y aquel ruiseñor de los mil años
repite lo del cuervo: "¡Jamás!"

V

Francisca, sé suave
es tu dulce deber;
sé para mí un ave
que fuera una mujer.

Francisca, sé una flor
y mi vida perfuma,
hecha toda de amor
y de dolor y espuma.

Francisca, sé un ungüento
como mi pensamiento;
Francisca, sé una flor
cual mi sutil amor;
Francisca, sé mujer
como se debe ser...

Saber amar y sentir
y admirar como rezar...
Y la ciencia del vivir
y la virtud de esperar.

VI

Ajena al dolo y al sentir artero,
llena de la ilusión que da la fe,
lazarillo de Dios en mi sendero,
Francisca Sánchez acompáñame...

En mi pensar de duelo y de martirio,
casi inconsciente me pusiste miel
multiplicaste pétalos de lirio
y refrescaste la hoja de laurel.

Ser cuidadosa del dolor supiste
y elevarte al amor sin comprender;
enciendes luz en las horas del triste,
pones pasión donde no puede haber.

Seguramente Dios te ha conducido
para regar el árbol de mi fe.
¡Hacia la fuente de noche y de olvido,
Francisca Sánchez, acompáñame!...

Amado Nervo

(México, 1870-1919)

El día que me quieras

El día que me quieras tendrá más luz que junio;
la noche que me quieras será de plenilunio,
con notas de Beethoven vibrando en cada rayo
sus inefables cosas,
y habrá juntas más rosas
que en todo el mes de mayo.

Las fuentes cristalinas
irán por las laderas
saltando cantarinas
el día que me quieras.

El día que me quieras, los sotos escondidos
resonarán arpegios nunca jamás oídos.
Éxtasis de tus ojos, todas las primaveras
que hubo y habrá en el mundo, serán cuando me quieras.

Cogidas de la mano, cual rubias hermanitas,
luciendo golas cándidas, irán las margaritas
por montes y praderas,
delante de tus pasos, el día que me quieras...
y si deshojas una, te dirá su inocente
postrer pétalo blanco: ¡Apasionadamente!
Al reventar el alba del día que me quieras,
tendrán todos los tréboles cuatro hojas agoreras,
y en el estanque, nido de gérmenes ignotos,
florecerán las místicas corolas de los lotos.
El día que me quieras será cada celaje
ala maravillosa, cada arrebol, miraje
de "Las Mil y Una Noches", cada brisa un cantar,
cada árbol una lira, cada monte un altar.

El día que me quieras, para nosotros dos
cabrá en un solo beso la beatitud de Dios.

Manuel Machado

(España, 1874-1947)

Sandro Botticelli

La primavera

¡Oh el sotto voce balbuciente, oscuro,
de la primer lujuria!... ¡Oh la delicia
del beso adolescente, casi puro!...
¡Oh el no saber de la primer caricia!...

¡Despertares de amor entre cantares
y humedad del jardín, llanto sin pena,
divina enfermedad que el alma llena,
primera mancha de los azahares!...

Ángel, niño, mujer... Los sensuales
ojos adormilados y anegados
en inauditas savias incipientes...

¡Y los rostros de almendra, virginales,
como flores al sol, aurirrosados,
en los campos de mayo sonrientes!...

José Santos Chocano

(Perú, 1875-1934)

Eres fría

Eres fría. A tus labios no se asoma
ni la risa, ni el grito, ni la queja.
Estatua fueres en la Atenas vieja,
mujer no fueres en la vieja Roma.

Como estatua de sal, si a veces toma
gesto vibrante el arco de tu ceja,
es porque en tu pupila se refleja
el rojo incendio de infernal Sodoma.

Tú desdeñaste a jóvenes de brío.
Y en matrimonio trágico y sombrío
a un anciano te uniste sin conciencia;

y la justicia del amor burlado,
como que eres de sal te ha condenado
a que te lama el buey de la Impotencia.

Antonio Machado

(España, 1875-1939)

Rosa de fuego

Tejidos sois de primavera, amantes,
de tierra y agua y viento y sol tejidos.
La sierra en vuestros pechos jadeantes,
en los ojos los campos florecidos,

pasead vuestra mutua primavera,
y aun bebed sin temor la dulce leche
que os brinda hoy la lúbrica pantera,
antes que, torva, en el camino aceche.

Caminad, cuando el eje del planeta
se vence hacia el solsticio de verano,
verde el almendro y mustia la violeta,

cerca la sed y el hontanar cercano,
hacia la tarde del amor, completa,
con la rosa de fuego en vuestra mano.

Canciones a Guiomar

¡Sólo tu figura,
como una centella blanca,
en mi noche oscura!

¡Y en la tersa arena,
cerca de la mar,
tu carne rosa y morena,
súbitamente, Guiomar!.

En el gris del muro,
cárcel y aposento,
y en el paisaje futuro
con sólo tu voz y el viento;

en el nácar frío
de tu zarcillo en mi boca,
Guiomar, y en el calofrío
de una amanecida loca;

asomada al malecón
que bate la mar de un sueño,
y bajo el arco del ceño
de mi vigilia, a traición,
¡siempre tú!

Guiomar, Guiomar,

mírame en ti castigado:
reo de haberte creado,
ya no te puedo olvidar.

Luis Carlos López

(Colombia, 1879-1950)

Muchachas solteronas

“Susana, ven: tu amor quiero gozar”. Lehar

Muchachas solteronas de provincia,
que los años hilvanan
leyendo folletines
y atisbando en balcones y ventanas...

Muchachas de provincia,
las de aguja y dedal, que no hacen nada,
sino tomar de noche
café con leche y dulce de papaya...

Muchachas de provincia,
que salen —si es que salen de la casa—
muy temprano a la iglesia,
con un andar doméstico de gansas...

Muchachas de provincia,
papandujas, etcétera, que cantan
melancólicamente
de sol a sol: —“Susana, ven... Susana”...

¡Pobres muchachas, pobres
muchachas tan inútiles y castas,
que hacen decir al Diablo,
con los brazos en cruz: —“Pobres muchachas”!...

Mi azotacalles

Dudo ante el lienzo, dudo
copiar al desnudo

su cuerpo menudo,
que parece una fruta en sazón.

Las horas que paso,
aparentemente sin hacerle caso,
mirando el ocaso
discreto del pubis de melocotón.

Como no comprende, sintiéndose en celo,
que adore al modelo
y no tenga mimos para la mujer,

qué cara más triste, de asombro, de duda,
cuando está desnuda
pone en el remanso tibio del taller...

Porfirio Barba Jacob

(Colombia, 1883-1942)

Elegía del marino ilusorio

Pensando estoy... Mi pensamiento tiene
ya el ritmo, ya el color, ya el ardimiento
de un mar que alumbran fuegos ponentinos.
A la borda del buque van danzando,
ebrios del mar, los jóvenes marinos.

Pensando estoy... Yo, cómo ceñiría
la cabeza encrespada y voluptuosa
de un joven, en la playa deleitosa,
cual besa el mar con sus lenguas el día.
Y cómo de él cautivo, temblando, suspirando,
contra la Muerte,
su juventud indómita, tierno, protegería.
Contra la Muerte,
su silueta ilusoria vaga en mi poesía.

Morir... ¿Conque esta carne cerúlea, macerada
en los jugos del mar, suave y ardiente,
será por el dolor acongojada?

Y el ser bello en la tierra encantada,
y el soñar en la noche iluminada,
y la ilusión, de soles diademada,
y el vigor... y el amor... ¿fue nada, nada?

¡Dame tu miel, oh niño de boca perfumada!

Los desposados de la muerte

Michael Farrel ardía con un ardor puro como la luz.
Sus manos enseñaban a amar los lirios
y sus sienes a desear el oro de las estrellas.
En sus ojos bullían trémulas luces oceánicas.
Sus formas eran el himno de castidad de la arcilla,
suave y fragante y musical.
Bajo sus bucles rubios, undosos y profusos,
parecían temblar las alas de un ángel.

Emiliano Atehortúa era muy sencillo
y traía una infantilidad inagotable.
Su adolescencia láctea, meliflua y floreal,
fluía por las escarpas de mi madurez
como fluye por el cielo la leche del alba.
Cuando le vi en el vano ejercicio de la vida
me pareció que me envolvía el rumor de una selva
y me inundó el corazón la virtud musical de las aguas.
Hay almas tan melódicas como si fueran ríos
o bosques en las orillas de los ríos.

Guillermo Valderrama era indolente y apasionado.
Como un licor de bajo precio,
la vida le produjo una embriaguez innoble.
Sus formas pregonaban el triunfo de una estirpe.
Había en su voz un glú-glú redentor
y su amante le llamó una vez
“el Príncipe de las hablas de agua”.

Leonel Robledo era muy tímido
bajo una apariencia llena de majestad.

En el recóndito espejo de su ternura
se le reflejaba la imagen de una mujer.
Toda su fuerza era para el ensueño y la evocación.
Le vi llorar una vez por males de ausencia
y me dije: hay una tempestad en una gota de rocío,
y, sin embargo, no se conmueven los luceros...

Stello laladaki era armonioso, rosáceo, azulino,
como los mares de Grecia, como las islas que ellos ciñen.
Efundía del mundo algo irreal, risueño, fantástico.
Se le veía como marchando de las playas de ensueño
que rozaron las quillas de Simbad el Marino,
hacia las vagas latitudes
por donde erró Sir John de Mandeville.
Cuando le conocí tuve antojo de releer la Odisea,
y por la noche soñé en el misterio de las espigas.

¡Evanaam! ¡Evanaam!

Juan Rafael Agudelo era fuerte. Su fuerza trascendía
como los roncocos ecos del monte a los pinos.
Alma laboriosa, la soledad era su ambiente necesario.
Sus ilusiones fructificaban como una floresta
oculta por los tules del "todavía-no".
Sus palabras revelaban la fuerza de la Realidad,
y sus actos tenían la sencillez de un gajo de roble.

Delmira Agustini

(Uruguay, 1886-1914)

Mis amores

Hoy han vuelto.
Por todos los senderos de la noche han venido
a llorar en mi lecho.
¡Fueron tantos, son tantos!...
Ya no sé cuáles viven, yo no sé cuál ha muerto.
Me lloraré yo misma para llorarlos todos.
La noche bebe el llanto como un pañuelo negro.
Hay cabezas doradas al sol, como maduras...

Hay cabezas tocadas de sombra y de misterio,
cabezas coronadas de una espina invisible,
cabezas que sonrosa la rosa de ensueño,
cabezas que se doblan a cojines de abismo,
cabezas que quisieran descansar en el cielo,
algunas que no alcanzan a oler a primavera,
muchas que trascienden a las flores de invierno.
Todas esas cabezas me duelen como llagas...

Me duelen como muertos...
¡Ah!... Y los ojos..., los ojos me duelen más: ¡son dobles...!
indefinidos, verdes, grises, azules, negros,
abrasan si fulguran;
son caricias, dolor, constelación, infierno.
Sobre toda su luz, sobre todas sus llamas,
se iluminó mi alma y se templó mi cuerpo.
Ellos me dieron sed de todas esas bocas...
De todas esas bocas que florecen mi lecho:
Vasos rojos o pálidos de miel o de amargura,
con lises de armonía o rosas de silencio;
de todos estos vasos donde bebí la vida.
De todos estos vasos donde la muerte bebo...
El jardín de sus bocas, venenoso, embriagante,
en donde suspiraba "sus" almas y "sus" cuerpos,
humedecido en lágrimas
ha rodeado mi lecho...

Y las manos, las manos colmadas de destinos
secretos y alhajas de anillos de misterio...
Hay manos que nacieron con guantes de caricia,
manos que están colmadas de la flor del deseo,
manos en que se siente un puñal nunca visto,
manos en que se ve un intangible cetro;
pálidas o morenas, voluptuosas o fuertes;
en todas, todas ellas, puede engarzar un sueño.

Con tristeza de almas,
se doblegan los cuerpos,

sin velos, santamente
vestidos de deseo.

Imanes de mis brazos, panales de mi entraña,
como a invisible abismo se inclinan a mi lecho...
¡Ah, entre todas las manos, yo he buscado tus manos!
Tu boca entre las bocas, tu cuerpo entre los cuerpos.
De todas las cabezas yo quiero tu cabeza,
De todos esos ojos, ¡tus ojos sólo quiero!
Tú eres el más triste, por ser el más querido,
tú has llegado el primero por venir de más lejos...
¡Ah, la cabeza oscura que no he tocado nunca
y las pupilas claras que miré tanto tiempo!
Las ojeras que ahondamos la tarde y yo inconscientes.
La palidez extraña que doblé sin saberlo,
ven a mí: mente a mente;
ven a mí: ¡cuerpo a cuerpo!

Tú me dirás qué has hecho de mi primer suspiro.
Tú me dirás qué has hecho del sueño de aquel beso...
Me dirás si lloraste cuando te dejé solo...
¡Y me dirás si has muerto...!

Si has muerto
mi pena enlutará la alcoba lentamente,
y estrecharé tu sombra hasta apagar mi cuerpo.
Y en el silencio ahondado de tiniebla,
y en la tiniebla ahondada de silencio,
nos velará llorando, llorando hasta morir
nuestro hijo: el recuerdo.

José Eustasio Rivera

(Colombia, 1888-1928)

Por saciar los ardores

Por saciar los ardores de mi sangre liviana
y alegrar la penumbra del vetusto caney,
un indio malicioso me ha traído una indiana
de senos florecidos, que se llama Riguey.

Sueltan sus desnudeces ondas de mejorana;
siempre el rostro me oculta por atávica ley,
y al sentir mis caricias apremiantes, se afana
por clavarme las uñas de rosado carey.

Hace luna. La fuente habla del himeneo.
La indiecita solloza presa de mi deseo,
y los hombros me muerde con salvaje crueldad.

Pobre... ¡Ya me agasaja! Es mi lecho un andamio,
mas la brisa y la noche cantan mi epitalmio
y la montaña púber huele a virginidad.

Gabriela Mistral

(Chile, 1889-1957)

Balada

El pasó con otra;
yo le ví pasar.
Siempre dulce el viento
y el camino en paz.
¡Y estos ojos míseros
le vieron pasar!

Él va amando a otra
por la tierra en flor.
Ha abierto el espino;
pasa una canción.
¡Y él va amando a otra
por la tierra en flor!

Él besó a la otra
a orillas del mar;
resbaló en las olas
la luna de azahar.
¡Y no untó mi sangre
la extensión del mar!

Él irá con otra
por la eternidad.
Habrá cielos dulces
(Dios quiere callar).
¡Y él irá con otra
por la eternidad!

Miguel Rasch Isla

(Colombia, 1889-1953)

Culto de Safo

Bajo el cielo de Lesbos floreció tu malicia,
y en Lesbos adquiriste la afición con que eres,
en el coro festivo de las otras mujeres,
la que eróticamente las provoca e inicia...

¿Qué goce de otros mundos o qué extrema delicia
hallas en el inverso culto de tus placeres?
¿Por qué al beso del macho que fecunda, prefieres
el beso de la amiga: tu émula en la caricia?

Dichosa tú que sabes, sin manchar su blancura,
deleitarte en la núbil plenitud de sus senos
y embellecer el vicio con tu propia hermosura.

Salve a ti en el cortejo de las mujeres bellas
que ayúntanse a los hombres en connubios obscenos:
tu pecado rebelde no es el de todas ellas.

Edén de los edenés

En la grata penumbra de la alcoba,
todo indecisamente sumergido,
y ella, desmelenada, en el mullido
y perfumado lecho de caoba.

Tembló mi carne —¡enfiébrecida loba!—
y arrobéme en el cuerpo repulido,

como en un jazminero florecido
una alimaña pérfida se arroba.

Besé con beso deleitoso y sabio,
su palpitante desnudez de luna...
y en insaciada exploración, mi labio

bajó al umbroso edén de los edenés,
mientras sus piernas me formaban una
corona de impudor sobre las sienes.

Eduardo Castillo

(Colombia, 1889-1938)

El súcubo

A la medianoche
cuando todo duerme
y reina en el mundo
misterio solemne,
a la hora medrosa
de trasgos y duendes,
lostrego del Diablo,
a mi alcoba viene
con su piel helada
como de serpiente
el infernal súcubo
de los ojos verdes.
Tiene el cuerpo anfórico,
los pechos eréctiles
y como una copa
de marfil el vientre.
Contra mí se ciñe
y su brazo ardiente
que da al mismo tiempo
tortura y deleite,
fustiga mis nervios
hasta que aparecen
los primeros ópalos
del alba en Oriente,

y al canto del gallo
al abismo vuelve
el infernal súcubo
de los ojos verdes.
Yo maldigo al monstruo
de besos crueles
en que está el amargo
sabor de la muerte,
mensajero ambiguo
del Bajísimo entre
cuyos muslos blancos
mi alma se pierde....
Pero sus caricias
aguardo con fiebre
cuando la tiniebla
nocturna me envuelve
y con pasos táticos
a mi lecho viene
el infernal súcubo
de los ojos verdes.

Oliverio Girondo

(Argentina, 1891-1967)

Se miran, se presienten, se desean

Se miran, se presienten, se desean,
se acarician, se besan, se desnudan,
se respiran, se acuestan, se olfatean,
se penetran, se chupan, se demudan,
se adormecen, se despiertan, se iluminan,
se codician, se palpan, se fascinan,
se mastican, se gustan, se babeaen,
se confunden, se acoplan, se disgregan,
se aletargan, fallecen, se reintegran,
se distienden, se enarcan, se menean,
se retuercen, se estiran, se caldean,
se estrangulan, se aprietan, se estremecen,
se tantean, se juntan, desfallecen,

se repelen, se enervan, se apetecen,
se acometen, se enlazan, se entrechocan,
se agazapan, se apresan, se dislocan,
se perforan, se incrustan, se acribillan,
se remachan, se injertan, se atornillan,
se desmayan, reviven, resplandecen,
se contemplan, se inflaman, se enloquecen,
se derriten, se sueldan, se calcinan,
se desgarran, se muerden, se asesinan,
resucitan, se buscan, se refriegan,
se rehúyen, se evaden y se entregan.

Topatumba

Ay mi más mimo mío
mis bisvidita te ando
sí toda
así
te tato y topo tumbo y te arpo
y libo y libo tu halo
ah la piel cal de luna de tu trascielo mío que me levitabisma
mi tan todita lumbre
cántame tú evapulpo
sé sed sé sed
sé liana
anuda más
más nudo de musgo de entremuslos de seda que me ceden
tu muy corola mía
ah su rocío
qué limbo
ízala tú mi tumba
así
ya en ti mi tea
toda mi llama tuya
destiérrame
aletea
lava ya emana el alma
te hisopo
toda mía

ay
entremuero
vida
me cremas
te edenizo.

Pedro Salinas

(España, 1891-1951)

Aquí

Aquí
en esta orilla blanca
del lecho donde duermes
estoy al borde mismo
de tu sueño. Si diera
un paso más, caería
en sus ondas, rompiéndolo
como un cristal. Me sube
el calor de tu sueño
hasta el rostro. Tu hálito
te mide la andadura
del soñar: va despacio.
Un soplo alterno, leve
me entrega ese tesoro
exactamente: el ritmo
de tu vivir soñando.
Miro. Veo la estofa
de que está hecho tu sueño.
La tienes sobre el cuerpo
como coraza ingrávida.
Te cerca de respeto.
A tu virgen te vuelves
toda entera, desnuda,
cuando te vas al sueño.
En la orilla se paran
las ansias y los besos:
esperan, ya sin prisa,
a que abriendo los ojos

renuncies a tu ser
invulnerable. Busco
tu sueño. Con mi alma
doblada sobre ti
las miradas recorren,
traslúcida, tu carne
y apartan dulcemente
las señas corporales,
por ver si hallan detrás
las formas de tu sueño.
No lo encuentran. Y entonces
pienso en tu sueño. Quiero
descifrarlo. Las cifras
no sirven, no es secreto.
Es sueño y no misterio.
Y de pronto, en el alto
silencio de la noche,
un soñar mío empieza
al borde de tu cuerpo;
en él el tuyo siento.
Tú dormida, yo en vela,
hacíamos los mismo.
No había que buscar:
tu sueño era mi sueño.

Horizontal, sí, te quiero

Horizontal, sí, te quiero.
Mírale la cara al cielo,
de cara. Déjate ya
de fingir un equilibrio
donde lloramos tú y yo.
Ríndete
a la gran verdad final,
a lo que has de ser conmigo,
tendida ya, paralela,
en la muerte o en el beso.
Horizontal es la noche
en el mar, gran masa trémula

sobre la tierra acostada,
vencida sobre la playa.
El estar de pie, mentira:
sólo correr o tenderse.
Y lo que tú y yo queremos
y el día —ya tan cansado
de estar con su luz, derecho—
es que nos llegue, viviendo
y con temblor de morir,
en lo más alto del beso,
ese quedarse rendidos
por el amor más ingrátido,
al peso de ser de tierra,
materia, carne de vida.
En la noche y la trasnoche,
y el amor y el trasamor,
ya cambiados
en horizontes finales,
tú y yo, de nosotros mismos.

César Vallejo

(Perú, 1892-1938)

Pienso en tu sexo

Pienso en tu sexo.
Simplificado el corazón, pienso en tu sexo,
ante el higar maduro del día.
Palpo el botón de dicha, está en sazón.
Y muere un sentimiento antiguo
degenerado en seso.

Pienso en tu sexo, surco más prolífico
y armonioso que el vientre de la Sombra,
aunque la Muerte concibe y pare
de Dios mismo.

¡Oh Conciencia!,
pienso, sí, en el bruto libre
que goza donde quiere, donde puede.

¡Oh escándalo de miel de los crepúsculos!

¡Oh estruendo mudo!

¡Odumodneurtse!

Alfonsina Storni

(Argentina, 1892-1938)

La caricia perdida

Se me va de los dedos la caricia sin causa,
se me va de los dedos... En el viento, al pasar,
la caricia que vaga sin destino ni objeto,
la caricia perdida ¿quién la recogerá?

Pude amar esta noche con piedad infinita,
pude amar al primero que acertara a llegar.
Nadie llega. Están solos los floridos senderos.
La caricia perdida rodará... rodará...

Si en los ojos te besan esta noche, viajero,
si estremece las ramas un dulce suspirar,
si te oprime los dedos una mano pequeña
que te toma y te deja, que te logra y se va.

Si no ves esa mano, ni esa boca que besa,
si es el aire quien teje la ilusión de besar,
oh, viajero que tienes como el cielo los ojos,
en el viento fundida, ¿me reconocerás?

(Languidez)

Jorge Guillén

(España, 1893-1984)

Susana y los viejos

Furtivos, silenciosos, tensos, avizorantes,
se deslizan, escrutan y apartando la rama
alargan sus miradas hasta el lugar del drama:
el choque de un desnudo con los sueños de antes.

A solas y soñando ya han sido los amantes
posibles, inminentes, en visión, de la dama.
Tal desnudez real ahora los inflama
que los viejos se asoman, tímidos estudiantes.

¿Son viejos? Eso cuentan. Es cómputo oficial.
En su carne se sienten, se afirman juveniles
porque lo son. Susana surge ante su deseo,

que conserva un impulso cándido de caudal.
Otoños hay con cimas y ráfagas de abril.
— Ah, Susana. — ¡Qué horror! — Perdóname. ¡Te veo!

Juana de Ibarbourou

(Uruguay, 1895-1979)

La cita

Me he ceñido toda con un manto negro.
Estoy toda pálida, la mirada extática.
Y en los ojos tengo partida una estrella.
¡Dos triángulos rojos en mi faz hierática!

Ya ves que no luzco siquiera una joya,
ni un lazo rosado, ni un ramo de dalias.
Y hasta me he quitado las hebillas ricas
de las correhuelas de mis dos sandalias.

Mas soy esta noche, sin oros ni sedas,
esbelta y morena como un lirio vivo.
Y estoy toda ungida de esencias de nardos,
y soy toda suave bajo el manto esquivo.

Y en mi boca pálida florece ya el trémulo
clavel de mi beso que aguarda tu boca.
Y a mis manos largas se enrosca el deseo
como una invisible serpentina loca.

¡Descíñeme, amante! ¡Descíñeme, amante!
Bajo tu mirada surgiré como una

estatua vibrante sobre un plinto negro
hasta el que se arrastra, como un can, la luna.

León de Greiff

(Colombia, 1895-1976)

Poema

Tu blondo hechizo loando,
trovador trovadorando
mi sed sacié y mi bulimia
mordiéndolo la fruta eximia
de tu boca. El róseo fruto
mordía con tánta gula
(no sé si ogaño se oscula
de esa guisa, o si era el bruto
poeta de antaño un ogro...)
—con paréntesis malogro
la ilación de mi relato—.
Con tánta gula mordía
tu boca, señora mía,
que asumí el canibalato:
me doctoraste antropófago
—tan dulce la antropofagia,
decías, que se contagia...—.
Nunca más. (Icaro aerófago
después y nefelibato)

Soneto

De las... a quien quiero
tengo dos a quien más amo:
de una de las dos soy amo;
de la otra el prisionero.

Aunque besé el... tañero
labio en flor, sesgo reclamo
donde —náufrago— difamo
del Ulises Marinero,

con la Circe y la Calipso;
de la una el labio huyo,
de la otra el labio anhelo...

Ira de Dios! De te ipso
sé a la vez el suyo y cuyo
Don Tenorio a contrapelo!

Sonetín

Lo primero de todo es la mujer.
De la mujer —primero— lo mejor.
De la mujer lo mejor es su flor.
La flor de la mujer... Es, a saber:

La intercolumnia flor ("ser o no ser".
en ello está el meollo: en Elsinor
lo dijo Hamlet —pésimo amador:
Ofelia lo atestigua: intacto arder).

Lo primero de todo está en se dar.
En se dar para en trueque recibir
lo mejor: ¿qué otra suerte? ¿qué otro albur?

Lo primero de todo es el amar.
Hay que amar a destajo hasta morir.
Hasta que Cronos blanda su segur.

Estrambote

Del Este al Norte del Oeste al Sur,
amar en verde, en rojo o en azul
(siguiendo a Omar Jayyám de Nischapur
y a Beremundo el Lelo, augur, tahúr)

¡abur! ¡agur!

Gerardo Diego
(España, 1896-1987)

Sucesiva

Déjame acariciarte lentamente,
déjame lentamente comprobarte,
ver que eres de verdad, un continuarte
de ti misma a ti misma extensamente.

Onda tras onda irradian de tu frente
y mansamente, apenas sin rizarte,
rompen sus diez espumas al besarte
de tus pies en la playa adolescente.

Así te quiero, fluida y sucesiva,
manantial tú de ti, agua furtiva,
música para el tacto perezosa.

Así te quiero, en límites pequeños,
aquí y allá, fragmentos, lirio, rosa,
y tu unidad después, luz de mis sueños.

Federico García Lorca

(España, 1898-1936)

Oda a Walt Whitman

Por el East River y el Bronx
los muchachos cantaban enseñando sus cinturas.
Con la rueda, el aceite, el cuero y el martillo
noventa mil mineros sacaban la plata de las rocas
y los niños dibujaban escaleras y perspectivas.

Pero ninguno se dormía,
ninguno quería ser río,
ninguno amaba las hojas grandes,
ninguno la lengua azul de la playa.

Por el East River y el Queensborough
los muchachos luchaban con la industria,
y los judíos vendían al fauno del río
la rosa de la circuncisión,

y el cielo desembocaba por los puentes y los tejados
manadas de bisontes empujadas por el viento.

Pero ninguno se detenía,
ninguno quería ser nube,
ninguno buscaba los helechos
ni la rueda amarilla del tamboril.

Cuando la luna salga
la poleas rodarán para turbar el cielo;
un límite de agujas cercará la memoria
y los ataúdes se llevarán a los que no trabajan.
Nueva York de cieno,
Nueva York de alambres y de muerte:
¿Qué ángel llevas oculto en la mejilla?
¿Qué voz perfecta dirá las verdades del trigo?
¿Quién el sueño terrible de tus anémonas manchadas?

Ni un solo momento, viejo hermoso Walt Whitman,
he dejado de ver tu barba llena de mariposas,
ni tus hombros de pana gastados por la luna,
ni tus muslos de Apolo virginal,
ni tu voz como una columna de ceniza;
anciano hermoso como la niebla
que gemías igual que un pájaro
con el sexo atravesado por una aguja,
enemigo del sátiro,
enemigo de la vid,
y amante de los cuerpos bajo la burda tela.

Ni un solo momento, hermosura viril
que en montes de carbón, anuncios y ferrocarriles,
soñabas ser un río y dormir como un río
con aquel camarada que pondría en tu pecho
un pequeño dolor de ignorante leopardo.

Ni un solo momento, Adán de sangre, Macho,
hombre solo en el mar, viejo hermoso Walt Whitman,
porque por las azoteas,
agrupados en los bares,

saliendo en racimos de las alcantarillas,
temblando entre las piernas de los chauffeurs
o girando en las plataformas del ajenjo,
los maricas, Walt Whitman, te señalan.

¡También ése! ¡También! Y se despeñan
sobre tu barba luminosa y casta
rubios del norte, negros de la arena,
muchedumbre de gritos y ademanes,
como los gatos y como las serpientes,
los maricas, Walt Whitman, los maricas,
turbios de lágrimas, carne para fusta,
bota o mordisco de los domadores.

¡También ése! ¡También! Dedos teñidos
apuntan a la orilla de tu sueño
cuando el amigo come tu manzana
con un leve sabor de gasolina
y el sol canta por los ombligos
de los muchachos que juegan bajo los puentes.

Pero tú no buscabas los ojos arañados,
ni el pantano oscurísimo donde sumergen a los niños,
ni la saliva helada,
ni las curvas heridas como panza de sapo
que llevan los maricas en coches y en terrazas
mientras la luna los azota por las esquinas del terror.

Tú buscabas un desnudo que fuera como un río.
Toro y sueño que junte la rueda con el alga,
padre de tu agonía, camelia de tu muerte
y gimiera en las llamas de tu ecuador oculto.

Porque es justo que el hombre no busque su deleite
en la selva de sangre de la mañana próxima.
El cielo tiene playas donde evitar la vida
y hay cuerpos que no deben repetirse en la aurora.

Agonía, agonía, sueño, fermento y sueño.
Éste es el mundo, amigo, agonía, agonía.

Los muertos se descomponen bajo el reloj de las ciudades.
La guerra pasa llorando con un millón de ratas grises,
los ricos dan a sus queridas
pequeños moribundos iluminados
y la vida no es noble, ni buena, ni sagrada.

Puede el hombre, si quiere, conducir su deseo
por vena de coral o celeste desnudo;
mañana los amores serán rocas y el Tiempo
una brisa que viene dormida por las ramas.

Por eso no levanto mi voz, viejo Walt Whitman,
contra el niño que escribe
nombre de niña en su almohada,
ni contra el muchacho que se viste de novia
en la oscuridad del ropero,
ni contra los solitarios de los casinos
que beben con asco el agua de la prostitución,
ni contra los hombres de mirada verde
que aman al hombre y queman sus labios en silencio.
Pero sí contra vosotros, maricas de las ciudades
de carne tumefacta y pensamiento inmundo.
Madres de lodo. Arpías. Enemigos sin sueño
del Amor que reparte corona de alegría.

Contra vosotros siempre, que dais a los muchachos
gotas de sucia muerte con amargo veneno.
Contra vosotros siempre,
«Fairies» de Norteamérica,
«Pájaros» de La Habana,
«Jotos» de México,
«Sarasas» de Cádiz,
«Apios» de Sevilla,
«Cancos» de Madrid,
«Floras» de Alicante,
«Adelaidas» de Portugal.

¡Maricas de todo el mundo, asesinos de palomas!
Esclavos de la mujer. Perras de sus tocadores.

Abiertos en las plazas, con fiebre de abanico
o emboscados en yertos paisajes de cicuta.

¡No haya cuartel! La muerte
mana de vuestros ojos
y agrupa flores grises en la orilla del cieno.
¡No haya cuartel! ¡Alerta!
Que los confundidos, los puros,
los clásicos, los señalados, los suplicantes,
os cierren las puertas de la bacanal.

Y tú, bello Walt Whitman, duerme orillas del Hudson
con la barba hacia el polo y las manos abiertas.
Arcilla blanda o nieve, tu lengua está llamando
camaradas que velen tu gacela sin cuerpo.

Duerme: no queda nada.
Una danza de muros agita las praderas
y América se anega de máquinas y llanto.
Quiero que el aire fuerte de la noche más honda
quite flores y letras del arco donde duermes,
y un niño negro anuncie a los blancos del oro
la llegada del reino de la espiga.

La casada infiel

Y que yo me la llevé al río
creyendo que era mozueta,
pero tenía marido.
Fue la noche de Santiago
y casi por compromiso.
Se apagaron los faroles
y se encendieron los grillos.
En las últimas esquinas
toqué sus pechos dormidos,
y se me abrieron de pronto
como ramos de jacintos.
El almidón de su enagua
me sonaba en el oído,

como una pieza de seda
rasgada por diez cuchillos.
Sin luz de plata en sus copas
los árboles han crecido,
y un horizonte de perros
ladra muy lejos del río.

Pasadas las zarzadoras,
los juncos y los espinos,
bajo su mata de pelo
hice un hoyo sobre el limo.
Yo me quité la corbata.
Ella se quitó el vestido.
Yo el cinturón con revólver.
Ella sus cuatro corpiños.
Ni nardos ni caracolas
tienen el cutis tan fino,
ni los cristales con luna
relumbran con ese brillo.
Sus muslos se me escapaban
como peces sorprendidos,
la mitad llenos de lumbre,
la mitad llenos de frío.
Aquella noche corrí
el mejor de los caminos,
montado en potra de nácar
sin bridas y sin estribos.
No quiero decir, por hombre,
las cosas que ella me dijo.
La luz del entendimiento
me hace ser muy comedido.
Sucia de besos y arena,
yo me la llevé del río.
Con el aire se batían
las espadas de los lirios.

Me porté como quien soy.
Como gitano legítimo.
Le regalé un costurero

grande, de raso pajizo,
y no quise enamorarme
porque teniendo marido
me dijo que era mozuela
cuando la llevaba al río.

Vicente Aleixandre

(España, 1898-1984)

Mano entregada

Pero otro día toco tu mano. Mano tibia.
Tu delicada mano silente. A veces cierro
Mis ojos y toco leve tu mano, leve toque
Que comprueba su forma, que tienta
Su estructura, sintiendo bajo la piel alada el duro hueso Insobornable,
el triste hueso adonde no llega nunca
El amor. Oh carne dulce, que sí se empapa del amor hermoso.

Es por la piel secreta, secretamente abierta, invisiblemente
entreabierta,
Por donde el calor tibio propaga su voz, su afán dulce;
Por donde mi voz penetra hasta tus venas tibias,
Para rodar por ellas en tu escondida sangre,
Como otra sangre que sonara oscura, que dulcemente
oscura te besara
Por dentro, recorriendo despacio como sonido puro
Ese cuerpo, que ahora resuena mío, mío poblado de mis
voces profundas,
Oh resonado cuerpo de mi amor, oh poseído cuerpo, oh
cuerpo sólo sonido de mi voz poseyéndole.
Por eso, cuando acaricio tu mano, sé que sólo el hueso
rehusa
Mi amor —el nunca incandescente hueso del hombre—.
Y que una zona triste de tu ser se rehusa,
Mientras tu carne entera llega un instante lúcido
En que total flamea, por virtud de ese lento contacto de
tu mano,
De tu porosa mano suavísima que gime,

Tu delicada mano silente, por donde entro
Despacio, despacísimo, secretamente en tu vida,
Hasta tus venas hondas totales donde bogo,
Donde te pueblo y canto completo entre tu carne.

Jorge Luis Borges

(Argentina, 1899-1986)

El amenazado

Es el amor. Tendré que ocultarme o que huir.
Crecen los muros de su cárcel, como en un sueño atroz.
La hermosa máscara ha cambiado, pero como siempre es la única.
¿De qué me servirán mis talismanes: el ejercicio de las letras, la
vaga erudición, el aprendizaje de las palabras que usó el áspero
Norte para cantar sus mares y sus espadas, la serena amistad, las
galerías de la Biblioteca, las cosas comunes, los hábitos, el joven
amor de mi madre, la sombra militar de mis muertos, la noche
intemporal, el sabor del sueño?
Estar contigo o no estar contigo es la medida de mi tiempo.
Ya el cántaro se quiebra sobre la fuente, ya el hombre se
levanta a la voz del ave, ya se han oscurecido los que
miran por las ventanas, pero la sombra no ha traído la
paz.
Es, ya lo sé, el amor: la ansiedad y el alivio de oír tu voz,
la espera y la memoria, el horror de vivir en lo sucesivo.
Es el amor con sus mitologías, con sus pequeñas magias inútiles.
Hay una esquina por la que no me atrevo a pasar.
Ya los ejércitos me cercan, las hordas.
(Esta habitación es irreal; ella no la ha visto.)
El nombre de una mujer me delata.
Me duele una mujer en todo el cuerpo.

1964

I

Ya no es mágico el mundo. Te han dejado.
Ya no compartirás la clara luna

Ni los lentos jardines. Ya no hay una
Luna que no sea espejo del pasado,
Cristal de soledad, sol de agonías.
Adiós las mutuas manos y las sienas
Que acercaba el amor. Hoy sólo tienes
La fiel memoria y los desiertos días.
Nadie pierde (repites vanamente)
Sino lo que no tiene y no ha tenido
Nunca, pero no basta ser valiente
Para aprender el arte del olvido.
Un símbolo, una rosa, te desgarras
Y te puede matar una guitarra.

II

Ya no seré feliz. Tal vez no importa.
Hay tantas otras cosas en el mundo;
Un instante cualquiera es más profundo
Y diverso que el mar. La vida es corta
Y aunque las horas son tan largas, una
Oscura maravilla nos acecha,
La muerte, ese otro mar, esa otra flecha
Que nos libra del sol y de la luna
Y del amor. La dicha que me diste
Y me quitaste debe ser borrada;
Lo que era todo tiene que ser nada.
Sólo me queda el goce de estar triste,
Esa vana costumbre que me inclina
Al Sur, a cierta puerta, a cierta esquina.

Himno

Esta mañana
hay en el aire la increíble fragancia
de las rosas del Paraíso.
En la margen del Éufrates
Adán descubre la frescura del agua.
Una lluvia de oro cae del cielo;
es el amor de Zeus.

Salta del mar un pez
y un hombre de Agrigento recordará
haber sido ese pez.
En la caverna cuyo nombre será Altamira
una mano sin cara traza la curva
de un lomo de bisonte.
La lenta mano de Virgilio acaricia
la seda que trajeron
del reino del Emperador Amarillo
las caravanas y las naves.
El primer ruiseñor canta en Hungría.
Jesús ve en la moneda el perfil de César.
Pitágoras revela a sus griegos
que la forma del tiempo es la del círculo.
En una isla del Océano
los lebreles de plata persiguen a los ciervos de oro.
En un yunque forjan la espada
que será fiel a Sigurd.
Whitman canta en Manhattan.
Homero nace en siete ciudades.
Una doncella acaba de apresar
al unicornio blanco.
Todo el pasado vuelve como una ola
y esas antiguas cosas recurren
porque una mujer te ha besado.

La espera

Antes que suene el presuroso timbre
Y abran la puerta y entres, oh esperada
Por la ansiedad, el universo tiene
Que haber ejecutado una infinita
Serie de actos concretos. Nadie puede
Computar ese vértigo, la cifra
De lo que multiplican los espejos,
De sombras que se alargan y regresan,
De pasos que divergen y convergen.
La arena no sabría numerarlos.

(En mi pecho, el reloj de sangre mide
El temeroso tiempo de la espera.)

Antes que llegues,
Un monje tiene que soñar con un ancla,
Un tigre tiene que morir en Sumatra,
Nueve hombres tienen que morir en Borneo.

Nostalgia del presente

En aquel preciso momento el hombre se dijo:
Qué no daría yo por la dicha
de estar a tu lado en Islandia
bajo el gran día inmóvil
y de compartir el ahora
como se comparte la música
o el sabor de una fruta.
En aquel preciso momento
el hombre estaba junto a ella en Islandia.

Rafael Alberti

(España, 1902-1999)

Diálogo entre Venus y Príapo

Príapo

... Despierta, sí, cerrada caverna de coral. Voy por tus breñas,
cabeceante, ciego, perseguido.
Ábrete a mi llamada,
al mismo sueño que en tu gruta sueñas.
Tus rojas furias sueltas me han mordido.
¿Me escuchas en lo oscuro?
Sediento, he jadeado las colinas
y descendido al valle donde empieza
el caminar más duro,
pues todo, aunque cabellos, son espinas,
montes allí rizados de maleza.
¿Duermes aún? ¿No sientes

cómo mi flor, brillante y ruborosa
la piel, extensa y alta se desnuda,
y con labios calientes
—coral los tuyos y los míos rosa—
besa la noche de tus labios muda?
¡Despierta!

Venus

¿Quién me nombra?
¿Quién persigue mis óleos seminales,
quién mi gruta de sombra
y navegar oculto mis canales?

Príapo

Quien solamente puede y se desvela,
levantado por ti de noche y día,
se atiranta en candela
y no se dobla hasta que el mar lo enfría.
¡Deja que te contemple!

Venus

Que te mire, déjame a mí también. ¡Siempre eres bello!

Príapo

¡Déjame que en tus selvas te respire!

Venus

¡Que me despeine en tu robusto cuello!

Príapo

¿Por qué dormías?

Venus

Todo era fingido.
Mi dormir no era más que desearte.
Tú alzas mi sueño cuando estás dormido.
Nací tan sólo para levantarte.

Príapo

¡Oh noche clara!

Venus

¡Oh clara luna llena! ¡Rayo directo que me inundas!

Príapo

Eres taza de espuma azul, concha marina,
alga abierta en la arena,
paraíso de sal de las mujeres,
secreto erizo que en la mar trasmina.
Golfo nocturno, ábrete a mí, bañadas
del más cálido aliento tus riberas.
Sabes a mosto submarino, a olas
en vivientes moluscos despeñadas,
a tajamares, soles de escolleras
y a rumor de perdidas caracolas.
Sabes también...

Venus

Repósate un momento...

Príapo

El reposar es mi mayor tristeza.

Venus

También yo quiero repetir al viento
toda mi admiración por tu grandeza.

Príapo

Hincho las velas. Habla.

Venus

Eres trinquete,
palo mesana, torre indagadora
y, ardido del más rojo gallardete,
cresta de gallo al despuntar la aurora.
Sales de un bosque, lanza o jabalina.
Redondos aramboles, de espejuelos
te alumbran cuando cazas.
Pende en los dos la gloria masculina.
Llenas las nubes, los cargados cielos
rebotan de sus tazas.

Príapo

¡Oh, ven más cerca! ¡Ven!

Venus

¡No! No me riegues,
amor, de blancos copos todavía.
Guarda, mi bien, esas nevadas flores
hasta que al fin me llegues
a lo más hondo de mi cueva umbría
con tus largos y ocultos surtidores.

Príapo

¿Qué quieres más?

Venus

Anhelo que me cantes
cosas que faltan. Mis alrededores
prometen sima al sur y al norte cumbre.

Príapo

Hacia ellas van mis rayos penetrantes,
su flor certera, sus certeras lumbres.

Venus

¿Qué ves, qué me iluminas?

Príapo

¡Oh precipicio, oh noche bordeada
de oscuridad también! ¡Despeñadero
que hacia las sombras sólo me encaminas!
Te miro y más se hunde mi mirada.
Si la dicha es redonda, está en tu cero.

Venus

Pasa a los altos, sube a los alcores...
¿Qué ves ahora, dime?

Príapo

Un baluarte de clavel y de nieve a cada lado.
¡Oh fortalezas! ¡Claros miradores
para clavar en ellos mi estandarte
y descender al bosque enamorado!

Venus

Dime si escondes para mi ventura
cosas que acaso yo no sepa.

Príapo

Escondo, también allá en lo hondo
de una caverna oscura,
de blancas y mordientes
almenas vigiladas,
una muy dulce y de humedad mojada
cautiva...

Venus

Yo prosigo. Son los dientes
los que fijos la rondan y dan vela.
También yo otra cautiva
como la tuya guardo. ¿No la sientes?
A navegar sobre su propia estela
mírala aquí dispuesta, siempre viva.

Príapo

¡Oh encendido alhelí, flor rumorosa!
Deja que tu saliva
de miel, que tu graciosa
corola lanceolada de rubíes
mojen mi lengua, ansiosa
de en la tuya mojar sus carmesíes.

Venus

¡Flor contra flor!

Príapo

¡Qué blandos oleajes
ya por mis flancos tu alhelí resbala!

Venus

Gira la noche...

Príapo

Cantan los cordajes...

Venus

Cambia el viento... Dan vueltas los paisajes...

Príapo

Y hace en tus labios mi navío escala,
mientras tu fuente oculta, prisionera
de mi boca, entreabriendo
su dócil ya y sumisa enredadera,
dulce y quejosamente va fluyendo.

Venus

¡Oh bonanza!

Príapo

¡Oh tranquilo descanso ahora!
¡Calmas, aunque plenas,
nuncios ya de los hondos y más duros
combates!

Venus

Desfleçadas, hilo a hilo, tus espumas descienden mis almenas.

Príapo

Tus arroyos y peces más oscuros
me corren por los labios todavía.

Venus

Un sabor a jazmín me permanece
y a tallo donde nada antes crecía.

Príapo

A tallo que por ti de nuevo crece.

Venus

¡Oh asombro! ¡Prodigiosa, mágica fuerza!

Príapo

¡Abismo que me atrae!

Venus

¡Oh cima misteriosa!

Príapo

¡Cima que sólo en ese abismo cae!

Venus

¡Qué mármol jaspeado!
¡Pálida, arquitectónica belleza!
¡Qué alto fuste estriado
de azules ríos! ¡Capitel armado
para elevar el mundo en su cabeza!

Príapo

Avanzo ya.

Venus

La noche abrasa.

Príapo

Gotas de esperma verde tiemblan los luceros.

Venus

Las dehesas remotas

de la luna, sus albos ventisqueros

se llenan de bramidos.

Del cielo penden signos genitales.

La Vía Láctea rueda sus henchidos

torrentes de amorosos sementales.

Príapo

Gruta sagrada, toco tus orillas.

Abre tus labios ya, siénteme dentro.

Venus

¡Oh maravilla de las maravillas!

¡Luz que me quema el más profundo centro!

Príapo

Se confunden los bosques, las lianas

se juntan y conmueven.

En el pomar revientan las manzanas

y en el jardín copos de nardos llueven.

Venus

¡Qué bien cubres mis ámbitos! Sus muros
¡cómo me los ensanchas y los llenas!
¡Qué pleamar, qué viento acompasados!

Príapo

Jaca y jinete, unísonos, seguros,
galopan, de corales y de arenas
y de espumas bañados.

Venus

Detente, amor. No infundas ese aliento
tan rápido a las brisas. Aminora
un poco el paso. Da a tu movimiento
un nuevo ritmo ahora.

Príapo

Pondré en mis alas un volar más lento.

Venus

¡Dulce vaivén! Rezuman mis paredes
las más blandas esencias.

Príapo

Desasidas de sus más hondas redes,
ya mis médulas saltan encendidas.

Venus

Ten más el freno.

Príapo

¿El freno? Querencioso,
mi caballo se pierde a la carrera.

Venus

Sigo también su galopar furioso,
antes que derramado en mí se muera.

Príapo

¡Amor!

Venus

¡Amor! La noche se desvae.
Nos baña el mar. ¡Oh luz! El mundo canta.
Cae la luna... El viento...

Príapo

Todo cae cuando el gallo del hombre se levanta.

Nicolás Guillén

(Cuba, 1902-1989)

Piedra de horno

La tarde abandonada
gime deshecha en lluvia.
Del cielo caen recuerdos
y entran por la ventana.
Duros suspiros, rotos,
quimeras calcinadas.
Lentamente va viniendo tu cuerpo.
Llegan tus manos en su órbita
de aguardiente de caña;
tus pies inagotables quemados por la danza,
y tus muslos, tenazas de espasmo,
y tu boca, sustancia

comestible, y tu cintura
de abierto caramelo.

Llegan tus brazos de oro, tus dientes sanguinarios;
De pronto entran tus ojos traicionados,
tu piel tendida, preparada
para la siesta;
tu olor a selva repentina; tu garganta
gritando (no sé, me lo imagino), gimiendo
(no sé, me lo figuro), quejándose (no sé, supongo, creo);
tu garganta profunda
retorciendo palabras prohibidas.

Un río de promesas
baja de tus cabellos,
se demora en tus senos,
cuaja al fin en un charco de melaza en tu vientre,
viola tu carne firme de nocturno secreto.

Carbón ardiendo y piedra de horno
en esta tarde fría de lluvia y de silencio.

Luis Cernuda

(España, 1902-1963)

Si él hombre pudiera decir

Si el hombre pudiera decir lo que ama,
Si el hombre pudiera levantar su amor por el cielo
Como una nube en la luz;
Si como muros que se derrumban,
Para saludar la verdad erguida en medio,
Pudiera derrumbar su cuerpo, dejando sólo la verdad de su amor,
La verdad de sí mismo,
Que no se llama gloria, fortuna o ambición,
Sino amor o deseo,
Yo sería al fin aquel que imaginaba;
Aquel que con su lengua, sus ojos y sus manos
Proclama ante los hombres la verdad ignorada,
La verdad de su amor verdadero.

Libertad no conozco sino la libertad de estar preso en alguien
Cuyo nombre no puedo oír sin escalofrío;
Alguien por quien me olvido de esta existencia mezquina,
Por quien el día y la noche son para mí lo que quiera,
Y mi cuerpo y espíritu flotan en su cuerpo y espíritu,
Como leños perdidos que la mar anega o levanta,
Libremente, con la libertad del amor,
La única libertad que me exalta,
La única libertad porque muero.

Tú justificas mi existencia.
Si no te conozco, no he vivido;
Si muero sin conocerte, no muero, porque no he vivido.

El amante espera

Y cuánto te importuno,
Señor, rogándote me vuelvas
Lo perdido, ya otras veces perdido
Y por ti recobrado para mí, que parece
Imposible guardarlo.

Nuevamente

Llamo a tu compasión, pues es la sola
Cosa que quiero bien, y tú la sola
Ayuda con que cuento.

Mas rogándote

Así, conozco que es pecado,
Ocasión de pecar lo que te pido,
Y aún no guardo silencio,
Ni me resigno al fin a la renuncia.

Tantos años vividos
En soledad y hastío, en hastío y pobreza,
Trajeron tras de ellos esta dicha,
Tan honda para mí, que así ya puedo
Justificar con ella lo pasado.

Por eso insisto aún, Señor, por eso vengo
de nuevo a ti, temiendo y aun seguro
de que si soy blasfemo me perdones:
devuélveme, Señor, lo que he perdido,
el solo ser por quien vivir deseo.

Jorge Carrera Andrade

(Ecuador, 1902-1978)

Cuerpo de la amante

I

Pródigo cuerpo:
dios, animal dorado,
fiera de seda y sueño,
planta y astro.

Fuente encantada
en el desierto.
Arena soy: tu imagen
por cada poro bebo.

Ola redonda y lisa:
En tu cárcel de nardos
devoran las hormigas
mi piel de náufrago.

II

Tu boca, fruta abierta
al besar brinda
perlas en un pocillo
de miel y guindas.
Mujer: antología
de frutas y de nidos,
leída y releída
con mis cinco sentidos.

III

Nuca: Escondite en el bosque,
liebre acurrucada
debajo de las flores,
en medio del torrente.

Alabastro lavado
en medio del torrente,
mina
y colmena de mieles.

Nido
de nieves y de plumas.
Pan redondo
de una fiesta de albura.

IV

Tu cuerpo eternamente está bañándose
en la cascada de tu cabellera,
agua lustral que baja
acariciando peñas.

La cascada quisiera ser un águila,
pero sus finas alas desfallecen:
agonía de seda
sobre el desierto ardiente de tu espalda.

La cascada quisiera ser un árbol,
toda una selva en llamas
con sus lenguas lamiendo
tu armadura de plata
de joven combatiente victoriosa,
única soberana de la tierra.

Tu cuerpo se consume eternamente
entre las llamas de tu cabellera.

V

Frente: cántaro de oro,
lámpara en la nevada,
caracola de sueños
por la luna sellada.

Aprendiz de corola,
albergue de corales,
boca: gruta de un dios
de secretos panales.

VI

Tu cuerpo es templo de oro,
catedral de amor
es donde entro de hinojos.

Esplendor entrevisto
de la verdad sin velos:
¡Qué profusión de lirios!

¡Cuántas secretas lámparas
bajo tu piel, esferas
pintadas por el alba!
Viviente, único templo:
La deidad y el devoto
suben juntos al cielo.

VII

Tu cuerpo es un jardín, masa de flores
y juncos animados.
Dominio del amor: en sus collados
persigo los eternos resplandores.

Agua dorada, espejo ardiente y vivo,
con palomas suspensas en su vuelo
feudo de terciopelo,
paraíso nupcial, cielo cautivo.

Comarca de azucenas, patria pura
que mi mano recorre en un instante.
Mis labios en tu espejo palpitante
apurán manantiales de dulzura.

Isla para mis brazos nadadores,
santuario del suspiro:
Sobre tu territorio, amor, expiro
árbol estrangulado por las flores.

Dulce María Loynaz

(Cuba, 1902-1997)

Si me quieres, quíereme entera

Si me quieres, quíereme entera,
no por zonas de luz o sombra...
Si me quieres, quíereme negra
y blanca. Y gris, y verde, y rubia,
y morena...
Quíereme día,
quíereme noche...
¡Y madrugada en la ventana abierta!...

Si me quieres, no me recortes:
¡Quíereme toda... O no me quieras!

Alberto Ángel Montoya

(Colombia, 1903-1971)

Se extasiaban tus ojos

Se extasiaban tus ojos en la espera
y una ola de amplia encajería
tu albo cuerpo orgulloso circuía
como circunda el mar una escollera.

Altanero pendón, alta bandera,
alzada en ti por recordar la vía,

sobre el cuello y los hombros se extendía,
a un viento de pasión, tu cabellera.

Desde las duras cúpulas al blando
y oculto valle, la batalla entera
fulgió al incendio de tu boca, cuando

tras la derrota de tu cabellera,
como una lanza a un viento sin bandera
quedó tu grito entre los dos temblando.

Silvina Ocampo

(Argentina 1903-1994)

Si soy en vano

Si soy en vano ahora lo que fui,
como la blanda y persistente arena
donde se borra el paso que la ordena,
no he sufrido bastante, amor, por ti.

Ah, si me hubieras dado sólo pena
y no la infiel intrépida alegría
tu crueldad no me lastimaría,
no podría apresarme tu cadena.

Quiero amarte y no amarte como te amo;
ser tan impersonal como las rosas;
como el árbol con ramas luminosas

no exigir nunca dichas que hoy reclamo;
alejarme, perderme, abandonarte,
con mi infidelidad recuperarte.

Xavier Villaurrutia

(México, 1903-1950)

Nocturno de los ángeles

Se diría que las calles fluyen dulcemente en la noche.
Las luces no son tan vivas que logren desvelar el secreto,
el secreto que los hombres que van y vienen conocen,
porque todos están en el secreto
y nada se ganaría con partirlo en mil pedazos
si, por el contrario, es tan dulce guardarlo
y compartirlo sólo con la persona elegida.

Si cada uno dijera en un momento dado,
en sólo una palabra, lo que piensa,
las cinco letras del deseo formarían una enorme cicatriz luminosa,
una constelación más antigua, más viva aún que las otras.
Y esa constelación sería como un ardiente sexo
en el profundo cuerpo de la noche,
o, mejor, como los Gemelos que por vez primera en la vida
se miraran de frente, a los ojos, y se abrazaran ya para siempre.

De pronto el río de la calle se puebla de sedientos seres.
Caminan, se detienen, prosiguen.
Cambian miradas, atreven sonrisas.
Forman imprevistas parejas...

Hay recodos y bancos de sombra,
orillas de indefinibles formas profundas
y súbitos huecos de luz que ciega
y puertas que ceden a la presión más leve.

El río de la calle queda desierto un instante.
Luego parece remontar de sí mismo
deseoso de volver a empezar.
Queda un momento paralizado, mudo, anhelante,
como el corazón entre dos espasmos.

Pero una nueva pulsación, un nuevo latido
arroja al río de la calle nuevos sedientos seres.
Se cruzan, se entrecruzan y suben.
Vuelan a ras de tierra.
Nadan de pie, tan milagrosamente
que nadie se atrevería a decir que no caminan.

Son los ángeles.
Han bajado a la tierra
por invisibles escalas.
Vienen del mar, que es el espejo del cielo,
en barcos de humo y sombra,
a fundirse y confundirse con los mortales,
a rendir sus frentes en los muslos de las mujeres,
a dejar que otras manos palpén sus cuerpos febrilmente,
y que otros cuerpos busquen los suyos hasta encontrarlos
como se encuentran al cerrarse los labios de una misma boca,
a fatigar su boca tanto tiempo inactiva,
a poner en libertad sus lenguas de fuego,
a decir las canciones, los juramentos, las malas palabras
en que los hombres concentran el antiguo misterio
de la carne, la sangre y el deseo

Tienen nombres supuestos, divinamente sencillos.
Se llaman Dick o John, o Marvin o Louis.
En nada sino en la belleza se distinguen de los mortales.

Caminan, se detienen, prosiguen.
Cambian miradas, atreven sonrisas.
Forman imprevistas parejas.

Sonríen maliciosamente al subir en los ascensores de los hoteles
donde aún se practica el vuelo lento y vertical.
En sus cuerpos desnudos hay huellas celestiales:
signos, estrellas y letras azules.
Se dejan caer en las camas, se hunden en las almohadas que los hacen pensar todavía un momento en las
nubes.
Pero cierran los ojos para entregarse mejor a los goces
de su encarnación misteriosa,
y, cuando duermen, sueñan no con los ángeles sino con los mortales.

Salvador Novo
(México, 1904-1974)

Ay, qué castillos fabriqué en el viento

¡Ay, qué castillos fabriqué en el viento
cuando tu voz acarició mi oído
y al cielo que me tengo prometido
mi esperanza asomé por un momento!

¡Qué rápido viajó mi pensamiento!
¡Cómo en tus brazos me soñé, transido
del goce amargo de usurpar un nido,
morder tus labios y beber tu aliento!

¡Cómo soñé fundir en las miradas
de tus ojos de fuego, la alegría
de este hielo que vuelves llamaradas!

(Pero al llegar el anhelado día,
como cuadra a personas educadas,
dormimos — tú en tu cama, y yo en la mía.)

Pablo Neruda

(Chile, 1904-1973)

El tigre

Soy el tigre.

Te acecho entre las hojas
anchas como lingotes
de mineral mojado.

El río blanco crece
bajo la niebla. Llegas.

Desnuda te sumerges.
Espero.

Entonces en un salto
de fuego, sangre, dientes,
de un zarpazo derribo
tu pecho, tus caderas.

Bebo tu sangre, rompo
tus miembros uno a uno.

Y me quedo velando
por años en la selva
tus huesos, tu ceniza,
inmóvil, lejos
del odio y de la cólera,
desarmado en tu muerte,
cruzado por las lianas,
inmóvil en la lluvia,
centinela implacable
de mi amor asesino.

Las furias y las penas

...Hay en mi corazón furias y penas...

Quevedo

En el fondo del pecho estamos juntos,
en el cañaveral del pecho recorreremos
un verano de tigres,
al acecho de un metro de piel fría,
al acecho de un ramo de inaccesible cutis,
con la boca olfateando sudor y venas verdes
nos encontramos en la húmeda sombra que deja caer besos.

Tú mi enemiga de tanto sueño roto de la misma manera
que erizadas plantas de vidrio, lo mismo que campanas
deshechas de manera amenazante, tanto como disparos
de hiedra negra en medio del perfume,
enemiga de grandes caderas que mi pelo han tocado
con un ronco rocío, con una lengua de agua,
no obstante el mudo frío de los dientes y el odio de los ojos,
y la batalla de agonizantes bestias que cuidan el olvido,
en algún sitio del verano estamos juntos
acechando con labios que la sed ha invadido.
Si hay alguien que traspasa
una pared con círculos de fósforo

y hiere el centro de unos dulces miembros
y muerde cada hoja de un bosque dando gritos,
tengo también tus ojos de sangrienta luciérnaga
capaces de impregnar y atravesar rodillas
y gargantas rodeadas de seda general.

Cuando en las reuniones
el azar, la ceniza, las bebidas,
el aire interrumpido,
pero ahí están tus ojos oliendo a cacería,
a rayo verde que agujerea pechos,
tus dientes que abren manzanas de las que cae sangre,
tus piernas que se adhieren al sol dando gemidos,
y tus tetas de nácar y tus pies de amapola,
como embudos llenos de dientes que buscan sombra,
como rosas hechas de látigo y perfume, y aun,
aun más, aun más,
aun detrás de los párpados, aun detrás del cielo,
aun detrás de los trajes y los viajes, en las calles donde la gente orina,
adivinas los cuerpos,
en las agrias iglesias a medio destruir, en las cabinas que el mar lleva en las manos,
acechas con tus labios sin embargo floridos,
rompes a cuchilladas la madera y la plata,
crecen tus grandes venas que asustan:
no hay cáscara, no hay distancia ni hierro,
tocan manos tus manos,
y caes haciendo crepitar las flores negras.

Adivinas los cuerpos!
Como un insecto herido de mandatos,
adivinas el centro de la sangre y vigilas
los músculos que postergan la aurora, asaltas sacudidas,
relámpagos, cabezas,
y tocas largamente las piernas que te guían.

Oh conducida herida de flechas especiales!

Hueles lo húmedo en medio de la noche?

O un brusco vaso de rosales quemados?

Oyes caer la ropa, las llaves, las monedas
en las espesas casas donde llegas desnuda?

Mi odio es una sola mano que te indica
el callado camino, las sábanas en que alguien ha dormido
con sobresalto: llegas
y ruedas por el suelo manejada y mordida,
y el viejo olor del semen como una enredadera
de cenicienta harina se desliza a tu boca.
Ay leves locas copas y pestañas,
aire que inunda un entreabierto río
como una sola paloma de colérico cauce,
como atributo de agua sublevada,
ay substancias, sabores, párpados de ala viva
con un temblor, con una ciega flor temible,
ay graves, serios pechos como rostros,
ay grandes muslos llenos de miel verde,
y talones y sombra de pies, y transcurridas
respiraciones y superficies de pálida piedra,
y duras olas que suben la piel hacia la muerte
llenas de celestiales harinas empapadas.

Entonces, este río
va entre nosotros, y por una ribera
vas tú mordiendo bocas?
Entonces es que estoy verdaderamente, verdaderamente lejos
y un río de agua ardiendo pasa en lo oscuro?
Ay cuántas veces eres la que el odio no nombra,
y de qué modo hundido en las tinieblas,
y bajo qué lluvias de estiércol machacado
tu estatua en mi corazón devora el trébol.

El odio es un martillo que golpea tu traje
y tu frente escarlata,
y los días del corazón caen en tus orejas
como vagos búhos de sangre eliminada,
y los collares que gota a gota se formaron con lágrimas
rodean tu garganta quemándote la voz como con hielo.
Es para que nunca, nunca

hables, es para que nunca, nunca
salga una golondrina del nido de la lengua
y para que las ortigas destruyan tu garganta
y un viento de buque áspero te habite.

En dónde te desvestes?

En un ferrocarril, junto a un peruano rojo
o con un segador, entre terrones, a la violenta
luz del trigo?

O corres con ciertos abogados de mirada terrible
largamente desnuda, a la orilla del agua de la noche?

Miras: no ves la luna ni el jacinto
ni la oscuridad goteada de humedades,
ni el tren de cieno, ni el marfil partido:
ves cinturas delgadas como oxígeno,
pechos que aguardan acumulando peso
e idéntica al zafiro de lunar avaricia
palpitas desde el dulce ombligo hasta las rosas.

Por qué sí? Por qué no? Los días descubiertos
aportan roja arena sin cesar destrozada
a las hélices puras que inauguran el día,
y pasa un mes con corteza de tortuga,
pasa un estéril día,
pasa un buey, un difunto,
una mujer llamada Rosalía,
y no queda en la boca sino un sabor de pelo
y de dorada lengua que con sed se alimenta.
Nada sino esa pulpa de los seres,
nada sino esa copa de raíces.

Yo persigo como en un túnel roto, en otro extremo
carne y besos que debo olvidar injustamente,
y en las aguas de espaldas cuando ya los espejos
avivan el abismo, cuando la fatiga, los sórdidos relojes
golpean a la puerta de hoteles suburbanos, y cae
la flor de papel pintado, y el terciopelo cagado por las ratas y la cama
cien veces ocupada por miserables parejas, cuando
todo me dice que un día ha terminado, tú y yo

hemos estado juntos derribando cuerpos,
construyendo una casa que no dura ni muere,
tú y yo hemos corrido juntos un mismo río
con encadenadas bocas llenas de sal y sangre,
tú y yo hemos hecho temblar otra vez las luces verdes
y hemos solicitado de nuevo las grandes cenizas.

Recuerdo sólo un día
que talvez nunca me fue destinado,
era un día incesante,
sin orígenes, Jueves.
Yo era un hombre transportado al acaso
con una mujer hallada vagamente,
nos desnudamos
como para morir o nadar o envejecer
y nos metimos uno dentro del otro,
ella rodeándome como un agujero,
yo quebrantándola como quien
golpea una campana,
pues ella era el sonido que me hería
y la cúpula dura decidida a temblar.
Era una sorda ciencia con cabello y cavernas
y machacando puntas de médula y dulzura
he rodado a las grandes coronas genitales
entre piedras y asuntos sometidos.

Éste es un cuento de puertos adonde
llega uno, al azar, y sube a las colinas,
suceden tantas cosas.

Enemiga, enemiga,
es posible que el amor haya caído al polvo
y no haya sino carne y huesos velozmente adorados
mientras el fuego se consume
y los caballos vestidos de rojo galopan al infierno?

Yo quiero para mí la avena y el relámpago
a fondo de epidermis,
y el devorante pétalo desarrollado en furia,
y el corazón labial del cerezo de junio,

y el reposo de lentas barrigas que arden sin dirección,
pero me falta un suelo de cal con lágrimas
y una ventana donde esperar espumas.

Así es la vida,
corre tú entre las hojas, un otoño
negro ha llegado,
corre vestida con una falda de hojas y un cinturón de metal
amarillo,
mientras la neblina de la estación roe las piedras.
Corre con tus zapatos, con tus medias,
con el gris repartido, con el hueco del pie, y con esas manos
que el tabaco salvaje adoraría,
golpea escaleras, derriba
el papel negro que protege las puertas,
y entra en medio del sol y la ira de un día de puñales
a echarte como paloma de luto y nieve sobre un cuerpo.

Es una sola hora larga como una vena,
y entre el ácido y la paciencia del tiempo arrugado
transcurrimos,
apartando las sílabas del miedo y la ternura,
interminablemente exterminados.

Luis Cardoza y Aragón

(Guatemala, 1904-1992)

El día no quiere despertar

El día no quiere despertar
en ti mis sueños se prolongan
lo real imaginario
vivo despierto en tu diluvio
trébol de tiempo de una sola hoja
de ti a mi sueño no hay distancia
te había soñado pero eras real
como un violín germinando
como un surtidor de cimitarras
como una catedral
ardiendo en la alta noche en la mar alta

y no quiero dormir solo
en la incestuosa noche fraternal
cuando no estás me acompañas
y porque eres verdad puedo tocarte
en tu cielo giratorio
en tus palacios errantes
como jauría de arpas carniceras
como el vino el ángel la ventana
como una cornucopia de centellas
cuando mis tigres saltan en tu cama
el mar tiene la forma de mi amor
llueve dentro de mí tu rosa bárbara
tu carne es mía bajo la guillotina
besamos el sol cuando nos besamos
gracias doy a la vida
tu amor tiene forma de mar.

Cesar Moro

(Perú, 1906-1956)

El fuego y la poesía

En el agua dorada el sol quemante refleja la mano del cenit.

I

Amo el amor
El martes y no el miércoles
Amo el amor de los estados desunidos
El amor de unos doscientos cincuenta años
Bajo la influencia nociva del judaísmo sobre la vida monástica
De las aves de azúcar de heno de hielo de alumbre o de bolsillo
Amo el amor de faz sangrienta con dos inmensas puertas al vacío
El amor como apareció en doscientas cincuenta entregas durante cinco años
El amor de economía quebrantada
Como el país más expansionista
Sobre millares de seres desnudos tratados como bestias
Para adoptar esas sencillas armas del amor
Donde el crimen pernocta y bebe el agua clara
De la sangre más caliente del día

II

Amo el amor de ramaje denso
Salvaje al igual de una medusa
El amor-hecatombe
Esfera diurna en que la primavera total
Se columpia derramando sangre
El amor de anillos de lluvia
De rocas transparentes
De montañas que vuelan y se esfuman
Y se convierten en minúsculos guijarros
El amor como una puñalada
Como un naufragio
La pérdida total del habla del aliento
El reino de la sombra espesa
Con los ojos salientes y asesinos
La saliva larguísima
La rabia de perderse
El frenético despertar en medio de la noche
Bajo la tempestad que nos desnuda
Y el rayo lejano transformando los árboles
En leños de cabellos que pronuncian tu nombre
Los días y las horas de desnudez eterna

III

Amo la rabia de perderte
Tu ausencia en el caballo de los días
Tu sombra y la idea de tu sombra
Que se recorta sobre un campo de agua
Tus ojos de cernícalo en las manos del tiempo
Que me deshace y te recrea
El tiempo que amanece dejándome más solo
Al salir de mi sueño que un animal antediluviano perdido en la sombra de los días
Como una bestia desdentada que persigue su presa
Como el milano sobre el cielo evolucionando con una precisión de relojería
Te veo en una selva fragorosa y yo cerniéndome sobre ti
Con una fatalidad de bomba de dinamita

Repartiéndome tus venas y bebiendo tu sangre
Luchando con el día lacerando el alba
Zafando el cuerpo de la muerte
Y al fin es mío el tiempo
Y la noche me alcanza
Y el sueño que me anula te devora
Y puedo asimilarte como un fruto maduro
Como una piedra sobre una isla que se hunde

IV

El agua lenta el camino lento los accidentes lentos
Una caída suspendida en el aire el viento lento
El paso lento del tiempo lento
La noche no termina y el amor se hace lento
Las piernas se cruzan y se anudan lentas para echar raíces
La cabeza cae los brazos se levantan
El cielo de la cama la sombra cae lenta
Tu cuerpo moreno como una catarata cae lento
En el abismo
Giramos lentamente por el aire caliente del cuarto caldeado
Las mariposas nocturnas parecen grandes carneros
Ahora sería fácil destrozarnos lentamente
Arrancarnos los miembros beber la sangre lentamente
Tu cabeza gira tus piernas me envuelven
Tus axilas brillan en la noche con todos sus pelos
Tus piernas desnudas
En el ángulo preciso
El olor de tus piernas
La lentitud de percepción
El alcohol lentamente me levanta
El alcohol que brota de tus ojos y que más tarde
Hará crecer tu sombra
Mesándome el cabello lentamente subo
Hasta tus labios de bestia

V

Verte los días el agua lenta
Una cabellera la arena de oro
Un volcán regresa a su origen
Verte si cuento las horas
La espalda del tiempo divinamente llagada
Un ánfora desnuda hiende el agua
El rocío guarda tu cuerpo
En lo recóndito de una montaña mágica
Cubierta de zapatos de muñeca y de tarjetas de visita de los dioses
Armodio Nerón Calígula Agripina Luis II de Baviera
Antonio Cretina César
Tu nombre aparece intermitente
Sobre un inmenso ombligo de panadería
A veces ocupa el horizonte
A veces puebla el cielo en forma de minúsculas abejas
Siempre puedo leerlo en todas direcciones
Cuando se agranda y se complica de todas las palabras que lo siguen
O cuando no es sino un enorme pedazo de lumbre
O el paso furtivo de las bestias del bosque
O una araña que se descuelga lentamente sobre mi cabeza
O el alfabeto enfurecido

VI

El agua lenta las variaciones mínimas lentas
El rostro leve lento
El suspiro cortado leve
Los guijarros minúsculos
Los montes imperceptibles
El agua cayendo lenta
Sobre el mundo
Junto a tu reino calcinante
Tras los muros el espacio
Y nada más el gran espacio navegable
El cuarto sube y baja
Las olas no hacen nada
El perro ve la casa
Los lobos se retiran
El alba acecha para asestarnos su gran golpe

Ciegos dormidos
Un árbol ha crecido
En vano cierro las ventanas
Miro la luna
El viento no ha cesado de llamar a mi puerta
La vida oscura empieza

Carmen Conde

(España, 1907-1996)

Primer amor

¡Qué sorpresa tu cuerpo, qué inefable vehemencia!
Ser todo esto tuyo, poder gozar de todo
Sin haberlo soñado, sin que nunca
Un ligero esperar prometiera la dicha,
Esta dicha de fuego que vacía tu testa,
Que te empuja de espaldas,
Te derriba a un abismo
Que no tiene medida ni fondo.
¡Abismo y sólo abismo
De ti hasta la muerte!
¡Tus brazos!
Son tus brazos los mismos de otros días,
Y tiemblan y se cierran en torno de su cuerpo.
Tu pecho, el que suspira, ajeno, estremecido
De cosas que tú ignoras,
De mundos que lo mueven...
¡Oh pecho de tu cuerpo, tan firme y tan sensible
Que un vaho lo pone turbio
Y un beso lo traspasa!
¡Si nunca nadie dijo que así se amaba tanto!
¿Podías tú esperar que ardieran tus cabellos,
Que toda cuanta eres cayeras como lumbre
En un grito sin cifra,
Desde una cordillera gritada por la aurora?

¿Ceniza tú algún día? ¿Ceniza esta locura
Que estrenas con la vida recién brotada al mundo?

¡Tú no te acabas nunca, tú no te apagas nunca!
Aquí teneis la lumbre, la que lo coge todo
Para quemar el cielo subiéndole la tierra.

Emilio Ballagas

(Cuba, 1908-1954)

Nocturno y elegía

Si pregunta por mí, traza en el suelo
una cruz de silencio y ceniza
sobre el impuro nombre que padezco.
Si pregunta por mí, di que me he muerto
y que me pudro bajo las hormigas.
Dile que soy la rama de un naranjo,
la sencilla veleta de una torre.

No le digas que lloro todavía
acariciando el hueco de su ausencia
donde su ciega estatua quedó impresa
siempre al acecho de que el cuerpo vuelva.
La carne es un laurel que canta y sufre
y yo en vano esperé bajo su sombra.
Ya es tarde. Soy un mudo pececillo.

Si pregunta por mí dale estos ojos,
estas grises palabras, estos dedos;
y la gota de sangre en el pañuelo.
Dile que me he perdido, que me he vuelto
una oscura perdiz, un falso anillo
o una orilla de juncos olvidados;
dile que voy del azafrán al lirio.

Dile que quise perpetuar sus labios,
habitar el palacio de su frente.
Navegar una noche en su cabellos.
Aprender el color de sus pupilas
y apagarme en su pecho suavemente,
nocturnamente hundido, aletargado
en un rumor de venas y sordina.

Ahora no puedo ver aunque suplique
el cuerpo que vestí de mi cariño,
me quedé fijo, roto, desprendido.
Y si dudais de mí creed al viento,
mirad al norte, preguntad al cielo.
Y os dirán si aún espero o si anochezco.

¡Ah! Si pregunta dile lo que sabes.
De mí hablarán un día los olivos
cuando yo sea el ojo de la luna,
impar sobre la frente de la noche,
adivinando conchas de la arenas,
el ruiseñor suspenso de un lucero
y el hipnótico amor de las mareas.

Es verdad que estoy triste, pero tengo
sembrada una sonrisa en el tomillo,
otra sonrisa la escondí en Saturno
y he perdido la otra no sé dónde.
Mejor será que espere a medianoche,
y a la vigilia del tejado fría.
No me recuerdes su entregada sangre
ni que yo puse espinas y gusanos
a morder su amistad de nube y brisa.
No soy el ogro que escupió en su agua
ni el que un cansado amor paga en monedas.
¡No soy el que frecuenta aquella casa
presidida por una sanguijuela!

(Allí se va con un ramo de lirio
a que lo estruje un ángel de alas turbias.)
No soy el que traiciona a las palomas,
a los niños, a las constelaciones...
Soy una verde voz desamparada
que su inocencia busca y solicita
con dulce silbo de pastor herido.

Soy un árbol, la punta de una aguja,
un alto gesto ecuestre en equilibrio:
la golondrina en la cruz, el aceitado

vuelo de un búho, el susto de una ardilla.

Soy todo, menos eso que dibuja
un índice con cieno en las paredes
de los burdeles y los cementerios.

Todo, menos aquello que se oculta
bajo una seca máscara de esparto.

Todo, menos la carne que procura
voluptuosos anillos de serpiente
ciñendo en espiral viscosa y lenta.

Soy lo que me destines, lo que inventes
para enterrar mi llanto en la neblina.

Si pregunta por mí, dile que habito
en la hoja del acanto y en la acacia.

O dile, si prefieres, que me he muerto.

Dale el suspiro mío, mi pañuelo;
mi fantasma en la nave del espejo.

Tal vez me lllore en el laurel o busque
mi recuerdo en la forma de una estrella.

Arturo Camacho Ramírez

(Colombia, 1910-1982)

Apóstrofe

(Juana Duval)

Amó la flor de tu esqueleto,
carne de bronce devorado,
y revolviste en su cabeza
los sueños con los desengaños.

Amó la fronda de tu pelo,
mies de averno desparramada,
y le cortaste con su filo
la dulzura de la mirada.

Amó tu vida miserable,
deshilachada y corroída,
y marcaste sobre su frente
una luz cárdena y maldita.

Como a una uva desolada
amó el espacio de tu cuerpo
y solamente halló en tu entraña
su movedizo cementerio.

Tu piel lamida por la noche,
hecha de estímulo y desgracia,
opuso al golpe de su sangre
su delirante y densa playa.

Tu digital rosa perdida
en el clamor de su cabeza,
iniciaba su espesa muerte
de desplomada cabellera.

Amó hasta el odio enfurecido,
hasta morirse de desprecio,
hasta el sollozo y el castigo
su humillación por tu deseo.

Como la sombra, como el paso
de un material derrumbamiento
que mancha espejos y canciones,
hiciste impuro su silencio.

Campana oscura bajo el llanto,
tu corazón se despeñaba
en un sonido funerario
de huesos rotos y fantasmas.

Encadenada como el trueno
en alta noche desbordado,
nave de ruta enloquecida,
bajo un destino de naufragio;

Juana, escultura del demonio,
arquitectura de blasfemia,
fruta del trópico arrojada
hasta las márgenes del Sena,

por un viento, por un designio,
por una fatal esperanza,
luna podrida del infierno
estremecida de batallas:

Oh, subterránea, en ti se encierran,
lentas de tiempo desgarrado,
las amapolas funerales
de encendido y trémulo ramo.

Y como un rastro cadavérico
está por siempre en su penumbra
tu piel de luto que se extiende
como un sollozo en una tumba.

Enrique Molina

(Argentina, 1910-1996)

Alta marea

Cuando un hombre y una mujer que se han amado se separan
se yergue como una cobra de oro el canto ardiente del orgullo
la errónea maravilla de sus noches de amor
las constelaciones pasionales
los arrebatos de su indómito viaje sus risas a través de las
piedras sus plegarias y cóleras
sus dramas de secretas injurias enterradas
sus maquinaciones perversas las cacerías y disputas
el oscuro relámpago humano que aprisionó un instante el furor
de sus cuerpos con el lazo fulmíneo de las antípodas
los lechos a la deriva en el oleaje de gasa de los sueños
la mirada de pulpo de la memoria
los estremecimientos de una vieja leyenda cubierta de pronto
con la palidez de la tristeza y todos los gestos del abandono dos o tres libros y una camisa en una maleta llueve
y el tren desliza un espejo frenético por los rieles de la tormenta
el hotel da al mar
tanto sitio ilusorio tanto lugar de no llegar nunca
tanto trajín de gentes circulando con objetos inútiles o
enfundadas en ropas polvorientas
pasan cementerios de pájaros

cabezas actitudes montañas alcoholes y contrabandos
informes
cada noche cuando te desvestías
la sombra de tu cuerpo desnudo crecía sobre los muros hasta
el techo
los enormes roperos crujían en las habitaciones inundadas
puertas desconocidas rostros vírgenes
los desastres imprecisos los deslumbramientos de la aventura
siempre a punto de partir
siempre esperando el desenlace
la cabeza sobre el tajo
el corazón hechizado por la amenaza tantálica del mundo

Y ese reguero de sangre
un continente sumergido en cuya boca aún hierve la espuma
de los días indefensos bajo el soplo del sol
el nudo de los cuerpos constelados por un fulgor de
lentejuelas insaciables
esos labios besados en otro país en otra raza en otro planeta
en otro cielo en otro infierno
regresaba en un barco
una ciudad se aproximaba a la borda con su peso de sal como
un enorme galápagos
todavía las alucinaciones del puente y el sufrimiento del
trabajo
marítimo con el desplomado trono de las olas y el árbol de
la hélice que pasaba justamente bajo mi cucheta
éste es el mundo desmedido el mundo sin reemplazo
el mundo
desesperado como una fiesta en su huracán de estrellas
pero no hay piedad para mí
ni el sol ni el mar ni la loca pocilga de los puertos
ni la sabiduría de la noche a la que oigo cantar por la boca
de las aguas y de los campos con las violencias de este
planeta que nos pertenece y se nos escapa
entonces tú estabas al final
esperando en el muelle mientras el viento me devolvía a tus
brazos como un pájaro
en la proa lanzaron el cordel con la bola de plomo en la punta

y el cabo de Manila fue recogido
todo termina
los viajes y el amor
nada termina
ni viajes ni amor ni olvido ni avidez
todo despierta nuevamente con la tensión mortal de la bestia
que acecha en el sol de su instinto
todo vuelve a su crimen como un alma encadenada a su dicha
y a sus muertos
todo fulgura como un guijarro de Dios sobre la playa
unos labios lavados por el diluvio
y queda atrás
el halo de la lámpara el dormitorio arrasado por la
vehemencia
del verano y el remolino de las hojas sobre las sábanas vacías
y una vez más una zarpa de fuego se apoya en el corazón de
su presa
en este Nuevo Mundo confuso abierto en todas direcciones donde la furia y la pasión se mezclan al polen del
Paraíso
y otra vez la tierra despliega sus alas y arde de sed intacta y
sin raíces
cuando un hombre y una mujer se han amado
se separan

Miguel Hernández

(España, 1910-1942)

Cancionero y romancero de ausencias

45

El amor ascendía entre nosotros
como la luna entre las dos palmeras
que nunca se abrazaron.

El íntimo rumor de los dos cuerpos
hacia el arrullo un oleaje trajo,
pero la ronca voz fue atenazada.
Fueron pétreos los labios.

El ansia de ceñir movió la carne,
esclareció los huesos inflamados,
pero los brazos al querer tenderse
murieron en los brazos.

Pasó el amor, la luna, entre nosotros
y devoró los cuerpos solitarios.
Y somos dos fantasmas que se buscan
y se encuentran lejanos.

Cancionero y romancero de ausencias

33

Tus ojos se me van
de mis ojos y vuelven
después de recorrer
un páramo de ausentes.

Tu boca se me marcha
de mi boca y regresa
con varios besos muertos
que aún baten, que aún quisieran.

Tus brazos se desploman
en mis brazos y ascienden
retrocediendo ante esa
desolación que sientes.

Otoño de tu cuerpo,
aún mi calor lo vence.

Cancionero y romancero de ausencias

21

Si te perdiera...
Si te encontrara
bajo la tierra...

Bajo la tierra
del cuerpo mío,
siempre sedienta.

Jorge Rojas
(Colombia, 1911-1995)

Furia amadísima

Como siempre tu violencia
fue parte de mi compañía, la echo de menos,
oh amadísima,
como a los dientes
de una consentida bestezuela
que mordisqueara mis tobillos.

El choque entre el "sí y el no"
te lanzaba en centellas
y el espacio amoroso
convertíase en testimonio del desastre.

Las cosas empezaban a romperse
antes de tu embestida,
pues todo tu ser rodeábase
de un pavoroso halo de destrucción.
Saltaban chispas de tus poros,
como de los pelos de los gatos
a la hora del aquelarre,
y entre tus garras
crujían mis amorosos dedos
y mis huesos sonaban
como la arboladura de las embarcaciones
en naufragio.

Las porcelanas se proyectaban en esquirlas,
el cristal se hacía trizas y me cegaban
el vino lanzado a mi rostro
y los escupitajos, ¡oh amadísima!

Entonces no sabía
si la tierra iba a abrirse
bajo mis pies
o el aire a llevarme en la tolvanera
ascendente de tu terrible hálito.

De tu corazón que antes henchía
de amor tu seno
se desbordaba un acre olor a odio
y venían tufaradas de azufre.

Tus ojos cambiaban su iris, por espadas
que blandías contra mí
en yelo o en verdes relámpagos.

El ramo de rosas, estrellado contra el piso
era una vengativa alimaña
y me reclamaban sus espinas.

Volaban palomas ciegas
y silbantes serpientes,
y crecían molinos de huracán
entre tus brazos,
como si tu cabeza siempre inscrita
en los vitrales de un sol poniente
de súbito se trocara en terrible Medusa.
Jadeabas, chillabas, maldecías,
exhumabas putrefactos vocablos,
mientras bajo un dorado vello
de joven cervatilla
palpitaban tus ovarios de leona absoluta.

Luego te derrumbabas
como un paño de sollozos y quedabas
arrebujada en un rincón
o al pie de un mueble
o exangüe, álgida en el lecho.

Sobre tu boca seca,
aún con el rescoldo del infierno,

yo de nuevo dejaba caer mis besos
y en un tenso silencio
crecía la paz.

Y me preguntaba:

¿Siempre serás mía, Furia Amadísima?

Eduardo Carranza

(Colombia, 1913-1985)

Galope súbito

A veces cruza mi pecho dormido
una alada magnolia gimiendo,
con su aroma lascivo, una campana
tocando a fuego, a besos,
una sogá llanera
que enlaza una cintura,
una roja invasión de hormigas blancas,
una venada oteando el paraíso
jadeante, alzado el cuello
hacia el éxtasis,
una falda de cámbulos,
un barco que da tumbos
por ebrio mar de noche y de cabellos
un suspiro, un pañuelo que delira
bordado con diez letras
y el laurel de la sangre,
un desbocado vendaval, un cielo
que ruge como un tigre,
el puñal de la estrella fugaz
que sólo dos desde un balcón han visto,
un sorbo delirante de vino besador,
una piedra de otro planeta silbando
como la leña verde cuando arde,
un penetrante río que busca locamente
su desenlace o desembocadura
donde nada la Bella Nadadora,
un raudal de manzana y roja miel,

el arañazo de la ortiga más dulce,
la sombra azul que baila en el mar de Ceilán,
tejiendo su delirio,
un clarín victorioso levantado hacia el alba,
la doble alondra del color del maíz
volando sobre un celeste infierno
y veo, dormido, un precipicio súbito
y volar o morir.

A veces cruza mi pecho dormido
una persona o viento,
un enjambre o relámpago,
un súbito galope:
es el amor que pasa en la grupa de un potro
y se hunde en el tiempo hacia el mar y la muerte.

Erótika

Tú sigues existiendo en esta casa
como una melodía que sale de los libros,
las pinturas, la noche, el jardín, el espejo,
del aroma que sueña el vaso con la rosa,
aquí sigues viviendo, azulado fantasma,
con tu risa charlada y una flor de naranjo
guardada en el armario con unas moneditas
de oro nupcial y en una llamarada
que se alza hasta el cielo más vertiginoso
ascendiendo nuevas estrellas...
Estás aquí, este instante, las tres de la mañana,
fantasma enardecido de ojos negros,
reflejada en mi ensueño,
aquí estás, ¡aquí estás!
en una rosa trémula de sangre
que pregunta por ti,
que desvelada, espera
tus dos manos, tu boca, tus cabellos...

Octavio Paz
(México, 1914-1998)

Maithuna

Mis ojos te descubren

Desnuda

Y te cubren

Con una lluvia cálida

De miradas

X

Una jaula de sonidos

Abierta

En plena mañana

Más blanca

Que tus nalgas

En plena noche

Tu risa

O más bien tu follaje

Tu camisa de luna

Al saltar de la cama

Luz cernida

La espiral cantante

Devana la blancura

Aspa

Fijeza plantada en un abra

X

Mi día

En tu noche

Revienta

Tu grito

Salta en pedazos

La noche

Esparce

Tu cuerpo

Resaca

Tus cuerpos

Se anudan
Otra vez tu cuerpo

X

Hora vertical
La sequía
Mueve sus ruedas espejeantes
Jardín de navajas
Festín de falacias
Por esas reverberaciones
Entras
Ilesa
En el río de mis manos

X

Más rápida que la fiebre
Nadas en lo oscuro
Tu sombra es más clara
Entre las caricias
Tu cuerpo es más negro
Saltas
A la orilla de lo improbable
Toboganes de cómo cuando porque sí
Tu risa incendia tu ropa
Tu risa
Moja mi frente mis ojos mis razones
Tu cuerpo incendia tu sombra
Te meces en el trapecio del miedo
Los terrores de tu infancia
Me miran
Desde tus ojos de precipicio
Abiertos
En el acto de amor
Sobre el precipicio
Tu cuerpo es más claro
Tu sombra es más negra
Tú ríes sobre tus cenizas

X

Lengua borgoña de sol flagelado
Lengua que lame tu país de dunas insomnes

Cabellera
Lengua de látigos
Lenguajes
Sobre tu espalda desatados
Entrelazados
Sobre tus senos
Escritura que te escribe
Con letras agujijones
Te niega
Con signos tizones
Vestidura que te desviste
Escritura que te viste de adivinanzas
Escritura en la que me entierro
Cabellera
Gran noche súbita sobre tu cuerpo
Jarra de vino caliente
Derramado
Sobre las tablas de la ley
Nudo de aullidos y nube de silencios
Racimo de culebras
Racimo de uvas
Pisoteadas
Por las heladas plantas de la luna
Lluvia de manos de hojas de dedos de viento
Sobre tu cuerpo
Sobre mi cuerpo sobre tu cuerpo
Cabellera
Follaje del árbol de huesos
El árbol de raíces aéreas que beben noche en el sol
El árbol carnal El árbol mortal

X

Anoche
En tu cama
Éramos tres:
Tú yo la luna

X

Abro
Los labios de tu noche
Húmedas oquedades
Ecos
Desnacimientos:
Blancor
Súbito de agua
Desencadenada

X

Dormir dormir en ti
O mejor despertar
Abrir los ojos
En tu centro
Negro blanco negro
Blanco
Ser sol insomne
Que tu memoria quema
(Y
La memoria de mí en tu memoria

X

Y nueva nubemente sube
Savia
(Salvia te llamo
Llama)
El tallo
Estalla
(Llueve

Nieve ardiente)
Mi lengua está
Allá
(En la nieve se quema
Tu rosa)
Está
Ya
(Sello tu sexo)
El alba
Salva

Efraín Huerta

(México, 1914-1982)

La muchacha ebria

Este lánguido caer en brazos de una desconocida,
esta brutal tarea de pisotear mariposas y sombras y cadáveres;
este pensarse árbol, botella o chorro de alcohol,
huella de pie dormido, navaja verde o negra;
este instante durísimo en que una muchacha grita,
gesticula y sueña por una virtud que nunca fue la suya.
Todo esto no es sino la noche,
sino la noche grávida de sangre y leche,
de niños que se asfixian,
de mujeres carbonizadas
y varones morenos de soledad
y misterioso, sofocante desgaste.
Sino la noche de la muchacha ebria
cuyos gritos de rabia y melancolía
me hirieron como el llanto purísimo,
como las náuseas y el rencor,
como el abandono y la voz de las mendigas.

Lo triste es este llanto, amigos, hecho de vidrio molido
y fúnebres gardenias despedazadas en el umbral de las cantinas,
llanto y sudor molidos, en que hombres desnudos, con sólo negra barba
y feas manos de miel se bañan sin angustia, sin tristeza:
llanto ebrio, lágrimas de claveles, de tabernas enmohecidas,

de la muchacha que se embriaga sin tedio ni pesadumbre,
de la muchacha que una noche —y era una santa noche—
me entregara su corazón derretido,
sus manos de agua caliente, césped, seda,
sus pensamientos tan parecidos a pájaros muertos,
sus torpes arrebatos de ternura,
su boca que sabía a taza mordida por dientes de borrachos,
su pecho suave como una mejilla con fiebre,
y sus brazos y piernas con tatuajes,
y su naciente tuberculosis,
y su dormido sexo de orquídea martirizada.

Ah la muchacha ebria, la muchacha del sonreír estúpido
y la generosidad en la punta de los dedos,
la muchacha de la confiada, inefable ternura para un hombre,
como yo, escapado apenas de la violencia amorosa.
Este tierno recuerdo siempre será una lámpara frente a mis ojos,
una fecha sangrienta y abatida.

¡Por la muchacha ebria, amigos míos!

Eduardo Anguita

(Chile, 1914-1992)

Venus en el pudridero

Os contaré, amantes, qué hacéis cuando estáis juntos;
lo que yo hice y sentí
en aquel huerto de espigas corporales.
El gallo a mitad del día, erguido para el amor,
y la luna que espera al ave de fuego,
mojada, abierta y silenciosa.

La tomé por la mirada, rebanando con mi vista su entrecejo,
y desde ahí, humedecí con su vista mis manos y con mi vista su cuerpo,
hasta que su cabeza derramóse en mi hombro.
Su cabeza era una blanda caverna donde se escondía el torrente,
el que me llevaría hacia abajo, a las zarzas de sigiloso esplendor.

Palpé sus sienes, oyendo latir la piedra,

la piedra azulada por la respiración y el anhélito.
Ella tomó mi boca con su boca, llenar un hueco con otro hueco
para partir unidamente exhaustos.
Mis labios son yo que salgo; los suyos son yo que entro.
Y nos reconocimos íntimos y temblorosamente obvios.

Comencé a ser mi semejante.

Inquirí su cuello, la columna despierta
hecha de luz intencional explícita.
Besos en su garganta de cascada de nieve, y sus pechos,
particulares bóvedas del cielo, copas de árbol, salidas
de sol y cualquier cosa aquí sólo representada.
Mi boca me ungió único entre dos calores contiguos.
De ser una la esfera,
Yo habría inventado la repetición.

Rodeaba mi cintura para ser ella copa y yo agua.
Quería aprisionarme, y no sólo por fuera,
pues podría escaparme hacia adentro,
y para que no me evadiera así, me insinuó encerrarse ella dentro de mí.

Accediendo, la ceñí a mi vez por la cintura,
siendo ella ahora el agua y yo el vaso.
Y se hizo tan íntima, que aun durmiendo me encontraba con ella
como si la hubiera habitado y comulgado.
Estrechamos la condena y caímos veloz
por la corriente que arrastra juntos al pájaro y al vuelo.

Su mano en mi nuca bordeaba la piel y el cabello.
Se ponía en la orilla: en la extrañeza y en la propiedad.
Estuve de acuerdo: también como ella deseé los contrarios.
Me adentré tanteando por el interior de sus muros
hasta esa cercanía más y más ajena,
pero, ¿entendéis?, sin llegar, sin llegar todavía
a decirle tú.
Sentí lo que ella sentía
y supe que yo era hombre porque ella así lo sentía.
Sentí por ella y me hice rápidamente mujer,
amándome a mí mismo.

Tú eres mujer, tú eres hombre.
Eres el muchacho y también la doncella.
Tú, como un viejo, te apoyas en el cayado.
Eres el pájaro azul oscuro
y el verde de ojos rojos.

Tú eres aquello. Y yo soy tú.
Pero no al mismo tiempo. Por eso entro y salgo.

Eduardoe-lisa Elisae-duardo
Elisaeduar-do Eduardoeli-sa

Se colapsa el vaivén, en qué quedamos,
¿a qué fracción tu-i-yo soy reducido?

E-duardoelisa E-lisaeduardo
Elisaeduardo Eduardoelisa

Si alguien pregunta por mí, respondan:
Salió y no puede entrar.
Entró y no sabe salir.

Yacentes, los brazos y los muslos del uno se enlazaron
con los del otro.

Este abrazo se llama
mezcla de grano de sésamo y arroz.

Si ella coloca, estando acostada, una de sus piernas encima de mi hombro
y extiende la otra; después, pone ésta a su vez sobre el hombro
y alarga la primera, rápida y alternativamente,
es la hendidura del bambú.

¡Oh cuerpo nunca completamente poseído!
¡Los cuerpos no osen tocar el misterio del cuerpo!

Parte con parte, todo con todo.
Aludir y eludir.
Con mis palmas sensibles como espejos internos,
amorosé su espalda;
bajaron por los flancos hasta la juntura que da acceso.

Luego giré en medio círculo y quedó mi conciencia
en dirección a sus pies, ella de espaldas y yo de bruces,
uno sobre el otro:
hicimos así lo que yo llamo
sinceramente
la clepsidra.

No sé cuál de los dos compartimientos recibía y cuál donaba.
Aunque desnudos, fue preciso esta inversión de los cuerpos
para vaciar toda la arena, hasta quedar realmente innatos:
ella y yo, pasado y futuro,
uno consumado, el otro consumido.
Medianoche, sin duda.

Rétame con tus muslos,
tiemble tu herida previa.
Me insertaré tan hondamente
que quedaremos confundidos
más que un hecho con el tiempo que ocupa.

Yo entro, joven mía, calor mío, en ti,
como un llanto en otro llanto.
Astros corren por sílabas,
animales más suaves que.

Horror si estoy en ti, mujer mía, como una llave enajenada dentro de la velocidad.

Tus pechos son las cabezas del dolor
bajo un cielo que yo amaría devorar
mezclado al agua de mi cuerpo.

Tus nuevas llagas me recorren como una madre al fuego.

Un paso infinito y que nunca llega a realizarse
es la mirada de la mujer que recibe al hombre;
sobre su nariz, el entrecejo es el puente atravesado sobre el goce y el río,
para que yo mida mi alcance, mi agonía
y mi consumación.

Nicanor Parra

(Chile, 1914)

Mujeres

La mujer imposible,
La mujer de dos metros de estatura,
La señora de mármol de Carrara
Que no fuma ni bebe,
La mujer que no quiere desnudarse
Por temor a quedar embarazada,
La vestal intocable
Que no quiere ser madre de familia,
La mujer que respira por la boca,
La mujer que camina
Virgen hacia la cámara nupcial
Pero que reacciona como hombre,
La que se desnudó por simpatía
(Porque le encanta la música clásica),
La pelirroja que se fue de bruces,
La que sólo se entrega por amor,
La doncella que mira con un ojo,
La que sólo se deja poseer
En el diván, al borde del abismo,
La que odia los órganos sexuales,
La que sólo se une con su perro,
La mujer que se hace la dormida
(El marido la alumbró con un fósforo),
La mujer que se entrega porque sí,
Porque la soledad, porque el olvido...
La que llegó doncella a la vejez,
La profesora miope,
La secretaria de gafas oscuras,
La señora pálida de lentes
(Ella no quiere nada con el falo),
Todas estas walkirias,
Todas estas matronas respetables
Con sus labios mayores y menores
Terminarán sacándome de quicio.

Gonzalo Rojas

(Chile, 1917)

Perdí mi juventud

Perdí mi juventud en los burdeles
pero no te he perdido
ni un instante, mi bestia,
máquina del placer, mi pobre novia
reventada en el baile.

Me acostaba contigo,
mordía tus pezones furibundo,
me ahogaba en tu perfume cada noche,
y al alba te miraba
dormida en la marea de la alcoba,
dura como una roca en la tormenta.

Pasábamos por ti como las olas
todos los que te amábamos. Dormíamos
con tu cuerpo sagrado.
Salíamos de ti paridos nuevamente
por el placer, al mundo.

Perdí mi juventud en los burdeles,
pero daría mi alma
por besarte a la luz de los espejos
de aquel salón, sepulcro de la carne,
el cigarro y el vino.
Allí, bella entre todas,
reinabas para mí sobre las nubes
de la miseria.

A torrentes tus ojos despedían
rayos verdes y azules. A torrentes
tu corazón salía hasta tus labios,
latía largamente por tu cuerpo,
por tus piernas hermosas
y goteaba en el pozo de tu boca profunda.

Después de la taberna,
a tientas por la escala,
maldiciendo la luz del nuevo día,
demonio a los veinte años,
entré al salón esa mañana negra.

Y se me heló la sangre al verte muda,
rodeada por las otras,
mudos los instrumentos y las sillas,
y la alfombra de felpa, y los espejos
que copiaban en vano tu hermosura.
Un coro de rameras te velaba
de rodillas, oh hermosa
llama de mi placer, y hasta diez velas
honraban con su llanto el sacrificio,
y allí donde bailaste
desnuda para mí, todo era olor
a muerte.

No he podido saciarme nunca en nadie,
porque yo iba subiendo, devorado
por el deseo oscuro de tu cuerpo
cuando te hallé acostada boca arriba,
y me dejaste frío en lo caliente,
y te perdí, y no pude
nacer de ti otra vez, y ya no pude
sino bajar terriblemente solo
a buscar mi cabeza por el mundo.

La palabra placer

La palabra placer, cómo corría larga y libre por tu cuerpo
la palabra placer
cayendo del destello de tu nuca, fluyendo
blanquísima por lo vertiginoso oloroso de
tu espalda hasta lo nupcial de unas caderas
de cuyo arco pende el Mundo, cómo lo
músico vino a ser marmóreo en la
esplendidez de tus piernas si antes hubo

dos piernas amorosas así considerando
claro el encantamiento de los tobillos que son
goznes que son aire que son
partícipes de los pies de Isadora
Duncan la que bailó en la playa
abierta para Serguei
lesénin, cómo
eras eso y más para mí, la
danza, la contradanza, el gozo
de olerte ahí tendida recostada en tu ámbar contra
el espejo súbito de la Especie cuando te vi
de golpe, ¡con lo lascivo
de mis dedos te vi!, la
arruga errónea, por decirlo, trizada en
lo simultáneo de la serpiente palpándote
áspera del otro lado, otra
pero tú misma en
la inmediatez de la sábana, anfibia
ahora, vieja
vejez de los párpados abajo, pescado
sin océano ni
nada que nadar, contradicción
siamesa de la figura
de las hermosas desde el
paraíso, sin
nariz entonces rectilínea ni pétalo
por rostro, pordioseros los pezones, más
y más pedregosas las rodillas, las costillas:
—¿Y el parto, Amor, el tisú epitelial del parto?

De él somos, del
miserio dos partido
en dos somos, del
báratro, corrupción
y lozanía y
clítoris y éxtasis, ángeles
y muslos convulsos: todavía
anda suelto todo, ¿qué
nos iban a enfriar por eso los tigres

desbocados de anoche? Placer
y más placer. Olfato, lo
primero el olfato de la hermosura, alta
y esbelta rosa de sangre a cuya vertiente vine, no
importa el aceite de la locura:
—Vuélvete, paloma,
que el ciervo vulnerado
por el otero asoma.

Gastón Baquero

(Cuba, 1918-1997)

Bodas de plata

Cuando se vuelve muda la carne clamorosa,
para ella nos queda la ternura.
persiste el resplandor de aquel hermoso incendio
que fuera un día himno de deleite,
ramo de música viviente.

Debajo de las pálidas cenizas
palpita todavía
el jubiloso cantar de aquella hoguera.
los ojos escaparon a otros paraísos;
tocó en otras playas la barca del deseo,
pero en el centro del alma está incrustada
aquella música lejana, suave y tenaz
como el perfume de la infancia.

Cuando se vuelve muda la carne clamorosa,
aletea gimiente en el más puro rincón de la existencia
el pájaro gris de la ternura.

Juan José Arreola

(México, 1918-2001)

Loco de amor

Homenaje a Garci-Sánchez de Badajoz

El desierto jardín de madrugada. Allá va Garci-Sánchez de Badajoz, transido de amoroso desvelo, bajo el peso
de su cítara inaudita.

Va por el jardín del sueño, loco de amor, escapado de su cárcel divagada. Buscando bajo los lirios la trampa de la acequia. Mundo abajo, razón abajo. Rodando en la pendiente de dos ojos oscuros, feroces de mirada indiferente. Cayendo en el hueco de una oreja sin fondo.

A paletadas de versos tristes cubre su cadáver de hombre desdeñado. Y un ruiseñor le canta exequias de hielo y de olvido. Lágrimas de su consuelo que no hacen maravillas; sus ojos están secos, cuajados de sal ardida en la última noche de su invierno amoroso. Qu'a mí no me mató amor,/sino la tristeza dél.

No morirás del todo, muerto de amor. Algo sigue sonando en la sombra de tu jardín romántico. Mira, aquí hay una nota de tu endecha desoída. Los pájaros cantan todavía en las ramas de tu fúnebre laurel, oh enamorado sacrílego y demente.

Porque antes de alcanzar el paraíso de su locura, Garcí-Sánchez bajó al infierno de los enamorados. Y oyó y dijo cosas que escandalizaron orejas pusilánimes. Y sus versos llegaron en carta echadiza a los buzones del sombrío tribunal.

Idea Vilariño

(Uruguay, 1920)

Si muriera esta noche

Si muriera esta noche
si pudiera morir
si me muriera
si este coito feroz
interminable
peleado y sin clemencia
abrazo sin piedad
beso sin tregua
alcanzara su colmo y se aflojara
si ahora mismo
si ahora
entornando los ojos me muriera
sintiera que ya está
que ya el afán cesó
y la luz ya no fuera un haz de espadas
y el aire ya no fuera un haz de espadas
y el dolor de los otros y el amor y vivir
y todo ya no fuera un haz de espadas
y acabara conmigo

para mí
para siempre
y que ya no doliera
y que ya no doliera.

Fernando Charry Lara

(Colombia, 1920-2004)

La voz ajena

Caí en tu blanco cuerpo de repente
Tocar tocar la piel centelleante entre lo oscuro
El fuego junto a unos labios entreabiertos
Los brazos ávidos estrechar su desnudo
Las manos el roce de la cabellera negra enardecida
Esa estrella o relámpago quieto en sus miradas
La amante que lánguida pasa temblando
Todo era y tanto a solas un momento

Pero todo se extingue
Cuando la voz ajena
Cuando la voz cuando el extraño
En el interior silencioso tras la puerta
Con un presentimiento de jazmines
Y un corredor donde la sombra y el sueño

Todo era y tanto a solas cierto
Pero entonces la absurda conversación inesperada
Mientras únicamente callar querías
Y el fastidio el vacío de otro ser a tu lado

Y la palabra
La palabra del intruso que deshizo
Vuelta ceniza la luz de aquel instante

Héctor Rojas Herazo

(Colombia, 1921- 2002)

El deseo

El deseo es vegetal
pide caminos
aire
quiere temblar en fruto
suspenderse
pide un cuerpo abonable
pide un labio
pide comer y ser comido
quiere
entrabarse y gemir con ramas duras.
Gime por ser
quiere temblar
sentirse
palparse desde dentro
saberse entre las cosas respirando.
Quiere ser el viento y el ala
quiere el día
quiere el follaje de su fuerza oscura
brillando entre la luz hoja por hoja.
Es vegetal por eso:
porque rompe y emerge
porque sube
porque la muerte sufre con su vuelo.

Meira del Mar

(Colombia, 1922)

La otra

No soy la que te ama.

Es otra, que vive, con su alma dentro de mí.

A veces, tú lo sabes,
cierro los ojos para
no caer en los tuyos,
y te hablo del viento
que escribe la mañana
en su libro de viajes,

y digo sonriendo
que algún día me iré.

Ella, la enamorada,
cruza entonces las venas y me toca
de lumbre el corazón.

Y te mira en silencio.
A través de mis párpados, te mira
olvidándose en ti.

¡Y de pronto te besa con mi boca,
y crees que soy yo
la que te besa!

Jorge Eduardo Eielson
(Perú, 1924)

Elegía

No es el pájaro salado
Sobre la playa dorada
Ni el desierto que se anida
En la palma de la mano
No es la luna que se asoma
Sobre el último poema
No es el sol sobre la arena
Ni la arena que oscurece
El sol sobre la arena
No es la sombra acumulada
En el patio de la casa
Ni tampoco tu mirada
Que todo lo llena de espuma
De claridad y de pescado
No es el dolor de cabeza
Ni el riñón enamorado
Ni mi sexo que padece
Ni tu sexo que amanece
Sobre la cama revuelta
Como si fuera un lucero

No es la sábana arrugada
Ni la estrella ensangrentada
Que resbala diariamente
Por tu cuerpo y por mi cuerpo
Hasta el fondo de la tierra
No es la glándula que llora
Ni la glándula que ríe
No es la harina dolorosa
De tus huesos y mis huesos
Ni la piel que nos divide
Como cáscara de huevo
No es la máscara de polvo
Sobre tu calavera
Ni la máscara de polvo
Sobre mi calavera
No es amarnos todavía
Sin pantalón ni sonrisa
Sin corazón ni vestido
Casi sin carne y hueso
No es la luna que regresa
Ni tu desnudez que pasa
como el viento en el estío
Es tan sólo mi ceniza
Que desea tu ceniza

Juan Sánchez Peláez

(Venezuela, 1922-2004)

Lo huidizo y lo permanente

En el lecho se cierra el mundo. O se abre. O se atisba con las chimeneas azules y las ventanas. Oh astros muertos que veo erguidos, besos en los pasillos y en los vagones, sombras que escucho. Esto que mira el sol y se prolonga en el río es la bocina del viento. La noche intacta del sexo es una víbora en el cuello. Al derramarse esa agua primera nos acepta el tiempo, un instante. Palpo sin medida tu cicatriz. Húndete en un abrazo conmigo, aunque te reclame otro lugar. Estoy por una razón misteriosa con la evidencia de tu carne, mientras sin comienzo ni fin doy vueltas en el gran zumbido.

Si vuelvo a la mujer

Si vuelvo a la mujer, y comienzo por el pezón que me trae desde su valle profundo, y recupero así mi hogar en el blanco desierto y en la fuente mágica.

Si alzando los brazos, corto la luna.

Si pregunto, ¿y nuestro amor?

Si ella y yo nos encontramos muy ufanos.

Si la mujer sensible se inclina de nuevo a la tierra, Estrella cálida, azul y azur.

Si se detiene bajo la lluvia, inmóvil, más inmóvil que todos los siglos reunidos en una cáscara vacía.

Si en la grey estamos de paso y vamos aprisa. Si la vida teje la trama ilusoria. Si es difícil en las condiciones en que trabajo, ser la compañía de nadie.

Sin fingir y sin apoyo en las varillas mágicas de la loba, no olvides comenzar por el pezón.

Si con el mismo ojo del precioso líquido que es la tarea de las nubes.

Si son desenvueltas mis maneras me pesa el habla.

Si no nos pillan.

Si salgo en lugar de los pensamientos.

Si borro el brote difuso en mi desvelo.

Si hace frío, si la mañana es clara.

Si vuelvo a ti, si muero, si renazco en ti.

Sí, en el interior; es mi promesa. Si esta irisada raya,
relámpago súbito, oh Solo de sed.

Álvaro Mutis

(Colombia, 1923)

«204»

I Escucha Escucha Escucha la voz de los hoteles, de los cuartos aún sin arreglar, los diálogos en los oscuros pasillo que adorna una raída alfombra escarlata por donde se apresuran los sirvientes que salen al amanecer como espantados murciélagos. Escucha Escucha Escucha los murmullos en la escalera; las voces que vienen de la cocina, donde se fragua un agrio

olor a comida que muy pronto estará en todas partes, el ronroneo de los ascensores. Escucha Escucha Escucha a la hermosa inquilina del «204» que despereza sus miembros y se queja y extiende su viuda desnudez sobre la cama. De su cuerpo sale un vaho tibio de campo recién llovido. ¡Ay qué tránsito el de sus noches tremolantes como las banderas en los estadios! Escucha Escucha Escucha El agua que gotea en los lavatorios, en las gradas que invade un resbaloso y maloliente verdín. Nada hay sino una sombra, una tibia y espesa sombra que todo lo cubre. Sobre esas losas -cuando el mediodía siembre de monedas el mugriento piso- su cuerpo inmenso y blanco sabrá moverse, dócil para las lides del tálamo y concedor de los más variados caminos. El agua lavará la impureza y renovará las fuentes del deseo. Escucha Escucha Escucha a la incansable viajera, ella abre las ventanas y aspira el aire que viene de la calle. Un desocupado la silba desde la acera del frente y ella estremece sus flanco en res- puesta al incógnito llamado.

II

De la ortiga al granizo
del granizo al terciopelo
del terciopelo a los orinales
de los orinales al río
del río a las amargas algas
de las algas amargas a la ortiga
de la ortiga al granizo
del granizo al terciopelo
del terciopelo al hotel

Escucha Escucha Escucha

la oración manantial de la inquilina
su grito que recorre los pasillos

y despierta despavoridos a los durmientes.
el grito del «204»:
¡Señor, Señor, por qué me has abandonado!

Carlos Martínez Rivas

(Nicaragua, 1924-1998)

La puesta en el sepulcro

—XIV estación—

Cuando ya no me quieras

Cuando ya no me quieras y no podamos estropear nada
Porque nada estará vivo y confiado.

Cuando tú te hayas ido y yo me haya ido
Y todos se hayan marchado
Diremos: “Algo se ha perdido. No mucho.
Pero algo esencial —un culto, un lenguaje,
Un rito— está perdido”.

Cuando hayamos dejado de ser esto que somos:
Una pareja expuesta al dardo
Desnuda y apremiante
Mal avenida pero bien enlazada
Y nos dispersemos en otros círculos
Y nos disipemos en otras charlas

Habrà quien diga: “Aquí dos seres carmesíes
Se atraparon. Los vimos balancearse,
Estremecerse, volver a la seguridad
Y caer”.

Para entonces, el zumbido del tractor
Volverá a oírse en el fondo del campo
Las chorejas del guanacaste caerán
Con un golpe seco frente al portal
Pero esos rumores de la vida nos llegarán por separado
Y otro sol será tu sol y otra luna será mi luna.

Cuando ya no me quieras

Cuando en la reunión tus ojos

Al encontrar los míos ya no digan: “Espera

A que acabe con estas gentes. Pero mi corazón te pertenece”.

Cuando en las incesantes fases

de tu errabunda búsqueda femenina

Ames a otro

Y te desveles bajo otra antorcha

Y te descalces delante de otro cetro

Cuando trasmitas a otro el poder que yo te trasmití

Pensaré aguzadamente: “Ya se le agotará.

Entonces vendrá a mí y no le daré más”.

Y así siga por el mundo y a través de los días

Rumiándote en el hosco destierro

Granitizándome en mi frustración y mi orgullo

Como un mendigo sobre un pedestal

Recorriendo el obstruido pasado

Como un sucio canal maloliente en el crepúsculo:

“Aquí estuve brutal. Ahí comenzó el desierto. En

Aquel banco trató de herirme. Tal día...”

Y así te evoque. Así evoque

Tu espectro, agureándolo de flaquezas y máculas.

Cuando ya no me quieras.

Y yo ya no te tema

Cuando contentadizo, trivial, inadecuado

Para la soledad y la amargura

Yo mismo haya olvidado —cuando

Ya no me quieras— que me quisiste

Mantos y mangas de mujeres

Erinnias disfrazadas de monjas

Me depositarán en la oscura y helada tumba que me busqué.

Jorge Gaitán Durán

(Colombia, 1924-1962)

Se juntan desnudos

Dos cuerpos que se juntan desnudos
solos en la ciudad donde habitan los astros
inventan sin reposo el deseo.
No se ven cuando se aman, bellos
o atroces arden como dos mundos
que una vez cada mil años se cruzan en el cielo.
Sólo en la palabra, luna inútil,
miramos
cómo nuestros cuerpos son cuando se abrazan,
se penetran, escupen, sangran, rocas que se destrozan,
estrellas enemigas, imperios que se afrentan.
Se acarician efímeros entre mil soles
que se despedazan, se besan hasta el fondo,
saltan como dos delfines blancos en el día,
pasan como un solo incendio por la noche.

Rosario Castellanos

(México, 1925-1974)

Ajedrez

Porque éramos amigos y, a ratos,
nos amábamos;
quizá para añadir otro interés
a los muchos que ya nos obligaban
decidimos jugar juegos de inteligencia.

Pusimos un tablero enfrente de nosotros:
equitativo en piezas, en valores,
en posibilidad de movimientos.
Aprendimos las reglas, les juramos respeto
y empezó la partida.

Henos aquí hace un siglo, sentados,
meditando encarnizadamente

cómo dar el zarpazo último que aniquile
de modo inapelable y, para siempre, al otro.

Jaime Sabines

(México, 1926-1999)

Yo no lo sé de cierto...

Yo no lo sé de cierto, pero supongo
que una mujer y un hombre
algún día se quieren,
se van quedando solos poco a poco,
algo en su corazón les dice que están solos,
solos sobre la tierra se penetran,
se van matando el uno al otro.

Todo se hace en silencio. Como
se hace la luz dentro del ojo.
El amor une cuerpos.
En silencio se van llenando el uno al otro.

Cualquier día despiertan, sobre brazos;
piensan entonces que lo saben todo.
Se ven desnudos y lo saben todo.

(Yo no lo sé de cierto. Lo supongo.)

Tomás Segovia

(España, 1927)

Besos

Mis besos lloverán sobre tu boca oceánica
primero uno a uno como una hilera de gruesas gotas
anchas gotas dulces cuando empieza la lluvia
que revientan como claveles de sombra
luego de pronto todos juntos
hundiéndose en tu gruta marina
chorro de besos sordos entrando hasta tu fondo
perdiéndose como un chorro en el mar

en tu boca oceánica de oleaje caliente
besos chafados blandos anchos como el peso de la plastilina
besos oscuros como túneles de donde no se sale vivo
deslumbrantes como el estallido de la fe
sentidos como algo que te arrancan
comunicantes como los vasos comunicantes
besos penetrantes como la noche glacial en que todos nos
abandonaron
besaré tus mejillas
tus pómulos de estatua de arcilla adánica
tu piel que cede bajo mis dedos
para que yo modele un rostro de carne compacta idéntico al tuyo
y besaré tus ojos más grandes que tú toda
y que tú y yo juntos y la vida y la muerte
del color de la tersura
de mirada asombrosa como encontrarse en la calle con
uno mismo
como encontrarse delante de un abismo
que nos obliga a decir quién somos
tus ojos en cuyo fondo vives tú
como en el fondo del bosque más claro del mundo
tus ojos llenos del aire de las montañas
y que despiden un resplandor al mismo tiempo áspero y dulce
tus ojos que tú no conoces
que miran con un gran golpe aturdidor
y me inmutan y me obligan a callar y a ponerme serio
como si viera de pronto en una sola imagen
toda la trágica indescifrable historia de la especie
tus ojos de esfinge virginal
de silencio que resplandece como el hielo
tus ojos de caída durante mil años en el pozo del olvido
besaré también tu cuello liso y vertiginoso como un tobogán inmóvil
tu garganta donde la vida se anuda como un fruto que se puede morder
tu garganta donde puede morderse la amargura y donde el sol en estado líquido circula por tu voz y tus venas
como un coñac ingrávido y cargado de electricidad
besaré tus hombros construidos y frágiles como la ciudad de Florencia
y tus brazos firmes como un río caudal
frescos como la maternidad
rotundos como el momento de la inspiración

tus brazos redondos como la palabra Roma
amorosos a veces como el amor de las vacas por los terneros
y tus manos lisas y buenas como cucharas de palo
tus manos incitadoras como la fiebre
o blandas como el regazo de la madre del asesino
tus manos que apaciguan como saber que la bondad existe
besaré tus pechos globos de ternura
besaré sobre todo tus pechos más tibios que la convalescencia
más verdaderos que el rayo y que la soledad
y que pesan en el hueco de mi mano como la evidencia en la mente del sabio
tus pechos pesados fluidos tus pechos de mercurio solar
tus pechos anchos como un paisaje escogido definitivamente
inolvidables como el pedazo de tierra donde habrán de enterrarnos
calientes como las ganas de vivir
con pezones de milagro y dulces alfileres
que son la punta donde de pronto acaba chatamente
la fuerza de la vida y sus renovaciones
tus pezones de botón para abrochar el paraíso
de retoño del mundo que echa flores de puro júbilo
tus pezones submarinos de sabor a frescura
besaré mil veces tus pechos que pesan como imanes
y cuando los aprieto se desparraman como el sol en los trigales
tus pechos de luz materializada y de sangre dulcificada
generosos como la alegría de aceptar la tristeza
tus pechos donde todo se resuelve
donde acaba la guerra la duda la tortura
y las ganas de morirse
besaré tu vientre firme como el planeta Tierra
tu vientre de llanura emergida del caos
de playa rumorosa
de almohada para la cabeza del rey después de entrar a saco
tu vientre misterioso cuna de la noche desesperada
remolino de la rendición y del deslumbrante suicidio
donde la frente se rinde como una espada fulminada
tu vientre montón de arena de oro palpitante
montón de trigo negro cosechado en la luna
montón de tenebroso humus incitante
tu vientre regado por los ríos subterráneos
donde aún palpitan las convulsiones del parto de la tierra

tu vientre contráctil que se endurece como un brusco recuerdo que se coagula
y ondula como las colinas
y palpita como las capas más profundas del mar oceáno
tu vientre lleno de entrañas de temperatura insoportable
tu vientre que ruge como un horno
o que está tranquilo y pacificado como el pan
tu vientre como la superficie de las olas
lleno hasta los bordes de mar de fondo y de resacas
lleno de irresistible vértigo delicioso
como una caída en un ascensor desbocado
interminable como el vicio y como él insensible
tu vientre incalculablemente hermoso
valle en medio de ti en medio del universo
en medio de mi pensamiento
en medio de mi beso auroral
tu vientre de plaza de toros
partido de luz y sombra y donde la muerte trepida
suave al tacto como la espalda del toro negro de la muerte
tu vientre de muerte hecha fuente para beber la vida fuerte y clara
besaré tus muslos de catedral
de pinos paternales
practicables como los postigos que se abren sobre lo desconocido
tus muslos para ser acariciados como un recuerdo pensativo
tensos como un arco que nunca se disparará
tus muslos cuya línea representa la curva del curso de los tiempos
besaré tus ingles donde anida la fragilidad de la existencia
tus ingles regadas como los huertos mozárabes
traslúcidas y blancas como la vía láctea
besaré tu sexo terrible
oscuro como un signo que no puede nombrarse sin tartamudear
como una cruz que marca el centro de los centros
tu sexo de sal negra
de flor nacida antes que el tiempo
delicado y perverso como el interior de las caracolas
más profundo que el color rojo
tu sexo de dulce infierno vegetal
emocionante como perder el sentido
abierto como la semilla del mundo
tu sexo de perdón para el culpable sollozante

de disolución de la amargura y de mar hospitalario
y de luz enterrada y de conocimiento
de amor de lucha a muerte de girar de los astros
de sobrecogimiento de hondura de viaje entre sueños
de magia negra de anonadamiento de miel embrujada
de pendiente suave como el encadenamiento de las ideas
de crisol para fundir la vida y la muerte
de galaxia en expansión
tu sexo triángulo sagrado besaré
besaré besaré
hasta hacer que toda tú te enciendas
como un farol de papel que flota locamente en la noche.

Raúl Gustavo Aguirre

(Argentina, 1927-1983)

Razones

Por suave por hermosa
por profunda por cálida

Por sencilla por tonta
por desnuda por cándida

Por voluble por frágil
por cruel por despiadada

Por tus ojos sin límites
por tu sonrisa diáfana

Por los acantilados
de tus leves pestañas

Por la penas que borran
tus mejillas de malva

Por tu boca de reina
por tus dientes de esclava

Por el pétalo rosa
de tu lengua de agua

Por tus menudos hombros
de paloma torcaza

Por la sal de tu nuca
y el sol de tu garganta

Por tus iridiscencias
tus oasis tus ánforas

Por la manos que duelen
que consuelan y escapan

Por el oro y la nieve
de tu piel sin murallas

Por tus filos tus hilos
tus cuentos y tus nalgas

Por tus leves axilas
de silencio y de alfalfa

Por el tibio esplendor
de tus senos de lámpara

Por tus plumas tus trigos
tus uvas y tus ágatas

Por tu cintura niña
por tus caderas rápidas

Por tus bosques tus lagos
tus volcanes tus playas

Por el mar de tu ombligo
y el azul que naufraga

Por la miel de tu vientre
y la hierba incendidada

Por la sombra que esconde
un temblor de campánula

Por tus lomas tus lunas
tus aureolas tus lavas

Por los ilimitados
desiertos de tu espalda

Por la radiante aurora
boreal de tus nalgas

Por tus muslos de roca
y de azúcar quemada

Por tus bobas rodillas
de limón y de ámbar

Por las mansas bahías
de tus piernas fantásticas

Por tus pies que terminan
donde empieza la nada

Por tu cabello suelto
en la noche sin máscaras

Por la red de tus brazos
que me aprieta y me salva

Por el bien sin piedad
por el mal que no basta

Por la ingenua saliva
y el sollozo y la ráfaga

Por el toque a rebato
de tu sexo en oleadas

Por el ronco alarido
de la tierra estallada

Por tu voz en mis huesos
por tu tiro de gracia

Por el cielo estrellado
de tu cuerpo en mi alma

De mi cuerpo en tu cuerpo
de mi vida en tus alas.

Carlos Germán Belli

(Perú, 1927)

A la noche

Abridme vuestras piernas
y pecho y boca y brazos para siempre,
que aburrido ya estoy
de las ninfas del alba y del crepúsculo,
y reposar las sienes quiero al fin
sobre la Cruz del Sur
de vuestro pubis aún desconocido,
para fortalecerme
con el secreto ardor de los milenios.

Yo os vengo contemplando
de cuando abrí los ojos sin pensarlo,
y no obstante el tiempo ido
en verdad ni siquiera un palmo así
de vuestro cuerpo y alma yo poseo,
que más que los noctámbulos
con creces sí merezco, y lo proclamo,
pues de vos de la mano
asido en firme nudo llegué al orbe.

Entre largos bostezos,
de mi origen me olvido y pesadamente
cual un edificio caigo,
de ciento veinte pisos cada día,
antes de que ceñir pueda los senos
de las oscuridades,

dejando en vil descrédito mi fama
de nocturnal varón,
que fiero caco envidia cuando vela.

Mas antes de morir,
anheloso con vos la boda espero,
¡oh misteriosa ninfa!,
en medio del silencio del planeta,
al pie de la primera encina verde,
en cuyo leño escriba
vuestro nombre y el mío juntamente,
y hasta la aurora fúlgida,
como Rubén Darío asaz folgando.

Eduardo Cote Lamus

(Colombia, 1928-1964)

La estación perenne

Tu cuerpo desnudo brilla bajo los relámpagos
como antes bajo mis manos.
Todas las estaciones están en tu cuerpo.
La primavera comienza su esplendor en tu abrazo
y concluye en tu boca entreabierta, exultante.
Todos los ríos del mundo están en tu cuerpo,
confluyen en ti en el momento
en que el animal más bello del bosque
—el ciervo, por ejemplo—
bebe de ti y se contempla.
Tu piel es el límite del fuego
donde se refugia el ardor del verano.
Rojas llamas te inundan.
Se mezclan los elementos y tu cuerpo se curva,
hay más aire en tu boca y en mi cuerpo sediento
busca en ti salida, la libertad, los deseos.
Se anudan en ti los olivos del mundo
y ardes como una lámpara.
Somos un cuerpo solo luchando contra la muerte.
El otoño se riega en tu cuerpo como vino rojo en la mesa.

Tus muslos descansan en el borde del mundo.
Vuela una paloma de tu pecho a mis manos.
Después miramos los dos, de alegría cansados,
como a chimenea en invierno, el fuego pasado
y tu piel que brilla bajo los relámpagos.

Eduardo Lizalde

(México, 1929)

El baño

Vice beaucoup plus grave, elle porte perruque,
tous ses beaux cheveux noirs ont fui sa blanche nuque;
ce que n'empêche pas les baisers amoureux
de pleuvoir sur son front plus pelé qu'un lépreux
Elle n'a que vingt ans; la gorge deja basse
pend de chaque coté comme une calebasse
et pourtant, me trainant chaque nuit sur son corps
Ainsi qu'un nouveau-né, je la tette et la mords.
baudelaire, Versos de la juventud.

Ha roto el gran poeta con su amante,
la más bella de Roma,
blanco de la codicia y la lujuria
del César
y de sus concubinos.

Para vengarse de sí mismo, busca amena juerga:
recorre la ciudad,
levanta las baldosas,
horada las paredes
hasta encontrar
la prostituta más horrenda
y gorda y mofletuda
para vaciarse en ella, oh muerte,
con sangre y semen irritados.
Y sólo así, bañándose hasta el cuello,
revolviendo la boca en esa tina de fealdad.
hozando,
logra lavarse de su bella

y arrancar de la piel
hasta el último rastro y la memoria
de la belleza que antes lo cubrió
como un esmalte fino,
algún perfume sabio y persistente.
Y además, le gusta.

Jaime Gil de Biedma

(España, 1929-1990)

Pandémica y celeste

quam magnus numerus Libyssae arenae
.....
aut quam sidera multa, cum tacet mox,
furtivos hominum uident amores.
catulo, vii

Imagínate ahora que tú y yo
muy tarde ya en la noche
hablemos hombre a hombre, finalmente.
Imagínatelo,
en una de esas noches memorables
de rara comunión, con la botella
media vacía, los ceniceros sucios,
y después de agotado el tema de la vida.
Que te voy a enseñar un corazón,
un corazón infiel,
desnudo de cintura para abajo,
hipócrita lector —mon semblable,—mon fr 7 re!

Porque no es la impaciencia del buscador del orgasmo
quien me tira del cuerpo hacia otros cuerpos
a ser posible jóvenes:
yo persigo también el dulce amor,
el tierno amor para dormir al lado
y que alegre mi cama al despertarse,
cercano como un pájaro.
¡Si yo no puedo desnudarme nunca,
si jamás he podido entrar en unos brazos

sin sentir —aunque sea nada más que un momento—
igual deslumbramiento que a los veinte años!
Para saber de amor, para aprenderle,
haber estado solo es necesario.
Y es necesario en cuatrocientas noches
—con cuatrocientos cuerpos diferentes—
haber hecho el amor. Que sus misterios,
como dijo el poeta, son del alma,
pero un cuerpo es el libro en que se leen.

Y por eso me alegro de haberme revolcado
sobre la arena gruesa, los dos medio vestidos,
mientras buscaba ese tendón del hombro.
Me conmueve el recuerdo de tantas ocasiones...
Aquella carretera de montaña
y los bien empleados abrazos furtivos
y el instante indefenso, de pie, tras el frenazo,
pegados a la tapia, cegados por las luces.
O aquel atardecer cerca del río
desnudos y riéndonos, de yedra coronados.
O aquel portal en Roma —en vía del Babuino.
Y recuerdos de caras y ciudades
apenas conocidas, de cuerpos entrevistados,
de escaleras sin luz, de camarotes.
de bares, de pasajes desiertos, de prostíbulos,
y de infinitas casetas de baños,
de fosos de un castillo.
Recuerdos de vosotras, sobre todo,
oh noches en hoteles de una noche,
definitivas noches en pensiones sórdidas,
en cuartos recién fríos,
noches que devolveís a vuestros huéspedes
un olvidado sabor a sí mismos!
La historia en cuerpo y alma, como una imagen rota
De la *langueur goutée* ^ ce mal d'être deux.

Sin despreciar
—alegres como fiesta entre semana—
las experiencias de promiscuidad.

Aunque sepa que nada me valdrían
trabajos de amor disperso
si no existiese el verdadero amor.
Mi amor, íntegra imagen de mi vida,
sol de las noches mismas que le robo.

Su juventud, la mía
—música de mi fondo—,
sonríe aún en la imprecisa gracia
de cada cuerpo joven,
en cada encuentro anónimo,
iluminándolo. Dándole un alma.
Y no hay muslos hermosos
que no me hagan pensar en sus hermosos muslos
cuando nos conocimos, antes de ir a la cama.

Ni pasión de una noche de dormida
que pueda compararla
con la pasión que da el conocimiento,
los años de experiencia
de nuestro amor.
Porque en amor también
es importante el tiempo,
y dulce, de algún modo,
verificar con mano melancólica
su perceptible paso por un cuerpo
—mientras que basta un gesto familiar
en los labios,
o la ligera palpitación de un miembro,
para hacerme sentir la maravilla
de aquella gracia antigua,
fugaz como un reflejo.

Sobre su piel borrosa,
cuando pasen más años y al final estemos,
quiero aplastar los labios invocando
la imagen de su cuerpo
y de todos los cuerpos que una vez amé
aunque fuese un instante, deshechos por el tiempo.

Para pedir la fuerza de poder vivir
sin belleza, sin fuerza y sin deseo,
mientras seguimos juntos
hasta morir en paz, los dos,
como dicen que mueren los que han amado mucho.

Juan Gelman

(Argentina, 1930)

Oración

Habítame, penétrame.
Sea tu sangre una con mi sangre.
Tu boca entre a mi boca.
Tu corazón agrande el mío hasta estallar.
Desgárrame.
Caigas entera en mis entrañas.
Anden tus manos en mis manos.
Tus pies caminen en mis pies, tus pies.
Ardeme, árdeme.
Cólmeme tu dulzura.
Báñeme tu saliva el paladar.
Estés en mí como está la madera en el palito.
Que ya no puedo así, con esta sed
quemándome.

Con esta sed quemándome.

La soledad, sus cuervos, sus perros, sus pedazos.

Heberto Padilla

(Cuba, 1932-2000)

Para aconsejar a una dama

¿Y si empezara por aceptar algunos hechos
como ha aceptado —es un ejemplo— a ese negro becado
que mea desafiante en su jardín?
Ah, mi señora: por más que baje las cortinas; por más
que oculte la cara solterona; por más que llene

de perras y de gatas esa recalcitrante soledad; por más
que corte los hilos del teléfono
que resuena espantoso en la casa vacía;
por más que sueñe y rabie
no podrá usted borrar la realidad.

Atrévase.

Abra las ventanas de par en par. Quítese el maquillaje
y la bata de dormir y quédese en cueros
como vino usted al mundo
échese allí, gata de la penumbra, recelosa, a esperar.

Aúlle con todos los pulmones.

La cerca es corta; es fácil de saltar,
y en los albergues duermen los estudiantes.

Despiértelos.

Quémese en el proceso, gata o alción; no importa.

Meta un becado en la cama.

Que sus muslos ilustren la lucha de contrarios.

Que su lengua sea más hábil que toda la dialéctica.

Salga usted vencedora de esta lucha de clases.

Jaime Jaramillo Escobar

(Colombia, 1932)

El deseo

Hoy tengo deseo de encontrarte en la calle,
y que nos sentemos en un café a hablar largamente de las cosas pequeñas de la vida,
a recordar de cuando tú fuiste soldado,
o de cuando yo era joven y salíamos a recorrer juntos
la ciudad, y en las afueras, sobre la yerba, nos echábamos
a mirar cómo el atardecer nos iba rodeando.
Entonces escuchábamos nuestra sangre cautelosamente y nos estábamos callados.
Luego emprendíamos el regreso y tú te despedías siempre en la misma esquina
hasta el día siguiente,
con esa despreocupación que uno quisiera tener toda la vida,
pero que sólo se da en la juventud,
cuando se duerme tranquilo en cualquier parte sin un pan entre el bolsillo,
y si tienen creencias y confianzas
así en el mundo como en uno mismo.

Y quiero además aún hablarte,
pues tú tienes dieciocho años y podríamos divertirnos esta
noche con cerveza y música,
y después yo seguir viviendo como si nada....
o asistir a la oficina y trabajar diez o doce horas,
mientras la Muerte me espera en el guardarropa para ponerme mi abrigo negro
a la salida,
yo buscando la puerta de emergencia,
la escalera de incendios que conduce al infierno,
todas las salidas custodiadas por desconocidos.
Pero hoy no podré encontrarte porque tú vives en otra ciudad.
Mientras la tarde transcurre
evocaré el muro en cuyo saliente nos sentábamos
A decir las últimas palabras cada noche,
o cuando fuimos a un espectáculo de lucha libre y al salir comprendí que te amaba,
y en fin, tantas otras cosas que suceden...

Guillermo Sucre

(Venezuela, 1932)

Y vuelvo a verme ciñéndome de nuevo a su cuerpo

Y vuelvo a verme ciñéndome de nuevo a su cuerpo
vuelvo a verme respirando su piel su pelo que apenas toco
otra vez las lluvias otra vez la noche como un árbol centelleante
ha cubierto la casa
el ojo torrencial del cielo me juzga me condena
oigo los rápidos chorreones caer en el patio siento la
sumisión de las piedras
el ángel que se debate en las sombras afila su perfil de fuego
y lo vivo todo como si ya fuera memoria del exilio
pero pasarán los años
el adolescente se baña
en el río que ya no lo refleja
expone la desnudez bajo la luz brava del mediodía
que hiere sus ojos
con la mano con que endiosa el sexo escribe sobre la arena el latido de ese espacio salvaje
pasarán los años

pero sólo allí estará reposando
la cabeza
cerca de ese cuerpo
respirando la última tersura de su piel la trama cenicienta
de su pelo
en la claridad que ha sido escindiendo el tiempo

Armando Uribe Arce

(Chile, 1933)

Parte de mí, parte de ti

Parte de mí, parte de ti,
está en el suave contacto de las pieles
que como si fueran tigres de sexo contrario
miran al venado con idéntico ojo.

Pero somos hombre y mujer y no tigres
y estamos en un lugar civilizado
donde se apagan las luces solamente de noche
y se requieren dientes de marfil en el día.

Y lejos de nuestra piel
los tigres de la leyenda se quejan;
despojados de sus bellos instintos
vagan por una selva de tedio azul.

No te amo, amo los celos que te tengo

No te amo, amo los celos que te tengo,
son lo único tuyo que me queda,
los celos y la rabia que te tengo,
hidrófobo de ti me ahogo en vino.

No te amo, amo mis celos, esos celos
son lo único tuyo que me queda.
Cuando desaparezca en esos cielos
de odio te ladraré porque no vienes.

Gabriel Zaid

(México, 1934)

Selva

Me gusta acariciarte el hipopótamo.

Husmear lo que apenas perdices.

Acechar tu bostezo furibundo.

Disparar al vuelo de tu aullido.

Me gusta darte el dedo a morder,

la percha de tus periquillos.

Verte, mona desnuda, meditar,

de la cola, del árbol de la vida.

La pantera feliz ronronea

después del suculento pleistoceno.

Me gusta la gratitud

en los ojos de la victoria.

Alabando su manera de hacerlo

¡Qué bien se hace contigo, vida mía!

Muchas mujeres lo hacen bien

pero ninguna como tú.

La Sulamita, en la gloria,

se asoma a verte hacerlo.

Y yo le digo que no,

que nos deje, que ya lo escribiré.

Pero si lo escribiese

te volverías legendaria.

Y ni creo en la poesía autobiográfica

ni me conviene hacerte propaganda.

Víctor Valera Mora

(Venezuela, 1935-1984)

Oficio puro

Cómo camina una mujer que recién ha hecho el amor

En qué piensa una mujer que recién ha hecho el amor

Cómo ve el rostro de los demás y los demás cómo ven
el rostro de ella

De qué color es la piel de una mujer que recién ha hecho el amor

De qué modo se sienta una mujer que recién ha hecho el amor

Saludará a sus amistades

Pensará que en otros países está nevando

Encenderá y consumirá un cigarrillo

Desnuda en el baño dará vuelta

a la llave del agua fría o del agua caliente

Dará vuelta a las dos a la vez

Cómo se arrodilla una mujer que recién ha hecho el amor

Soñará que la felicidad es un viaje por barco

Regresará a la niñez o más allá de la niñez

Cruzarán ríos montañas llanuras noches domésticas

Dormirá con el sol sobre los ojos

Amanecerá triste alegre vertiginosa

Bello cuerpo de mujer

que no fue dócil ni amable ni sabio

Alejandra Pizarnik

(Argentina, 1936-1972)

Poema

Tú eliges el lugar de la herida
en donde hablamos nuestro silencio.
Tú haces de mi vida
esta ceremonia demasiado pura.

Revelaciones

En la noche a tu lado
las palabras son claves, son llaves.
El deseo de morir es rey.

Que tu cuerpo sea siempre
un amado espacio de revelaciones.

En tu aniversario

Recibe este rostro mío, mudo, mendigo.
Recibe este amor que te pido.
Recibe lo que hay en mí que eres tú.

Destrucciones

en besos, no en razones quevedo

Del combate con las palabras ocúltame
y apaga el furor de mi cuerpo elemental.

Amantes

una flor
no lejos de la noche
mi cuerpo mudo se abre
se abre
a la delicada urgencia del rocío.

Quien alumbra

Cuando me miras
mis ojos son llaves,
el muro tiene secretos,
mi temor palabras; poemas.
Sólo tú haces de mi memoria
una viajera fascinada,
un fuego incesante.

Reconocimiento

Tú haces el silencio de las lilas que aletean
en mi tragedia del viento en el corazón
Tú hiciste de mi vida un cuento para niños
en donde naufragios y muertes
son pretextos de ceremonias adorables.

Presencia

tu voz
en este no poder salirse las cosas
de mi mirada
ellas me desposeen
hacen de mí un barco sobre un río de piedras
si no es tu voz
lluvia sola en mi silencio de fiebres
tú me desatas lo ojos
y por favor
que me hables
siempre.

Severo Sarduy

(Cuba, 1937-1993)

Entrando en ti

Entrando en ti, cabeza con cabeza,
pelo con pelo, boca contra boca:
el aire que respiras —la fijeza
del recuerdo—, respiro, y en la poca

luz de la tarde —rayo que no cesa
entre los huesos abrasados— toca
los bordes de tu cuerpo: luz que apresa
la forma. Ya su cénit la convoca

a otro vacío donde su blancura
borra, marca de arena, tu figura.
El día devorado de sonidos

quema, de trecho en trecho, su espesura
y vuelca de ceniza la textura
en la noche voraz de los sentidos.

Márgara Sáenz

(Ecuador, 1937-1964)

De otra vez Amarilis

El tiempo ha pasado y vuelves a mi memoria.

Tu auto trepando hacia la sierra, la Cream-Rica
¿recuerdas?, volteando a la derecha, todos esos moteles.

Entonces éramos nosotros; no tú, no yo. Me quíerote,
te gózame, me amándonos, decíamos.

¿A quién llevas ahora? Contigo entre las piernas
¿quién pega de alaridos y triza los espejos
donde nos repetíamos bestiales y dulcísimos?

¿Qué otro vientre recibe tu miel mía, peruano? Di
qué frívola puta, qué sórdida hipócrita limeña,
qué casada cuidadosa del cornudo.

Hijo de perra, ¿lo haces? Pero allí no, nunca, con
nadie vuelvas a la habitación 35. Que se te
muera para siempre, que se te pudra si regresas.

Una vez dije allí no ¿recuerdas?, dije después
donde quieras. Tú me observabas igual que un
entomólogo, eras un médico lascivo examinando

una muchacha muerta de amor: no hables, eres
una muñeca, un cuerpo sin voluntad, y me
tocabas probándome y fui un durazno de esos
que se abren con la mano.

Un durazno, dijiste a mis espaldas, a la luz de la tarde,
separando con suavidad mis carnes, descubriendo
lo que ni yo conozco, mi zona más oscura, la que
guarda esa caricia atroz, obscena y tuya que no
olvido.

Júralo: no has de volver a esa cama con nadie. Me has
negado tu cuerpo, el que gustaba mirar impúdico y
erecto viniendo a mí, el tuyo que era el mío.
Concédeme esto entonces: anda a otro sitio a hacer tus
porquerías.

O vuelve a la habitación 35. El tiempo ha pasado, ya
no hay sino recuerdos y Amarilis qué puede sino
juntar palabras. Ahora somos tú y yo, no existe más
nosotros. Uno y uno, dos solos: yo y esa mierda que
tú soy y yo añoras, desgraciado.

Óscar Hahn

(Chile, 1938)

Misterio gozoso

Pongo la punta de mi lengua golosa en el centro mismo
del misterio gozoso que ocultas entre tus piernas
tostadas por un sol calientísimo el muy cabrón ayúdame
a ser mejor amor mío limpia mis lacras libérame de todas
mis culpas y arrásame de nuevo con puros pecados
originales, ya?

Eugenio Montejo

(Venezuela, 1938)

Dos cuerpos

Cuántas veces, a tientas, en la noche,
sueñan dos cuerpos fundirse en uno solo
sin saber que al final son tres o cuatro.
Ocurre siempre ante el desnudo de la carne
y su ávido misterio:
de pronto un ojo extraño se abre en las almohadas,
cruzan labios volando por la niebla,
surgen intempestivas voces
de olvidados amantes.
Los espejos protegen a esos duendes
interpuestos en los jadeos
y los susurros.
Nada delata en las alcobas
sus crueles usurpaciones sentimentales.
Solamente la luna
sabe qué manos verdaderas se acarician,
qué rostros ríen detrás de las máscaras
y quiénes envueltos en la sombra
con pasos furtivos se reencuentran.
Solamente la luna que es redonda,
lenitiva y amarga.

El naufragio

El naufragio de un cuerpo en otro cuerpo
cuando en su noche, de pronto, se va a pique...
Las burbujas que suben desde el fondo
hasta el bordado pliegue de las sábanas.
Negros abrazos y gritos en la sombra
para morir uno en el otro,
hasta borrarse dentro de lo oscuro
sin que el rencor se adueñe de esta muerte.
Los enlazados cuerpos que zozobran
bajo una misma tormenta solitaria,
la lucha contra el tiempo ya sin tiempo,
palpando lo infinito aquí tan cerca,
el deseo que devora con sus fauces,
la luna que consuela y ya no basta.
El naufragio final contra la noche,

sin más allá del agua, sino el agua,
sin otro paraíso ni otro infierno
que el fugaz epitafio de la espuma
y la carne que muere en otra carne.

José Roberto Cea

(El Salvador, 1939)

Homenaje a tu cuerpo

Sí, en tu cuerpo hallo mi libertad.

En él me realizo y estoy como al inicio de mi vida.
Aquí no hay ascensores, ni teléfonos, ni cremas de afeitar,
ni ventanas de donde tirarse para acabar con todo...

Aquí no hay cigarrillos, ni fuentes de soda, ni cafeterías,
ni bares.

Eres más que una tarjeta postal, increíble como un catoblepas y precisamente no nadas en esperma ni eres toda ovarios o tumba.

Eres mejor que un hermoso recuerdo.

En ti se acaba mi neurosis, en tu cuerpo recobro mi principio.

Aquí no hay hambre, ni persecuciones, ni señales de tránsito, ni desgracias, ni policías, ni partidos políticos.

Aquí dejo de ser hombre de letras, no necesito dinero y lo diabólico se va a echar pulgas quién sabe a que soneto.

Tú ardes por donde las mujeres deben arder
—echamos humo y esta guerra es la única guerra legal y necesaria.

Vuelvo a nacer.

Recobro la inocencia con tu libro abierto y dejo de expresarme

como texto de biólogo o de anatomía.

Contigo está la chispa que me enciende. Descubro la riqueza del vivir.

Aquí me aprietas, no existe más lo pornográfico.

Contigo gano el éxtasis, tu ostra me lo da lleno de jugo...

Eres un maquilishuat florecido, un limonero hecho de flores,
otro madrecaao —útero que me niega la nostalgia
y te estrujo —ignoro al mundo y recobro el misterio.

Eres como una estrella de verdad.

Tú me absorbes y me dices cosas que me gusta escuchar cuando vuelvo a mi punto de partida.

Eres como te invento cuando toco esa presencia tuya que me crea.

Te destruyo creándote y las hojas de parra se acabaron.

Aquí ya no vendrán con la verguenza
Aquí se terminaron los reptiles, las manzanas,
No hay baba que te alcance ni me alcanza.

Yo no soy yo ni tú eres tú cuando nos deshacemos en la cama.

Somos nadie y principio
somos como la flor de los amantes.
Somos los ignorados por el mundo.
Ojo de agua en su primer hervor.

Aquí no cabe ya la hipocresía —te dejo a la intemperie.

Eres más luminosa y sólo de pensar que habrá unos hijos y de saber también
que le ganamos la guerra.

Eres perpetuo movimiento, revolución constante que me
lleva al poder...

Qué sencillo y normal,
una mujer y un hombre se encuentran en el lecho

Hallan la sabiduría. La armonía del ser...

José Emilio Pacheco

(México, 1939)

Pompeya

La tempestad de fuego nos sorprendió en el acto
de la fornicación.

No fuimos muertos por el río de lava.

Nos ahogaron los gases. La ceniza
se convirtió en sudario. Nuestros cuerpos
continuaron unidos en la piedra:
petrificado espasmo interminable.

Las moscas*

Y en el aire y el muro y el suelo
moscas tiernas, a pares, en celo.
salvador díaz mirón

Mientras yo sobre ti, tú sobre mí,
los dos al lado,
dos alados insectos se persiguen.

Obscenamente sobrevuelan el lecho,
miran zumbonas o tal vez excitadas.

Para él sin duda no eres la más hermosa y deseable.

(Tal un lirio entre las espinas
es su mosca entre muladares.

Los contornos de su trompa son como joyas,
como púrpura real sus vellosidades.)

¿Despreciarán
sus ojitos poliédricos nuestros cuerpos,
nuestras torpes maniobras,
nuestros brazos que no son alas?

Y juntas se levantan como la aurora,
grandiosas como ejércitos en batalla.

Han puesto de cabeza el rastrero infierno
y se adueñan al fin de su cielo raso.
Inaudibles, jadeantes, bocabajo,
colgadas de las patas sobre el abismo,
hacen lo suyo sin pensar en la muerte.

Notas

* Con disculpas a Salomón, Cantares 2, 2; 7, 1 y 6, 10.

Homero Aridjis

(México, 1940)

Mirándola dormir

(Fragmento)

Y Berenice dijo:

Tú consideras que yo, por ser Berenice, por masajear mi nombre, soy materia dispuesta. No. Éste, cualquiera diría, es el equívoco. Y hay melancolía en ello, puedes estar seguro. Veamos, dónde me encontraste, cómo fue el brutal dulcísimo conocimiento. Y lo grave, lo portentoso es que no hemos dejado de reconocernos. Esto es un hecho. Mañana fría ¿recuerdas? Hablábamos de las panoplias ¿recuerdas? Pájaros áridos ¿recuerdas? Todo fue temprano, todo en la medida. Salvo tú en camiseta corriendo por el campo, procaz como tú mismo, como era mi aspiración de la virilidad por aquel entonces. Porque era insaciable, porque era como ahora, sólo que. Mira, cuando entraste por primera vez en mí, yo pensé en una serie de rompimientos, no en el mío, no exclusivamente, sino, en una serie de rompimientos, que iban desde el labio sangrante de una compañera de escuela, hasta; todo es vaginal me dije; no sé hasta qué punto podría decirlo ahora; una pierde convicción y novedad. Y los coitos no son lo que una creía que eran. Ves tú eso que está dentro de ti, moviéndose, moviéndose; y de pronto ya. Se acabó por esta noche, déjame descansar; no puedo así, no soy continuo. Y toda esa fanfarronada de energía, y toda esa masturbación, y todas esas ganas indecibles, y todo ese entusiasmo, y todo ese decir que lo demás no importa, y todo ese llamarme mi divina, defraudan un poco. Sólo un poco, porque una vuelve a caer en la trampa, y nos decimos: no volverá a suceder, será de otra manera; y una imagina posturas que podrían degradarnos, pero no, sólo es incomodidad, se te duermen los muslos, hay un peso excesivo en el brazo izquierdo, tienes la mejilla lastimada, sudas y sudas, y desconfías de ti misma; de pronto temes que él no disfrute, que piense en otras cosas, que piense en lo que ha dejado de hacer por estar conmigo, por meter y meter y sacar; esto la vuelve a una cautelosa, casi asociativa; pero una vuelve a caer; a la semana, a lo máximo, ya necesitas renovadas cosquillas, volver a abrir las piernas, y tocarlo, y entrarlo, y que sea tu vida de siempre, tu adoración fálica; y te juro, no sólo yo, también conocí a María Esther, y no cesaba de besarlo y besarlo, y casi se ahogaba con eso en la boca; pero todo es como nos enseñen, la confianza que nos den, y el resto se resuelve por sí mismo, por los dos, por los cuatro, los seis, los ocho, los diez, y los cuerpos que una se imagina batallando, ahí adentro. Sin embargo se rememora, se compara, se sienten secretas nostalgias, mundos

perdidos, abrazos cálidos en otros brazos, lenguas que nos entraban en la boca de otra forma, de otra suavidad, casi bruscamente, pero qué dulcísimas. Y la cama es la misma, pero no es la misma, y el falo es otro, pero casi es el mismo, y una cree ser la misma, la sola urgencia, el regocijo alegre, pero ya se es otra, otra es la que goza, la que hace que le entre, que le ahí quede, que le ahí se mueva, que le ahí respire, que le ahí vomite, que le ahí quede vencido, solitario, vencido, y ya no, ya no; y una siga queriendo, discurriendo excitantes, manos, muslos, roces, senos, bocas, nalgas, y una siga queriendo, pero ahí quede vencido; es pensar, levemente, en que nosotras necesitábamos una continuidad, una prolongación más hecha para nosotras, y el hombre necesitaba una rapidez, una violencia más hecha para el hombre. Pero esta noche volverás a entrarme, y serás mi huésped, y nos anudaremos francamente, y podríamos rastrear y arrastrarnos por el suelo, y tratar con cuidado de ponernos verticales, si lográramos tan sólo una estatura ad hoc; pero mira, mírame, estamos casi trastornados, uno en otro, otro en uno; y haciéndonos sabemos que los brazos no pueden unirse, ni los pies, ni los rostros; y podríamos sintetizarnos y quedarnos ahí, y dejarnos ir, hasta ya no saber dónde, más que ahí, como si ahí estuviéramos, y viviéramos, y fuéramos más nosotros, más efímeramente violentados y devueltos, conducidos, tumultuosos y carnales. Caramba, mi pequeño señor, así estuviéramos.

Luis O. Tedesco

(Argentina, 1941)

De tu aliento mi voz

Te pienso hablándome de mares,
te pienso estremecida sobre mí
como un oscuro mar ilimitado
susurrando en mi cuerpo su alegría.

Te pienso venida de otras tierras,
como un alud que arrasa los dinteles,
como ceremoniosa sombra blanca,
como mi hambre emanando de tu hambre.

Te pienso acariciada por mi vello,
tendida entre mis manos retenida
como sacra extensión de costa suave
en el agua sensual que nos aleja.

Antonio Cisneros

(Perú, 1942)

Tercer movimiento

(affettuoso)

Para hacer el amor
debe evitarse un sol muy fuerte sobre los ojos de la muchacha,
tampoco es buena la sombra si el lomo del amante se achicharra
para hacer el amor.
Los pastos húmedos son mejores que los pastos amarillos
pero la arena gruesa es mejor todavía.
Ni junto a las colinas porque el suelo es recoso ni cerca de las aguas.
Poco reino es la cama para este buen amor.
Limpios los cuerpos han de ser como una gran pradera:
que ningún valle o monte quede oculto y los amantes
podrán holgarse en todos sus caminos.
La oscuridad no guarda el buen amor.
El cielo debe ser azul y amable, limpio y redondo como
un techo
y entonces
la muchacha no verá el dedo de Dios.
Los cuerpos discretos pero nunca en reposo,
los pulmones abiertos,
las frases cortas.
Es difícil hacer el amor pero se aprende.

Elkin Restrepo

(Colombia, 1942)

Abrazo

Lento me deshago de tu abrazo,
que en su cerco aún quiere retenerme
allí donde el amor nos dejó,
y contemplo tu dicha
—pegada aún al oleaje
que arrimó cielos y tierra—,
y me deleito en tu desnudez
salvada de un sueño de estrellas.

Camino hicieron nuestras bocas,
camino mis dedos y tus dedos,
camino rasguños y salivas,
camino el hambre de nuestros sexos.

¿Adónde íbamos?

A donde el amor nos llevaba.

¿Con qué afán?

Con el afán de montar y desbocar
nuestros cuerpos
y convertirlos en un despojo
del cielo luminoso.

Aguijoneé entonces y solté las riendas,
y de un salto, amada y amado
perdieron su forma,
cambiaron la voraz figura,
y se disolvieron en una nada,
en una luz, un quejido
que atrapó al sol y las estrellas,
removiéndolos hasta casi
sacarlos de curso.

Hasta casi mudarlos de rumbo.

En pago, un punto de oro
llenó de dicha los ojos de ambos.

José Barroeta

(Venezuela, 1942)

Senos

Tus senos locos
como el descubrimiento de América.
Bienaventurados como La Pinta, La Niña
y La Santa María.

Tus dos senos hechos de lámina de barcos
y de hélices en vibración.
Hermosos como la conquista del espacio.

Belkis Cuza Malé

(Cuba, 1942)

Mujer brava que casó con Dios

A sor juana inés de la cruz

Me la imagino toda de blanco,
pintando las paredes del convento con malas palabras,
abrumada por el calor, por los mosquitos,
y el desierto que era su celda.
Supongo que mucho antes, había cometido un desliz
con un caballero que por aquel tiempo
ya era casado, pero que reconstruía su vida de soltero
cada vez que la besaba.
Estoy segura de que cuando él la abandonó,
ella quiso entregar su cuerpo al diablo,
hacerse una mujer práctica e indigna,
y que compró dos o tres trapos femeninos,
lloró un poco,
y luego se dijo: «toda la maldad del mundo son los hombres».
Creo, es más,
que no procuró olvidarlo,
que llevó un récord de las batallas que ganaba,
y que solamente cuando lo mataron
en aquel lío de mujeres
ella puso sus ojos en otro,
y que casó con Dios, el impotente.

Raúl Gómez Jattin

(Colombia, 1945-1997)

Ni siquiera una dulce noche

Aquel amor de fiebre y de tormento
Aquel estar
pendiente de la luna entre los cocoteros
Por sí ella

me traía presagios de tu cuerpo
Pero en vano
Pero estaba demasiado enfermo para soportar la intimidad de tus caricias
No hubieras conocido
en mí sino el temblor de un poeta y de su muerte

Aquel temor de mirarnos a los ojos no era vano
Estabas revestido de otro mundo
Estabas lejos
Sobre todo cuando yo te amaba
Cuando era
de ti como la nube en el reflejo del agua
Dentro pero lejos
Dentro en el vientre
de una realidad inventada y fugaz

Eras íntegramente bello porque no toqué
tu cuerpo aunque tú lo querías y yo también
Pero antes de mi deseo estaba mi futuro
Estabas tú antes que mi deseo de ti
antes que el deseo estaba el amor
Antes que el amor estaba la vida y su maldad

Aquel amor que no tuvo una noche
Ni siquiera una dulce noche amor mío

María Mercedes Carranza

(Colombia, 1945-2003)

Las manos amadas

Manos sabias:
dedos que han oído
y en la oscuridad han visto.
Manos que llevan en su memoria
carnes destruidas ya por el olvido
y en las uñas
ese vago temor a la barbarie.
Manos que van de palabra
a labio, a instante

en que los dedos desordenan
infiernos y gestos y venas.
Piel cómplice o mezcla de sangres
cuando roza el centro de suave paloma.
Manos que también dicen adiós.

Francisco Hernández

(México, 1946)

Por amor a Fosca

1

Al amanecer, la verga del barco toca el cielo.
En el crepúsculo, hace perforaciones en el fondo del mar.

2

Recorrer el horizonte y descubrir a Fosca sobre la arena, con las piernas abiertas. Navegar hacia ella, pensando únicamente en lo salado del hundimiento.

3

Meterse en Fosca. En sus comisuras, en sus poros, en su
danzante brújula inocente. Recorrer su temperatura río arriba, vientre abajo, cuello adentro.

4

El cabello de Fosca dibujando su espalda, mi lengua aligerando sus cicatrices, mis dedos alisando sus
turbulencias.

5

Meterse en Fosca. Chupar su cuello y dentadura. Llenarse la boca con el pecho izquierdo. Llenarse la mano con
la nalga derecha.

6

En mi pene los índices de Fosca, las papilas de Fosca, los gérmenes de Fosca. Ella murmura: —Está a punto de estallar el surtidor de ardores...

7

Recorrer sus gruesos labios una y otra vez, de arriba abajo, de abajo arriba, mientras ella entona, con sus otros labios, una dulce canción para Parvathi.

8

Mi pene no se ve dentro de su boca. Su cabellera lo impide, la oscuridad lo impide. Enciendo una vela y ella la apaga. Lo líquido del humo llega hasta el piso.

9

Tus piernas en mis hombros y yo metido en ti. Yo invisible por completo, yo por completo dentro de ti...

10

La fealdad de tu belleza, Fosca. La fealdad de tu fealdad.
Tus huesos tan crujientes, tu forma de bailar siguiendo el ritmo de la belleza con absoluta claridad.

11

Tu cuerpo, Fosca, instrumento musical de tantas cuerdas.
Para aprender a tocarlo, necesito mis tres vidas anteriores y mis tres vidas futuras...

12

Tu pie en mi boca, en mi nariz, asfixiándome. Y lo que desde ahí observo antes de morderte.

13

Ni el ombligo de la luna ni el ombligo del mundo: tu ombligo, Fosca, parteaguas entre el cielo y el padre, entre la madre y el infierno.

14

—Corta mis uñas y cómetelas. Corta mi vello púbico y cómetelo.

Ahora, continúa Fosca, debes besar mi ano hasta el amanecer...

15

Desnuda sobre la cama, lo vegetal te busca y te rodea: gotas de belladona en las mejillas, hojas de bergamota en la entrepierna, pétalos blancos en los tobillos, lenguas de albahaca por el cuero cabelludo y la sombra del árbol del pan bajando por tu espalda.

16

Tu vulva humedecida, Fosca, tan mojada y olorosa como un estanque. Tu vulva tan fresca como una rebanada de mamey.

Tu vulva cazadora de cabezas. Tu vulva donde el sol se oculta en busca de resguardo.

17

¿Cómo es la música dentro de las piedras o en el interior de mis pezones?, pregunta Fosca. El viento sopla y al penetrar al corazón, responde.

18

Los flujos oxidados de Fosca duran días que parecen años.

He aprendido a quererla con luna bermeja y guantes colorados.

Con sábanas encarnadas y cojines carmesí. Con falda coralina y corpiño alazán. Con mejillas rubicundas y rayos infrarrojos. Con lágrimas purpúreas y prepucio rosado.

19

Cuando Fosca abre los ojos también abre las piernas. Y seguimos cogiendo hasta que el día cierra los ojos y se transforma en noche.

20

Entran murciélagos por el culo de Fosca. La electricidad entra por sus pupilas. Un perro negro la monta antes de correr tras un aleteo de zopilote. El tiempo daría su vida por convertirse en espejo.

21

Ella vive en la calle de la Saudade. La he visto bajar la cuesta casi desnuda, pararse a tomar agua en una fuente, sentarse a descansar en una banca y provocar a los ancianos para que la acaricien sin tocarla.

22

Fosca pudo llamarse Ofelia o Ana Palindrómica pero se llama Fosca.
Desconoce los celos, los eclipses la conducen a grandes
basureros y en sus axilas crecen matorrales con espinas
fosforescentes.

23

Sofé que Fosca nadaba sin muslos en un plato de avena.
Mi mano era un tiburón sin hambre. Mi hambre era una
boca sin dientes. La cuchara era una grúa que la violaba.

24

Fosca de los vientos, Fosca de Castilla, Fosca en capullo.
Fosca de Jericó, Fosca de Alejandría, Fosca sin vello púbico.

25

Sobre la tumba de un poeta hice el amor a Fosca. Las putas de la esquina me entusiasmaron con sus gritos. Los curas de la capilla se taparon los ojos con preservativos.

26

A Fosca le fascinan las aceitunas negras. Se hace collares con ellas y diademas. Cuando la luna se levanta, arroja las semillas al hormiguero.

27

El coágulo de Fosca era del tamaño de un puño: satélite de sangre bajando por sus piernas hasta los triángulos de un tapete iraní.

28

Fosca sale del baño con el cabello recogido por una toalla. Sonríe y me lee el I Ching:

—Hablan las imágenes: el cielo y la tierra no se juntan.

Tiempo de obstáculos. Sólo el Iluminado, por su sencillez, acepta sufrir. Lejos estás del reconocimiento y la gloria.

Depende de ti si tomas las armas o abandonas el campo de batalla. Estás invadido por las tinieblas. Puedes hundirte en ellas o atravesarlas...

29

A Fosca también le gustan las guayabas. Adora su fragancia, su inconfundible sabor, su suavidad extrema.

Cuando no puede dormir, las frota contra su clítoris hasta reventarlas.

30

A pesar de los truenos, escucho a Fosca orinar en el baño.

Comienzo a masturbarme, a pesar de que pronto estará junto a mí...

31

Sax. Sex. Six. Sox. Suck.

(Ha llegado a seis orgasmos cuando, sin despojarse de las medias, oye a Ben Webster tocar el saxofón).

32

Los perros juegan en el jardín con una pantaleta de Fosca.

La huelen, lamen, estiran y jalonean con rabia, pero no la rompen.

33

Primero nos quitamos la ropa. (Fosca se queda con sus medias negras). Después, me ata de pies y manos a los extremos de la cama. Enseguida me venda los ojos y se para encima de mí, colocando sus pies a los lados de mi cintura. Al poco tiempo, siento como su sangre tibia gotea sobre mi piel.

34

Con una voz ronca y extraña, Fosca dice delante del espejo:

—En tiempo de turbación, más turbación...

Y mueve su mano con asombrosa rapidez y gime y aparece en el espejo el conejo de la luna.

35

Ella besa mis tatuajes. Yo beso sus estrías. Ella besa mis arrugas. Yo beso sus cicatrices encendidas.

36

Hace mucho calor. Fosca sale a dormir al jardín, sobre el hormiguero. Los perros caminan nerviosos, de un lado a otro, chocando entre sí. Las hormigas aúllan.

37

Por amor a Fosca la fotografió masturbándose, bañándose, enroscándose. He fotografiado sus costillas falsas y las cuarteaduras de sus talones, sus muestras de excremento y sus invisibles omóplatos, sus toallas renegridas y sus flemas diurnas, su forma de persignarse y los restos de su cabello en la coladera.

Por amor a Fosca revelo no sólo el canto. También las múltiples caras de su moneda.

38

Los senos de Fosca son móviles, como las dunas del desierto.

Al soplar sobre ellos cambian de lugar y de tamaño. Uno hace las veces de viento y la carne se disfraza de arena.

A medianoche, después de soplarlos durante horas, los senos de Fosca se localizaban a la altura de las vértebras lumbares. Seguí soplando y al alba, resplandecían sobre sus rodillas.

39

Los perros sueñan con el coño de Fosca.

Fosca sueña que los perros se desplazan bajo una cascada de agua de Colonia.

40

A veces, Fosca habla dormida. Dice:

—Clávala, clávala, así, clávala en la depresión para que nunca despierte...

41

Dos, tres orgasmos de Fosca en mi boca.

De su racimo cayeron puntuales, rotundos, como pequeños sismos imaginarios de la misma intensidad y duración.

Quedé temblando ante la posibilidad de las réplicas.

42

Durante la ovulación, el olfato de Fosca se agudiza.

Esos días reina la pubertad por donde pasa y ella alcanza la altura del pararrayos de todos los olores.

De los bosques llega la brisa envuelta en corteza de abedul y del rastro, el tufo de las vísceras podridas.

Percibe a los ciclones antes de que nazcan, el sudor de

los amantes incrementa su cuello y la esencia de clavo vive sepultada en sus fosas nasales.

Me mira sin fingir los ojos y señala:

—La nostalgia huele a casa de huéspedes vacía, a papel

de estraza, a tinta verde. La soledad huele a tablilla de cera, a redondez de cero, a siglo que termina.

Sin abrir los ojos y sin tocar el aire, Fosca se aleja,

convertida en la pluma de una deidad bondadosa.

Diana Bellessi

(Argentina, 1946)

Cuando digo la palabra

Cuando digo la palabra

nuca

¿te chupo suavemente

hasta hundir

el diente aquí?

¿Estoy tocándote acaso?

Cuando digo pezón

¿la mano roza

las dilatadas rosas de los pechos tuyos?

¿te toco acaso?

¿Toca, lengua, la comisura
de mis labios y aprisiona
en la vasta cavidad el cuerpo
que desea ser tocado y ceñido
por tu lengua cuando nombra
mi boca la palabra lengua, acaso?

No me mandes al rincón

No hagás de mí el testigo
que se mira tocarte con palabras
Es la mano nombrada
no el nombre
quien desea aprisionar tus nalgas
—Hábleme
—¿Cómo será?
—¿Qué?
—Tu voz

¿fuego oculto en la madera
del fuego que se expande?

¿Así será?
El cuerpo de tu voz
en el instante en que
no me mandes al rincón
fluye miel de las granadas

No quiero
tocar un fantasma
ni quiero
la fantasía cortés
del trovador a su dama
Es a vos, mi amada

áspero cuerpo de la amiga a quien deseo

Gesto

de mutua apropiación

instante

donde no se sabe

los límites del tú, del yo

El nombre y lo nombrado

en tersa conjunción que sabe

no durará

y sabe

es más eterno

que el filo de un diamante

Alegre

relámpago de zarpa

y del mordisco

animal

el más bello de todos

el instinto

imperera aquí

Su voz no tiene traducción

Verbal moneda de intercambio

no

Sólo el audaz abrazo, amiga mía,

responde aquí

Darío Jaramillo Agudelo

(Colombia, 1947)

Encuentros

Arrodillado te degusto

te lamo y lamo

olfateo cada parte de ti

te aprendo con labios y nariz
te estremezco y ensalzo
subo y bajo
lengua de pezón a pubis
lengua de boca a oreja
interminable.

Encuentros

Apuro esta euforia
como un vino escaso la apuro hasta sus más íntimos delirios.
Perfume preciso que aletea en la alcoba,
aroma de la expulsión de los demonios,
viento fresco el cuerpo del amor.
Ajeno a toda zozobra
me convierto en brizna de la nada entre el amor,
oh alegría, azúcar de mi noche.

Anabel Torres

(Colombia, 1948)

Hago mi cama y me acuesto en ella

Un delator cabello
yace al fondo de la tina.
El bolígrafo que me diste
antes de abordar el tren
araña la superficie silenciosa
de la medianoche.

En la alcoba
tu aroma,
el olor nuestro.

Hago mi cama y me acuesto en ella,
dejando a medio leer la pila de periódicos del domingo
como ropa
esparcida por el suelo.

Trazo el contorno
de tus manos
en mis caderas.
Mi seno izquierdo
lleva la huella
de tu mano derecha
y sobre mi seno derecho
queda el galope de tu corazón.

Apago la luz
y me voy a soñar
durmiendo en ti esta noche,

tu ausencia abastecida en tu presencia.

Luis Antonio de Villena

(España, 1951)

El verano

Es obvio que no ignora su hermosura.
Camina en la mañana, azul y rubio todo como un día de agosto,
Esbelto y largo como una tarde cálida,
Coronado de flores pasionarias,
Engendrando el deseo y encrespando la dicha.
No va a ninguna parte bajo el sol matutino,
Entre mujeres sin manga que hacen compra, pasos de Corpus,
Y torres de gótico tardío, bruñidas de una luz radiante.
Llévame arrástrame contigo...
(Eres un incendio en un mar verde palma,
O el amor simplemente, con guirnaldas y ruidos.
Pasión y belleza habitan en tus días,
Y arcángeles cantores circundan tu camino.)
Llévame arrástrame contigo...
Ufano en la mañana, mientras tus ojos cantan
Y tu figura larga acicatea el ocio en plazuelas con fuente,
Palacio y bar antiguo...
Y al volver ya la esquina,
Como una stravaganza de música barroca,
Te vuelves, me sonrías (sabes bien que he mirado)

Y me guiñas un ojo, dulce,
feliz,
provocativo...

Raúl Zurita

(Chile, 1951)

Pastoral de Chile

Ríanse a mandíbula batiente
porque ella y yo nos hemos encontrado
Griten piedras y malezas del campo
que por nuestro amor
las cárceles de las ciudades se derrumban
y las rejas se deshacen
y hasta los candados han cedido
reventándose en los pórticos de los edificios
Por eso ríanse, ríanse que nos hemos encontrado
vuélense de amor por los pastos
Que yo y ella nos queramos para siempre
y que por nuestro amor sean queridas
hasta las puntas de fierro de las botas
que nos golpearon
y que quienes burlándose nos decían
“Báilennos un poco” y nos apagaban sus cigarros
en los brazos para que les bailáramos
que por nuestro amor, sólo por eso, ahora
bailen ellos
embellecidos como girasoles sobre el campo
Miren entonces la enverdecida de esta patria
para que sean queridos padre e hijo
esposa y esposo
para que hasta el león y la leona sean queridos
y después digan quién podrá apagar este amor
No lo apagarán ni lo ahogarán
océanos ni ríos

Manuel Ulacia

(México, 1953)

Arabian knight

Los montes, los olivos,
los campos de verduras en el valle,
los altos muros ocres
del Palacio Real en la medina,
la brisa de la noche,
la voz del moecín, lejana, monótona,
el café de siempre y sus parroquianos...

Sentado en la terraza
del jardín El Haboul, en Meknés,
un muchacho moreno
vestido con una chilaba blanca,
después de largo rato,
después de consumir
el té de menta que había ordenado,
se acercó a ti para saber de dónde venías...
Y mientras te contaba
la historia del lugar,
peló un higo maduro
con una navaja que desenvainó de golpe.
El reflejo del farol sobre la hoja
tocó tu rostro: tres gotas de leche
se derramaron por entre sus dedos.
Al ver que lo mirabas, sus pupilas
se dilataron como las de un tigre.
Entonces, partió el higo
—florescencia cargada en la bóveda—,
y enseguida, llevó
una de las mitades a tu boca
y la otra, con gesto ágil, a la suya.
Cuánto placer al degustar la fruta.
Cuánto vértigo en el filo de hora.
La sangre se hizo espesa,
los sentidos se abrieron a otro tiempo.
De pronto, sentiste sobre tu pie
su babucha. Y sin decir palabra,
te fuiste con él por las calles de la medina.

Víctor Manuel Mendiola

(México, 1954)

Los casados

La ventana
se abría sobre nuestros cuerpos,
daba a nosotros,
se asomaba al paisaje
de la tibia hortaliza de la piel.
Tú, con salud,
en ese campo
te desnudabas
y yo veía cómo entrábamos
a la playa de nuestro cuarto,
a la playa escondida de nosotros.
Allí, los árboles
se elevaban elásticos
bajo un espacio azul.
Por el azul
también llegaba
el resplandor del mar,
corría por arriba
de hierbas y legumbres,
por arriba del hule
que está a un lado
de la ventana;
se levantaba encima de nosotros
hasta tocar tu frente
después de humedecer el aire.
La ventana traía
la intimidad de afuera,
traía las palmeras
y muchas alas,
llevaba peces
como hojas de oro,
también traía
las voces de otras mujeres
y tú me acariciabas.

Yo era la piedra que caía
entre tus piernas,
el agua dura que hay entre tus pechos;
yo era el que entraba en ti
en el afuera de nuestro cuarto.
Éramos cuerpos,
naturalezas sorprendidas,
seguir la espalda,
hallar el caracol,
el pececillo oscuro
entre los vidrios
cuando
separaba las hojas de tus labios,
mis dedos y tu cuerpo
como su anillo justo.

Asomados los dos
a la intemperie,
al paisaje de nuestro cuarto
nos veíamos hierbas y desnudos
sobre la cama.

Rafael Vargas

(México, 1954)

Adúlteros

¿será mejor entonces, mujer, dejar de vernos,
apartar los labios teñidos de vino
y maquillar la roja mordedura del amor
ante viejos espejos carcomidos?
Nunca tendremos una casa, es cierto,
pero la intemperie de un gemido ha sido nuestro hogar.
No habrán aniversarios ni flores
pero tú rodarás interminablemente
entre las flores de mi sueño hasta mi tumba.
lo que la carne une nada lo separa:
ni Dios ni el tiempo ni el tempo ni el olvido.
el deseo planta un árbol del que una gran cauda de

Pájaros desciende

Para beber en la fuente lasciva de la sangre.

Verónica Volkow

(México, 1955)

El inicio

Estás desnudo

y tu suavidad es inmensa

tiembles en mis dedos

tu respiración vuela adentro de tu cuerpo

eres

como un pájaro en mis manos

vulnerable

como sólo el deseo podría hacerte vulnerable

ese dolor tan suave con el que nos tocamos

esa entrega en la que conocemos

el abandono de las víctimas

el placer como una fauce

nos lame nos devora

y nuestros ojos se apagan

se pierden

El eterno retorno del deseo Entre el Ganges y los Himalayas

Versiones de: Gabriel Zaid

Vidyapati

(India, 1352-1448)

Cara de luna

Te robaste la luna,

muchacha:

te van a descubrir.

Baja los ojos.
No provoques envidias
de los astros celosos.

Por ti pueden venir
eclipses y desastres:
te robaste la luna.

Y no hay manera
de que no se descubra.

No está bien

Cuando ronde el jardín,
verá que ni lo veo.

Cuando me ruegue,
ni le contestaré.

Cuando me abrace,
lo miraré con furia.

Cuando me bese,
menearé la cabeza.

No está bien.

Sueño

¡Qué cosas dijo!
Mi cuerpo se encendió.
Viendo brotar su amor,
mis ojos, dichosos,
se empañaron.

Anoche lo soñé.
Desató mi vestido.
Precipitadamente
me cubrí con las manos.
Pero, ¿quién

puede cubrir colinas
con unos cuantos pétalos?

Fin del mundo

No sé si estaba cerca o lejos,
si fue en un sueño o me abrazó.
Como un relámpago cayendo,
como una tumultuosa
corriente embravecida,
lo sentí en todo el cuerpo.
Mi pecho se alertó.

Me bebí aquella luna
volcada sobre mí,
mientras sentí caer
la noche alrededor:
las estrellas, la bóveda
del cielo, mi vestido,
mis pechos: todo se desató.

Oí bramar una tormenta
y era yo. Sentí
oscilar la tierra
y era yo. Creí
irme, arrastrada por el diluvio,
pero no era el fin del mundo.

Deprecaciones

Que nadie nazca.
Mas si tiene que ser,
que no sea mujer.

Mas si tiene que ser,
que nunca se enamore.

Mas si tiene que ser,
que no padezca
a su familia.

Quisiera estar segura de ti,
que no vieras a otras.

Mas si tiene que ser,
que me vuelvas a ver.

Plenitud

Canta, cuclillo despiadado.
Luna funesta, sigue en tu desolación.
Flechas de amor, dispáren.
Ha vuelto, al fin, mi amor.
Otra vez tengo casa.
Otra vez tengo Dios.
Otra vez tengo cuerpo.
Soy yo.

La diadema

Su cabellera cruza
por su cara
como nubes negrísimas
por la luna.

Su guirnalda deshecha
anda en su pelo,
igual que en aguas desbordadas.

Hoy, refinadamente,
ella es quien monta en él.
Se gana con amor
la diadema de perlas de su frente.

Con toda fuerza cae
sobre los labios de su amado

como una luna halcón
sobre una flor de loto.

El collar va y viene
bajo los pechos que se agitan
como borbotones de leche
de cántaros colmados.

Los cascabeles de su cinto
suenan a gloria del dios del amor.

Crisol

El oro se depura
en el crisol.
En no poder
se refina el amor,
Amor, amor,
calma tu indignación.
A veces sí
y a veces no.
Si se encienden
las palabras
y se enciende
la emoción
y luego no,
es que no es de aire
sino de carne y hueso
el amor.
A veces sí
y a veces no.

Celos

Mira, preciosa, aplácate.

Que tu largo collar,
cuyas cuentas repaso,
si toco a otra, me ahorque.

Que los cántaros de tus pechos,
colmados en mis manos,
si mis palabras suenan falsas,
me ahoguen.

Con tus brazos, amárrame,
en tus muslos, lacérame,
en tu pecho, sofócame.

Tortúrame día y noche
en el furioso potro de tu amor.

Súplica

Pechos repletos como copas.
Miradas maliciosas que me tienen perdido.
No me tortures más, hermosa.
Ya no soporto esta agonía.
Estoy zumbando como un zángano
listo para la miel.
Reina mía, apiádate.
Clemencia, no seas cruel.
Si he de morir, que muera.
Pero en la miel.

Explicaciones

Los rápidos del río,
amigo mío.

La pintura perdida,
el peinado perdido.

Tuve que nadar.
Perdí los aretes,
rompí mi collar.

Un breñal seco
a la orilla del río,

rasguñó mis pechos,
rasgó mi vestido.

¿Qué te quedas mirando,
amigo mío?

Fueron los rápidos del río.

Quejas

—Amigo mío,
¡lo que pasó esta noche!
La miel fue mi tortura.
Bebió mis labios,
arañó mis pechos,
me apretó cara a cara
hasta dejarme sin aliento.
Su vigor juvenil
desenfrenado, lo aturdió.
Rústico,
no sabía el arte del amor.

—Señora mía,
está usted encantada
con ese dios glotón.

Sobre las canciones de Vidyapati

Texto de: Gabriel Zaid

En la India se hablan más de 200 lenguas y dialectos, quince con estatuto de lenguas nacionales; y entre éstas el sánscrito, aunque ya no lo hablan más que unos cuantos miles de personas. Del sánscrito derivan las lenguas y dialectos de la mayor parte de la población, en particular las lenguas y dialectos biharis, que se hablan en el estado de Bihar. En este grupo se encuentra el maithili, hablado actualmente por más de 30 millones de personas en los estados de Bihar y Orissa, y en el sur de Nepal.

El maithili existe desde hace un milenio (como las lenguas hispánicas). Se parece tanto al bengalí como el gallego al portugués. También se parece al hindi, como el gallego al español. Pero el maithili, como sucedía con el gallego, a diferencia del español, el portugués y el bengalí, no es una lengua oficial. Ha tenido poco reconocimiento como una lengua con su propia literatura. Hasta en la India hay quienes creen que el maithili es un dialecto hindi o que Vidyapati es un poeta bengalí.

En la antigüedad, Mithila (que dio su nombre al maithili) formaba un reino aparte, al noreste del subcontinente, entre el Ganges y los Himalayas: un reino tropical al pie de las nieves más altas del mundo. Vidyapati, el gran poeta maithili, nació en Bisapi, en la región de Madhubani, cerca de la frontera con Nepal, en 1352. Mithila estaba entonces en el límite de la ocupación musulmana y pagaba tributos para conservar su relativa independencia. El padre de Vidyapati (cortesano y brahmín, estudioso y devoto) lo inició en las letras sánscritas.

En su larga vida (96 años), Vidyapati compuso un manual sobre el arte de escribir cartas, himnos religiosos, poemas oficiales y una serie de cuentos pedagógicos, todo en sánscrito. Pero su extraordinaria originalidad se da en maithili y en un período limitado y favorable: cuando es amigo del príncipe Siva Simha, que después llega al trono. Entre 1380 y 1406 (año en que el rey desaparece misteriosamente, en una batalla contra los musulmanes) compuso medio millar de canciones amorosas, que lo hicieron justamente célebre, aunque hasta la fecha no hayan sido leídas más que en círculos eruditos. Sin embargo, su gloria local subsiste y es verdaderamente popular: sus canciones se cantan todavía, sobre todo en las bodas.

Las correspondencias entre el cancionero de Vidyapati y los primeros cancioneros hispánicos sorprenden, además de que sirven para entenderlo desde una perspectiva familiar para nosotros.

En las cortes índicas (como en las hispánicas), la lengua culta era el sánscrito (el latín) y frente a esa lengua clásica, los idiomas populares: el hindi, el maithili, el bengalí (el castellano, el gallego, el portugués) parecían incapaces de expresiones “elevadas” (hasta el siglo xx se ha dicho misa en latín...). Los sanscritistas (latinistas) recitaban y explicaban el Ramayana y el Mahabharata (la Eneida, las Metamorfosis) mientras el pueblo cantaba en su lengua. Pero los conquistadores musulmanes tenían otra actitud. En 1325, Naser Saja hace traducir el Mahabharata al bengalí (como “las cantigas de amigo, extrañas totalmente al mundo latino clerical, que las despreciaba y abominaba, eran graciosamente acogidas por grandes poetas del mundo árabe desde el siglo ix”: Menéndez Pidal). No es inconcebible que el ejemplo hispanoárabe llegara a los Himalayas a través del islam; aunque también puede pensarse que en condiciones análogas se produjo un fenómeno poético semejante.

La gran originalidad de Vidyapati está en la frescura y libertad de sus canciones amorosas, y se acompaña de algunas novedades importantes:

a) Es el primer gran poeta que pasa de escribir en sánscrito o traducirlo a escribir directamente en la lengua del pueblo. Mester trovadoresco que recuerda a otros brahmines clericales convertidos en juglares: Berceo todavía en el paso intermedio de vulgarizar obras piadosas latinas escribiendo en “román paladino”; el Arcipreste de Hita, ya escribiendo y sintiendo en términos populares el Libro de buen amor, aunque siguiendo más o menos ejemplos clásicos (una especie de “nuevo Ovidio”, como Vidyapati fue “el nuevo Jayadeva”) y otro contemporáneo, también clérigo, también enfrentado a una presencia musulmana (llega a escribir en árabe), también autor de una especie de novela-colección de cuentos alegóricos educativos (Blanquerna), que incluye unos pasajes sorprendentes de “erótica a lo divino” (el Libro del amigo y el amado, trovadoresco y escrito en la lengua del pueblo): Raimundo Lulio.

b) En sus canciones, el sentimiento de la mujer se expresa no sólo sentido desde el hombre, sino por cuenta propia y desde la mujer (como en las cantigas de amigo). La subyugación del objeto, la lírica centrada en el yo, la monótona identidad del autor con la primera persona del singular de sus versos, vicios (o innecesarias limitaciones) de casi toda la poesía occidental de los últimos siglos, tienen una saludable confrontación en esta libertad de Vidyapati (y, por supuesto, en los cancioneros gallego-portugueses).

c) En Vidyapati pueden verse no sólo los mesteres de clerecía y juglaría, también la “erótica a lo divino”. Con una diferencia importante. Según Wardropper, en el caso cristiano siempre hay un contrafactum, digamos un refrito, que sacraliza un punto de partida mundano, basándose en la escisión abierta por el cristianismo entre este mundo y el otro. (Escisión originalmente platónica y ajena al judeocristianismo, pero que, en todo caso, ha sido un sello del cristianismo desde pocos siglos después de haber surgido hasta la fecha). El cristianísimo gusto de Baudelaire por el erotismo blasfemo, no es muy distinto ni va mucho más lejos que esta cancioncita al divino adulterio, compuesta por Santa Rosa de Lima, a partir del conocido original:

Las doce son dadas,
mi Esposo no viene:
¿quién será la dichosa
que lo entretiene?

En cambio, la poesía erótica de la que parte Vidyapati es originalmente religiosa. Las aventuras eróticas de Rama, Vishnu, Krishna, son divinas, como las de los dioses del Olimpo romano, hasta en sus relaciones con mortales y semidioses. Un libro del siglo ix o x, el Bhagavata Purana, cuenta los amores de Krishna en el papel de amante de vaqueras (“Moza tan hermosa no vi en la frontera, como una vaquera de la Finojosa”: Santillana); divinidad que salva por el amor y por encima de las conveniencias sociales.

Este papel de Krishna, y una de sus amantes: Radha, se vuelven el centro de un culto popular, el vaishnavismo, particularmente arraigado en Bengala, según el cual la salvación se alcanza celebrando la unión sexual para adorar a Krishna. Inspirado en este culto, un poeta bengalí del siglo xii, Jayadeva, escribe una de las grandes obras de la poesía erótica sánscrita: el Gita Govinda. Se trata de un poema dramático, una especie de ópera litúrgica o pastorela, que hasta la fecha se canta y se baila en templos vishnuitas, con una serie de canciones que se volvieron populares, en parte porque tienen estribillos que se repiten y en parte porque responden a la poesía popular: aunque escritas en sánscrito clásico, como el resto del poema, adoptan la métrica del cancionero popular bengalí. Estos “zéjeles” son el antecedente inmediato de las canciones, ya en maithili, de Vidyapati.

Octavio Paz ha señalado que en el erotismo índico suele verse algo que no existe y que es más bien una “proyección” occidental: el deseo incumplido de diálogo sexual total; aunque, en las tradiciones tántricas, la mujer es un cero más a la izquierda que en la tradición occidental. Algunas sectas creen, por ejemplo, que una mujer no puede salvarse sin reencarnar previamente como hombre.

Pero es evidente que en la poesía de Vidyapati las mujeres son personas. Lo cual quizá es inconcebible (en su contexto) sin suponer que tuvo originalidad religiosa. Mientras que, en el Govinda, es el Divino Esposo quien verdaderamente ejerce, en las canciones de Vidyapati no sólo ejerce vivamente la mujer, sino que el ejercicio mismo del amor se vuelve otra cosa: diálogo sexual, en vez de liturgia; o si se quiere: "liturgia" natural, más cerca del misterio de ser físicamente.

Archer ve la diferencia polarizada en los protagonistas: Krishna en el Govinda, Radha en las canciones de Vidyapati. O, para decirlo con su atinado ejemplo: en el pasaje de Govinda que habla de "la pura y clarísima alegría del trato de las manos del Mejor en la delicia de los pechos" son "las manos de Krishna, y no los pechos de Radha, el verdadero tema de la poesía de Jayadeva".

Pero tal vez hay algo más que un cambio de polaridad, ya de por sí sorprendente. Tal vez la suprema originalidad de las canciones de Vidyapati es religiosa: desacraliza las relaciones sexuales, y eso en el mismísimo contexto del culto a Krishna.

En su interpretación del contexto histórico del Cantar de los cantares, Schillebeeckx niega que el valor religioso del Cantar dependa de la interpretación alegórica, y establece la importancia del carácter natural, no sacralizado, del matrimonio hebreo, con toda su exaltación de las realidades terrenas, como una manifestación anti-idolátrica, en contra de las prácticas mágico-sexuales de sus vecinos cananeos (ritos de fertilidad, prostitución sagrada).

Según esto, frente a la lírica "a lo divino" de la tradición occidental y frente a la liturgia de los amores de Krishna en el Govinda, en las canciones de Vidyapati pudiéramos ver a Krishna y Radha como simples personas enamoradas que en el amor encarnan lo divino.

Fichas de autor*

- Aguirre, Raúl Gustavo (Buenos Aires, Argentina, 1927-1983).

Poesía: El tiempo de la rosa (1945), Cuerpo de horizonte (1951), La danza nupcial (1954), Cuaderno de notas (1957), Redes y violencias (1958), Alguna memoria (1960), Señales de vida, antología (1949-1961) (1962), La piedra movediza (1968), El amor vencerá (1971), La estrella fugaz (1984). Son muy apreciadas sus versiones de René Char. Ensayo: Las poéticas del siglo xx (1983).

- Agustini, Delmira (Uruguay, 1886-1914).

Poesía: El libro blanco (1907), Cantos de la mañana (1910), Los cálices vacíos, con póstico de Rubén Darío (1913).

- Alberti, Rafael (Puerto de Santa María, Cádiz, 1902-1999).

Poesía: Marinero en tierra (1925), La amante (1926), El alba del alhelí (1927), Cal y canto (1929), Sobre los ángeles (1929), Con los zapatos puestos tengo que morir (1930), Consignas (1933), Entre el clavel y la espada (1941), A la pintura (1948), Roma, peligro para caminantes (1968).

- Aleixandre, Vicente (Sevilla, 1898- Madrid, 1984).

Poesía: *Ámbito* (1928), *Espadas como labios* (1932), *Pasión de la tierra*, *La destrucción o el amor* (1935), *Sombra del paraíso* (1944), *Mundo a solas* (1950), *Historia del corazón* (1954), *En un vasto dominio* (1962), *Poemas de la consumación* (1968), *Diálogos del conocimiento* (1974), *En gran noche* (1991).

- Anguita, Eduardo (Santiago, Chile, 1914-1992).

Poesía: *Anguita* (1951), *El poliedro y el mar* (1962), *Venus en el pudridero* (1967), *Poesía entera* (1971), *Palabras en torno a Cristo* (1980), *Definición y pérdida de la persona* (1988).

- Anónimos y romances. Provenientes de los siglos xv y xvi, relatan incidentes de la historia y la leyenda, utilicen los tópicos de la caballería, o sean muestras delicadas e irónicas, sugerentes o explícitas, de la relación erótica, tienen todos ellos un encanto único. Mejor seguir soltera o convertirse en viuda, que ser mal casada: la voz de la mujer llega a ser tan perturbadora como certera. Y estos versos, muchos de ellos letras de canciones en metros tradicionales, vivificaron hasta nuestros días una tradición popular de riqueza incalculable. Basta pensar sólo en las obras de Federico García Lorca y Rafael Alberti. Para mayores precisiones, y deleitosas lecturas, puede verse: Blecua, José: *Floresta de lírica española*. Tercera edición aumentada, 2 volúmenes, Madrid, Gredos, 1979. Alzieu, Pierre; Jammes, Robert; Lissorgues, Yvan. *Poesía erótica del siglo de oro*. Barcelona, Crítica, 1984. Cohen, J. M., editor. *The Penguin Book of Spanish Verse*, 3.a edición, London, Penguin Book, 1988. Ly, Nadine y otros. *Anthologie bilingüe de la poésie espagnole*, Francia, Gallimard, 1995. "Bibliothèque de la Pleiade", No. 419.

- Aridjis, Homero (Contepec, Michoacán, México, 1940).

Poesía: *Los ojos desdoblados* (1960), *Antes del reino* (1963), *Mirándola dormir* (1964), *Persefone* (1967), *Ajedrez/Navegaciones* (1969), *Los espacios azules* (1969), *El poeta en peligro de extinción* (1992). En 1987 reunió su *Obra poética (1960-1986)*. Su último libro: *El ojo de la ballena* (2001).

- Arreola, Juan José (Zapotlan el Grande, México, 1918- Guadalajara, México, 2001).

Obra: *Varia invención* (1949), *Confabulario* (1952), *La hora de todos* (1965), *Palíndroma* (1971). *Novela: La feria* (1963). Puede consultarse Juan Gustavo Cobo Borda: *Premio Juan Rulfo, una década*. México, Fondo de Cultura Económica, 2002, 536 p.

- Ballagas, Emilio (Cuba, 1908-1954).

Poesía: *Júbilo y fuga* (1931), *Cuaderno de poesía negra* (1934), *Elegía sin nombre* (1935), *Nocturno y elegía* (1938), *Nuestra señora del mar* (1943), *Décimas por el júbilo martiano* (1953).

- Baquero, Gastón (Cuba, 1918- Madrid, 1997).

Poesía: *Poemas* (1942), *Saúl sobre la espada* (1942), *Poemas escritos en España* (1960), *Memorial de un testigo* (1966), *Magias e invenciones* (1984), *Autoantología comentada* (1992), *Antología 1937-1994* (1996). *Ensayo: Escritores hispanoamericanos de hoy* (1961), *Darío, Cernuda y otros temas poéticos* (1969), *Indios, blancos y negros en el caldero de América* (1991).

• Barba Jacob, Porfirio (seudónimo del poeta y periodista colombiano Miguel Ángel Osorio Benítez, Santa Rosa de Osos, 1883- Ciudad de México, 1942) Poesía: Rosas negras (1932), Canciones y elegías (1933), La canción de la vida profunda (1937), Poemas intemporales (1944).

• Barroeta, José (Trujillo, Venezuela, 1942).

Poesía: Todos han muerto (1968), Cartas a la extraña (1972), Arte de anochecer (1975), Fuerza del día (1985).

• Bécquer, Gustavo Adolfo (Sevilla, España, 1836- Madrid, 1870).

Poesía: Rimas (1871).

• Bellessi, Diana (Zavalla, Provincia de Santa Fe, Argentina, 1946).

Poesía: Crucero ecuatorial (1981), Tributo del mudo (1982), Eroica (1988). En 1995 publica en Caracas sus versiones de Diez poetas norteamericanas: Muriel Rukeyser, Denise Levertov, Ursula K. Le Guin, Adrienne Rich. En 1998 con el título de Gemelas del sueño Diana Bellessi y Ursula K. Le Guin publican un volumen conjunto donde cada una traduce la poesía de la otra.

• Belli, Carlos Germán (Lima, Perú, 1927).

Poesía: Poemas (1958), Dentro & fuera (1960), ¡Oh hada cibernética! (1961), El pie sobre el cuello (1964), Sextinas y otros poemas (1970), En alabanza del bolo alimenticio (1979), Más que señora humana (1986), Acción de gracias (1992).

• Borges, Jorge Luis (Buenos Aires, 1899- Ginebra, Suiza, 1986).

Poesía: Fervor de Buenos Aires (1923), Luna de enfrente (1925), Cuaderno San Martín (1929), El otro, el mismo (1969), Elogio de la sombra (1969), El oro de los tigres (1972), La rosa profunda (1975), La moneda de hierro (1976), Historia de la noche (1977), La cifra (1981), Los conjurados (1986).

• Camacho Ramírez, Arturo (Ibagué, Colombia, 1910-Bogotá, 1982).

Poesía: Presagio del amor (1939), Oda a Carlos Baudelaire (1945), Límites del hombre (1965), Carrera de la vida (1976). Obras completas, 2 vols. (1986).

• Cardoza y Aragón, Luis (Antigua, Guatemala, 1904- Ciudad de México, 1992).

Poesía: Luna Park (1923), Cuatro recuerdos de infancia (1931), El sonámbulo, Venus y tumba (1940), Pequeña sinfonía del Nuevo Mundo (1948), Quinta estación (1972), Lázaro (1994).

• Carranza, Eduardo (Apiay, Colombia, 1913- Bogotá, 1985).

Poesía: Canciones para iniciar una fiesta (1936), Seis elegías y un himno (1939), Ellas, los días y las nubes (1941), Azul de ti (1944), El olvidado y Alhambra (1957), Los pasos cantados (1970), Hablar soñando y otras alucinaciones (1974), Epístola mortal y otras soledades (1975).

- Carranza, María Mercedes (Bogotá, 1945, donde también muere, por voluntad propia, en el 2003).
Poesía: Vainas (1972), Tengo miedo (1983), Hola, soledad (1987), De amor y desamor y otros poemas (1995), El canto de las moscas (1997). En el 2004 aparece su Poesía completa.

- Carrera Andrade, Jorge (Quito, Ecuador, 1902-1978).
Poesía: El estanque inefable (1922), Boletines de mar y tierra (1930), Biografía para uso de los pájaros (1937), Microgramas (1940), Dictado por el agua (1951), Hombre planetario (1959), Floresta de los guacamayos (1964).

- Castellanos, Rosario (México, 1925-1974).
Poesía: Trayectoria del polvo (1948), Apuntes para una declaración de la fe (1948), De la vigilia estéril (1950), Dos poemas (1950), El rescate del mundo (1952), Poemas 1953-1955 (1957), Salomé y Judith: poemas dramáticos (1959), Al pie de la letra (1959), Lívida luz (1960), Materia memorable (1969), Poesía no eres tú: 1948-1971 (1972), Bella dama sin piedad y otros poemas (1984), Meditación en el umbral. Antología poética (1985).

- Castillo, Eduardo (Bogotá, Colombia, 1889-1938).
Poesía: Duelo lírico (1918), en compañía de Ángel María Céspedes, El árbol que canta (1928), Los siete carrizos. Obra poética (1965).

- Cea, José Roberto (El Salvador, 1939).
Poesía: Códice liberado (1968), Náufrago genuino (1969), Mester de Picardía, Misa mitin

- Cernuda, Luis (Sevilla, 1902- México 1963).
Poesía: Perfil del aire (1927), Donde habite el olvido (1934), Como quien espera el alba (1947), Desolación de la quimera (1962). A partir de 1936 fue reuniendo, en un solo volumen titulado La realidad y el deseo, toda su poesía, volumen que ha tenido varias reediciones.

- Charry Lara, Fernando (Bogotá, 1920- Washington, 2004).
Poesía: Once poemas en el No 5 (1944) de los cuadernos Cántico dirigidos por Jaime Ibáñez. Nocturnos y otros sueños (1949), Los adioses (1963), Pensamientos del amante (1981), Llama de amor viva (1986).

- Chocano, José Santos (Perú, 1875-1934).
Poesía: En la aldea (1895), Iras santas (1895), Azahares (1896), Selva virgen (1898), La epopeya del Morro (1899), El fin de Satán y otros poemas (1901), Alma América (1906), Poemas de amor doliente (1937), Oro de Indias (1941).

- Cisneros, Antonio (Lima, Perú, 1942).
Poesía: Comentarios reales (1964), Canto ceremonial contra un oso hormiguero (1968), El libro de Dios y de los húngaros (1977), Monólogo de la casta susana (1986). En Propios como ajenos realizó una antología personal de su poesía entre 1962 y 1989 (1989).

- Conde, Carmen (Cartagena, Murcia, España, 1907).

Poesía: Brocal (1929), Júbilos (1934), Pasión del verbo (1944), Mujer sin edén (1947), Derribado arcángel (1960), Corrosión (1975), Cráter (1985).

- Cote Lamus, Eduardo (Pamplona, Norte de Santander, Colombia, 1928-1964).

Poesía: Preparación para la muerte (1950), Salvación del recuerdo (1953), Los sueños (1956), La vida cotidiana (1959), Estoraques (1963). Prosa: Diario del Alto San Juan y del Atrato (1959).

- Cuza Malé, Belkis (Cuba, 1942).

Poesía: El viento en la pared (1962), Los alucinados (1963), Tiempos de sol (1963), Cartas a Ana Frank (1966).

- Darío, Rubén (Metapa, Nicaragua, 1867- León, Nicaragua, 1916).

Poesía: Abrojos (1887), Rimas (1887), Azul (1888), Prosas profanas (1896), Cantos de vida y esperanza (1905), El canto errante (1907), Poemas del otoño (1910), Canto a la Argentina y otros poemas (1914).

- de Alcázar, Baltasar (Sevilla 1530-1606) A la doña opone la fregona, al trascendentalismo del “divino” Herrera un muy prosaico realismo, para recordarnos que la pasión no sólo se alimenta de besos y gemidos. Requiere también de sustancias más terrestres, como berenjenas con queso, por ejemplo. Esta veta popular y satírica tendrá también una larga descendencia: Lope, Góngora, Quevedo.

- de Aldana, Francisco (Nápoles, 1537- batalla de Alcazarquivir, 1578, donde murió también el rey don Sebastián de Portugal).

Poesía: Primera parte de las obras que hasta ahora se han podido hallar del capitán Francisco de Aldana (1589). Segunda parte (1591).

- de Castillejo, Cristóbal (Ciudad Rodrigo, Salamanca h. 1494- Viena, 1550).

Paje del infante don Fernando, y luego monje cisterciense, vivió en Viena, al parecer amancebado y con un hijo. Poesía: Sermón de amores (h. 1542). Obras de amores (1528). El poema aquí incluido es imitación de Catulo.

- de Cervantes Saavedra, Miguel (Alcalá de Henares, España, 1547- Madrid, 1616).

Poesía: Cuatro poemas en la Historia y relación (1569), de la enfermedad, muerte y exequias de Isabel de Valois, tercera esposa de Felipe II. La Galatea (1585), novela pastoril donde la acción narrativa es rota por composiciones poéticas de distintas formas. Soneto: “Voto a Dios que me espanta esta grandeza” (1598). Carta de Lope de Vega: Poetas “ninguno hay tan malo como Cervantes ni tan necio que alabe a Don Quijote”, 4 de agosto de 1604. Viaje del Parnaso (1614).

- de Espronceda y Delgado, José (Almadralejo, Badajoz, España, 1808- Madrid, 1842).

Poesía: “La canción del pirata” (1835), Poesías de Don José de Espronceda (1840), El diablo mundo (1840).

- de Góngora, Luis (Córdoba, España, 1561-1627).

Poesía: Soledades (1613), Fábula de Polifemo y Galatea (1613), Fábula de Píramo y Tisbe (1618), Obras en verso del Homero español (1627).

- de Greiff, León (Medellín, Colombia, 1895- Bogotá, 1976).

Poesía: Tergiversaciones (1925), Libro de los signos (1930), Variaciones alrededor de nada (1936), Prosas de Gaspar (1937), Fárrago (1954), Bárbara Charanga. Bajo el signo de Leo (1957), Nova et vetera (1973).

- de Ibarbourou, Juana (seudónimo de Juana Fernández Morelos, nacida en Melo, Uruguay, 1895, y fallecida en Montevideo, en 1979).

Poesía: Las lenguas de diamante (1919), El cántaro fresco (1920), Raíz salvaje (1923), La rosa de los vientos (1930), Azor (1953), Romance del destino (1955), Oro y tormenta (1956), La pasajera (1967), Juan Soldado (1971).

- de Iriarte, Tomás (Puerto de la Cruz, Tenerife, España, 1750- Madrid, 1791).

Poesía: La música (1779), Fábulas literarias (1782).

- de la Cruz, san Juan (Juan de Yepes, Fontiveros, España, 1542- Úbeda, 1591).

Poesía: Obras espirituales que encaminan a un alma a la perfecta unión con Dios (1618). Autor de sólo 23 poemas, y la más alta cumbre de la lírica en lengua española, como lo dice Philip Ward: "Sus versos pueden leerse literalmente, como muestras sublimes de amor humano o como poemas místicos y alegóricos en los que el alma y el Creador son los verdaderos personajes", Diccionario Oxford de literatura española e hispanoamericana. Barcelona, Crítica, 1984, p. 428.

- de la Cruz, sor Juana Inés (seudónimo de Juana Ramírez de Asbaje, San Miguel de Neplanta, México, ¿1648 o 1651?- México, 1695).

Poesía: Inundación castálida de la única poetisa, musa décima, sor Juana Inés de la Cruz (1689), el segundo tomo de sus Obras (1692), Fama póstuma del Fénix de México (1700). Obras completas (1951-1957).

- de la Vega, Garcilaso (Toledo, ¿1501?- 1536, Niza, Francia).

Poesía: Tres elegías, 38 sonetos, tres églogas. ¿El gran poeta del amor es también un poeta erótico?

En todo caso Las obras de Boscán con algunas de Garcilaso de la Vega (1543) produjeron la mayor revolución de la lírica española, como dice Alberto Blecuá. En su "Oda a la flor de Gnido" nos dirá:

Hablo de aquel cativo, De quien tener se debe más cuidado,
Que está muriendo vivo, Al remo condenado,
En la concha de Venus amarrado.

Sus lirás influenciaron tanto a fray Luis de León como a san Juan de la Cruz.

de León, fray Luis (Belmonte, Cuenca, España, 1527- Madrigal de las Altas Torres, Ávila, 1591).

Poesía: "Habría que incluir su estremecedora traducción del Cantar de cantares entre sus mejores poemas: Fray Luis sabe respetar la desatada pasión y la incoherencia verbal del epitalamio", como dice la estudiosa Luce López Baralt. Las obras de Fray Luis de León fueron rescatadas y editadas por Francisco de Quevedo, en 1631. Su traducción del Cantar hecha para una prima suya monja, Isabel de Osorio, data de 1580 en Salamanca. Borges incluyó en su biblioteca personal, No 24, 1985 el cantar de cantares en la versión de fray Luis de León y anotó en el prólogo: "Esta biblioteca incluye asimismo el Cantar de los cantares o, como traduce fray Luis, Cantar de cantares. Lo define como égloga pastoral y le da un sentido alegórico. El esposo, proféticamente, sería Cristo; la esposa, la Iglesia. El amor terrenal sería un emblema de amor divino. Quizá no huelga recordar que la más encendida obra de la lengua castellana, la de san Juan de la Cruz, procede de este libro" (p. 10). La edición se basa en la que en 1779 publicara fray Diego González y fue editada por la imprenta de la hija de Ibarra.

- de Quevedo, Francisco Gómez (Madrid, 1580- Villanueva de los Infantes, 1610).

Poesía: Flores de poetas ilustres (1605), El Parnaso español, monte en dos cumbres dividido (1648), Las tres musas últimas castellanas (1670).

- de Tassis, Juan (conde de Villamediana) (Lisboa, 1582- Madrid, 1622).

Sólo seis de sus poemas se publicaron en vida. Sus poemas se editaron póstumos bajo el título de Obras, en Zaragoza (1629 y 1634) y se reimprimieron en Madrid con añadidos en 1635, edición que tuvo tres reimpresiones más en el siglo xvii. Pero su leyenda como cortesano y tahúr, homosexual y supuesto amante de doña Isabel de Borbón, esposa de Felipe IV, y su asesinato en la calle Mayor de Madrid, continúa viva, junto con la calidad de sus versos. Pablo Neruda le dedicaría su gran poema "El desenterrado", de Residencia en la tierra, y otro poeta, Luis Rosales, su ensayo Pasión y muerte del conde de Villamediana (1969).

- de Vega, Lope (Madrid, España, 1562-1635).

Poesía: La hermosura de Angélica con otras diversas rimas (1602), Rimas sacras (1614), Amarilis (1633), La vega del Parnaso (1637)

- de Villena, Luis Antonio (Madrid, 1951).

Poesía: Sublime solarium (1971), El viaje a Bizancio (1978), Hymnica (1979), Huir del invierno (1981), La muerte únicamente (1984).

- del Mar, Meira (Colombia, 1922).

Poesía: Alba de olvido (1942), Sitio de amor (1944), Verdad del sueño (1946), Secreta isla (1951), Poesía, antología bilingüe italiano-español (1970), Huésped sin sombra (1971).

- Díaz Mirón, Salvador (Puerto de Veracruz, México, 1853-Ciudad de México, 1928).

Poesía: El parnaso mexicano (1886), Lascas (1901), Poesías completas (1941).

• Diego, Gerardo (Santander, España, 1896- Madrid, 1987).

Poesía: Imagen (1922), Manual de espumas (1924), Versos humanos (1925), Fábula de Equis y Zeda (1932), Poemas adrede (1932), Ángeles de Compostela (1940), Alondra de verdad (1941), Amazona (1955), Amor solo (1958), Canciones (1959), Sonetos (1962), Preludio, aria y coda a Gabriel Fauré (1967), Versos divinos (1971).

• Eielson, Jorge Eduardo (Perú, 1921).

Poesía: Reinos (1945), Canción y muerte de Rolando (1959), Mutatis mutandis (1967), Poesía escrita (1976), Noche oscura del cuerpo (1983), Nudos (1997), Celebración (2001), Canto visible (2002), De materia verbalis (2002).

• Gaitán Durán, Jorge (Pamplona, Norte de Santander, Colombia, 1924- Pointe-a-Pitre, Antillas francesas, 1962).

Poesía: Insistencia en la tristeza (1946), Presencia del hombre (1947), Asombro (1951), El libertino (1954), China (1955), Amantes (1958), Si mañana despierto (1961). Obra literaria (1975).

• García Lorca, Federico (Fuente Vaqueros, Granada, 1898- Viznar, Granada, 1936).

Poesía: Libro de poemas (1921), Primer romancero gitano (1928), Poema del cante jondo (1931), Llanto por Ignacio Sánchez Mejía (1935), Poeta en Nueva York (1940).

• Gelman, Juan (Buenos Aires, 1930).

Poesía: Violín y otras cuestiones (1956), El juego en que andamos (1959), Velorio del solo (1961), Gotan (1962), Cólera buey (1965), Los poemas de Sidney West (1969), Hechos y relaciones (1980), Si dulcemente (1980), Hacia el Sur (1982), La junta luz, Carta a mi madre y Anunciaciones, aparecieron todos en 1989, Incompletamente (1997).

• Gil de Biedma, Jaime (Barcelona, 1929-1990).

Poesía: Según sentencia del tiempo (1955), Compañeros de viaje (1959), Moralidades (1966), Poemas póstumos (1966), Las personas del verbo (1975), donde se reúne su obra poética completa.

• Gil, Vicente (¿Lisboa?, hacia ¿1465?- hacia 1540).

El más grande dramaturgo portugués del Renacimiento que escribió gran parte de su obra en castellano, al ejercer su carrera en las cortes bilingües de Manuel el Afortunado y de Juan III, entre 1502 y 1536, fechas de su primera y última obra representadas. Compilacám de todas las obras de Gil Vicente (1562). El segundo poema de Gil Vicente sirvió de epígrafe a Gabriel García Márquez para su obra Crónica de una muerte anunciada.

• Gironde, Oliverio (Buenos Aires, Argentina, 1891-1967).

Poesía: Veinte poemas para ser leídos en el tranvía (1924), Calcomanías (1925), Espantapájaros (1932), Persuasión de los días (1942), Campo nuestro (1946), En la masmédula (1956).

- Gómez Jattin, Raúl (Cartagena, 1945, donde también muere en 1997).

Poesía: Poemas (1980), Retratos (1988), Hijos del tiempo (1992) reunidos en Poesía, 1980-1989 (1995). En 1993 publica Esplendor de la mariposa.

- Guillén, Jorge (Valladolid, 1893- Málaga, 1984).

Poesía: Cántico (1928, ampliado en sucesivas ediciones hasta 1950). Maremagnum (1957), ... Que van a dar en la mar (1960), A la altura de las circunstancias (1963), Y otros poemas (1973), Final (1982). El cuadro de Tintoretto El baño de Susana, aprox. 1560, bien podría estar en el origen del poema de Jorge Guillén. Dos miradas, plástica y verbal, sobre un mismo foco de atracción.

- Guillén, Nicolás (Camaguey, Cuba, 1902-1989).

Poesía: Motivos de son (1930), Songoro cosongo (1931), West Indies Limited (1934), El son entero (1947), La paloma de vuelo popular (1958), El gran zoo (1967), La rueda dentada (1972).

- Gutiérrez Nájera, Manuel (México, 1859-1895).

Poesía: Poesías (1896), Poesías completas, 2 tomos (1953).

- Hahn, Óscar (Chile, 1938).

Poesía: Esta rosa negra (1961), Agua final (1967), Arte de morir (1977), Mal de amor (1981), Estrellas fijas en un cielo blanco (1989), Versos robados (1995), Apariciones profanas (2002).

- Hernández, Francisco (San Andrés Tuxtla, Veracruz, México, 1946).

Poesía: Mar de fondo (1982), De cómo Robert Schumann fue vencido por los demonios (1993), Moneda de tres caras (1994), Soledad al cubo (2001). En el 2000 apareció su antología Las gastadas palabras de siempre.

- Hernández, Miguel (Orihuela, España, 1910- Alicante, España, 1942).

Poesía: Perito en lunas (1933), El rayo que no cesa (1936), Viento del pueblo (1937), El hombre acecha (1939), Cancionero y romancero de ausencias (1938-1941).

Huerta, Efraín (México, 1914-1982).

Poesía: Absoluto amor (1935), Línea del alba (1936), Poemas de guerra y de esperanza (1943), La rosa primitiva (1950), ¡Mi país, oh mi país! (1959), La raíz amarga (1962), El Tajín (1963), Los eróticos y otros poemas (1974), Transa poética (1980).

- Iglesias de la Casa, José (Salamanca, España, 1748-1791).

Sacerdote que en vida sólo publicó tres poemas, en 1793 se editaron dos volúmenes de Poesías póstumas.

- Jaramillo Agudelo, Darío (Santa Rosa de Osos, Antioquia, Colombia, 1947).

Poesía: Historias (1974), Tratado de retórica (1978), Poemas de amor (1986), Cantar por cantar (2001). Toda su poesía, de 1974 al 2001, fue reunida en Libros de poemas (2003).

• Jaramillo Escobar, Jaime (Pueblorrico, Antioquia, Colombia, 1932).

Poesía: Los poemas de la ofensa (1968), Extracto de poesía (1982), Sombrero de ahogado (1984), Poemas de tierra caliente (1985), Selecta (1987).

• Lizalde, Eduardo (México, D. F., 1929).

Poesía: La furia blanca (1956), La mala hora (1956), La tierra de Caín (1956), Odesa y Cananea (1956), La sangre en general (1959), Casa cosa es Babel (1960), El tigre en la casa (1970), La zorra enferma (1975), Caza mayor (1979), Memoria del tigre (1983), que reúne los cuatro libros anteriores, más varios en proceso, Tabernarios y eróticos (1988).

• López de Mendoza, Íñigo (marqués de Santillana) (Carrión de los Condes, Palencia, 1398-1458).

Poesía: 42 sonetos fechos al itálico modo, desde 1438 hasta su muerte. Serranillas, auténtico ciclo poético escrito entre 1429 y 1440. Decires narrativos, compuestos antes de 1437. Bias contra Fortuna (1448). Concibió la poesía como “un fingimiento de cosas útiles, cubiertas o veladas con muy fermosa cobertura, compuestas, distinguidas, y escandidas por cierto cuento, peso e medida”, como lo expresó en su carta al condestable don Pedro de Portugal hacia 1445.

• López, Luis Carlos (Cartagena de Indias, Colombia, 1879-1950).

Poesía: De mi villorrio (1908), Posturas difíciles (1909), Por el atajo (1920), Hongos de la riba (1942).

• Loynaz, Dulce María (Cuba, 1902-1997).

Poesía: Versos (1938), Juegos de agua (1947), Poemas sin nombre (1952), Poemas náufragos (1990).

• Machado, Antonio (Sevilla, España, 1875- Colliure, Francia, 1939).

Poesía: Soledades (1903), Soledades. Galerías. Otros poemas (1907), Campos de Castilla (1912), Nuevas canciones (1924).

• Machado, Manuel (Sevilla, 1874- Madrid, 1947).

Poesía: Alma (1902), Caprichos (1905), Alma. Museo. Los cantares (1907), El mal poema (1909), Trofeos (1910), Apolo (teatro pictórico) (1911), Cante hondo (1912), Ars moriendi (1921), Horas de oro (1938), Cadencias de cadencias (1943).

• Martí, José (José Julián Martí Pérez, La Habana, Cuba, 1853-Dos Ríos, Cuba, 1895).

Poesía: Ismaelillo (1882), Versos libres (1882), Versos sencillos (1891).

• Martínez Rivas, Carlos (Nicaragua, 1924-1998).

Poesía: El paraíso recobrado (1944), Canto fúnebre a la de muerte Joaquín Pasos (1948), La insurrección solitaria (1953), varias veces reeditada. En la edición de 1994 se le añade “Varia” con poemas no recogidos antes en libro.

- Mendiola, Víctor Manuel (México, 1954).

Poesía: Vuelo 294 (1997), Papel revolución (2000), La novia del cuerpo (2001). Reunió su poesía 1987-2002 en Tan oro y ogro (2003) y en 2001 recopiló, en Sol de mi antojo, una antología de poesía erótica con tema homosexual.

- Mistral, Gabriela (Vicuña, Coquimbo, Chile, 1889- Nueva York, 1957).

Seudónimo de Lucila Godoy Alcayaga. Poesía: Desolación (1922), Ternura (1924), Tala (1938), Lagar (1954), Poema de Chile (1967).

- Molina, Enrique (Buenos Aires, Argentina, 1910-1996).

Poesía: Las cosas y el delirio (1941), Pasiones terrestres (1946), Costumbres errantes o la redondez de la tierra (1951), Amantes antípodas (1961), Fuego libre (1962), Las bellas furias (1966), Monzón Napalm (1968), Los últimos soles (1980), El ala de la gaviota (1989), Hacia una isla incierta (1992), El adiós (1997). Su única novela: Una sombra donde sueña Camila O'Gorman (1973) bien puede adscribirse a la poesía misma.

- Montejo, Eugenio (Venezuela, 1938).

Poesía: Elegos (1967), Muerte y memoria (1972), Algunas palabras (1976), Terredad (1978), Trópico absoluto (1982), Alfabeto del mundo (1986), Adiós al siglo xx (1992), Papiros amorosos (2002).

- Montoya, Alberto Ángel (Bogotá, Colombia, 1903-1971).

Poesía: El alba inútil (1932), En blanco mayor (1935), Las vigiliás del vino (1938), Límite (1949), Hay un ciprés al fondo (1956), Regreso entre la niebla y otros poemas (1973).

- Moro, César (Lima, Perú, 1906-1956) Poesía: Le Château de Grisou (1943), Lettre d'Amour (1944), Trafalgar Square (1954), Amour ^ mort (1957), La tortuga ecuestre (1957).

- Mutis, Álvaro (Bogotá, 1923).

Poesía: La balanza (1948), en compañía de Carlos Patiño. Los elementos del desastre (1953), Reseña de los hospitales de ultramar (1955), Los trabajos perdidos (1965), Summa de Maqroll el Gaviero. Poesía (1948-1970). (1975). Caravansary (1981), Los emisarios (1984), Crónica regia (1985), Un homenaje y siete nocturnos (1986).

- Neruda, Pablo (Parral, Chile, 1904- Santiago, 1973).

Poesía: Crepusculario (1923), Veinte poemas de amor y una canción desesperada (1924), Residencia en la tierra (1935), Canto general (1950), Odas elementales (1954), Estravagario (1958), Memorial de Isla Negra (1964), La barcarola (1967), El mar y las campanas (1973), Libro de las preguntas (1974).

- Nervo, Amado (México, 1870-1919).

Poesía: Perlas negras (1898), Místicas (1898), Los jardines interiores (1905), En voz baja (1905), Serenidad (1914), Elevación (1917), El estanque de los lotos (1917), La amada inmóvil (1920), La última luna (1943). El poema de Nervo se convirtió en tango, cantado por Carlos Gardel.

• Novo, Salvador (Ciudad de México, 1904-1974).

Poesía: xx poemas (1925), Espejo (1933), Nuevo amor (1933), Dueño mío (1944), Florido laude (1945).

• Ocampo, Silvina (Buenos Aires, Argentina, 1903-1994).

Poesía: Enumeración de la patria (1942), Espacios métricos (1945), Los sonetos del jardín (1946), Poemas de amor desesperado (1949), Los nombres (1953), Amarillo Celeste (1972).

• Pacheco, José Emilio (Ciudad de México, 1939).

Desde su libro inicial de poesía Los elementos de la noche (1963) ha publicado doce más, hoy reunidos, en Tarde o temprano (1958-2000).

• Padilla, Heberto (Pinar del Río, Cuba, 1932- Estados Unidos,2000).

Poesía: Las rosas audaces (1948), El justo tiempo humano (1962), Fuera del juego (1968), Provocaciones (1972), El hombre junto al mar (1981).

• Parra, Nicanor (Chillán, Chile, 1914).

Poesía: Cancionero sin nombre (1937), Poemas y antipoemas (1954), La cueca larga (1958), Versos de salón (1962), Canciones rusas (1967), La camisa de fuerza (1968), Los profesores (1971), Artefactos (1972), Sermones y prédicas del Cristo de Elqui (1977), Chistes para desorientar a la poesía (1983), Trabajos prácticos (1990).

• Paz, Octavio (Ciudad de México, 1914-1998).

Poesía: Luna silvestre (1933), Raíz del hombre (1937), Entre la piedra y la flor (1941), Libertad bajo palabra (1949), Piedra de sol (1957), La estación violenta (1958), Salamandra (1962), Blanco (1967), Ladera este (1969), Vuelta (1976), Árbol adentro (1987).

• Pizarnik, Alejandra (Buenos Aires, Argentina, 1936-1972).

Poesía: La tierra más ajena (1955), La última inocencia (1956), Las aventuras perdidas (1958), Árbol de Diana (1962), Los trabajos y las noches), Extracción de la piedra de la locura (1968), El infierno musical (1971), Textos de sombra y últimos poemas (1982). En el 2003 se publican sus Diarios.

• Rasch Isla, Miguel (Barranquilla, Colombia, 1889-1953).

Poesía: A flor de alma (1911), Cuando las hojas caen (1923), La visión (1925), Púrpura y oro (1944), La manzana del Edén (s. f.), Para leer en la tarde (s. f.).

• Restrepo, Elkin (Medellín, 1942).

Poesía: La palabra sin reino (1982), Retrato de artistas (1983), Absorto escuchando el cercano canto de sirenas (1985), La dádiva (1991), La visita que no pasó del jardín (2002).

- Rivera, José Eustasio (San Mateo, Huila, Colombia, 1888- Nueva York, 1928).

Poesía: Tierra de promisión (sonetos) (1921).

- Rojas Herazo, Héctor (Tolú, Sucre, Colombia, 1921- Bogotá, 2002).

Poesía: Rostro en la soledad (1951), Tránsito de Caín (1953), Desde la luz preguntan por nosotros (1956), Agresión de las formas contra el ángel (1961), Las úlceras de Adán (1995).

- Rojas, Gonzalo (Lebu, Chile, 1917).

Poesía: La miseria del hombre (1948), Contra la muerte (1964), Oscuro (1977), Trastierro, antología 1936-1978 (1979), Del relámpago (1981), 50 poemas (1982), El alumbrado y otros poemas (1987), Materia de testamento (1988), Diálogo con Ovidio (2000). En el 2004, con selección y prólogo de Nicanor Vélez, aparece Concierto, una amplia antología de su obra, de 1935 a 2003.

- Rojas, Jorge (Santa Rosa de Viterbo, Colombia, 1911- Bogotá, 1995).

Poesía: La forma de su huida (1939), La ciudad sumergida (1939), Rosa de agua (sonetos) (1941), Parábola del Nuevo Mundo (1945), Soledades (1948), Soledades II (1945), Cárcel de amor (1976), Soledades III (1985), EL libro de las tredécimas (1991), Facetas (1995).

- Romances y anónimos Ver de ficha "Anónimos y romances", pág. 444.

- Ruiz, Juan (Arcipreste de Hita) (siglo xiv).

Se piensa que el autor nació en Alcalá de Henares, se educó en Toledo, donde conocería la cultura islámica y hacia 1330 escribiría su libro en Hita, un pueblo de la Alcarria a 50 kilómetros de Alcalá. Es, con el Cantar de Mio Cid el más importante poema extenso conservado de la España medieval, como señala Philip Ward.

- Sabines, Jaime (Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 1926- México, D. F., 1999).

Poesía: Horal (1950), La señal (1951), Tarumba (1956), Diario semanal y poemas en prosa (1961), Yuria (1967), Maltiempo (1972), Algo sobre la muerte del mayor Sabines (1973), Nuevo recuento de poemas (1977) que fue aumentando en sucesivas ediciones.

- Sáenz, Mária (Guayaquil, Ecuador, 1937-1964).

Cuando le comenté a Mirko Lauer lo muy útil que había sido para este proyecto su pequeño volumen Poemas del amor erótico (1972), preparado por él y Abelardo Oquendo con introito de Antonio Cisneros se limitó a decirme, muy sibilino: "No creas todo. No creas todo". Si bien Lorca, Neruda y Octavio Paz parecían confirmables, no así Mária Sáenz. Ni Hernán Rodríguez Castelo (1979) ni Leonardo Barriga López (1981) la incluyen en sus muy canónicas antologías de poesía ecuatoriana. ¿Entonces?

- Salinas, Pedro (Madrid, España, 1891- Boston, Estados Unidos, 1951).

Poesía: Presagios (1924), Seguro azar (1929), Fábula y signos (1931), La voz a ti debida (1933), Razón de amor (1936), Largo lamento (1939), El contemplado (1946), Todo más claro y otros poemas (1949).

- Sánchez de Badajoz, Garcí (Ecija, ¿1460?- ¿1526?).

Elogiado por Lope de Vega, su más famosa poesía es la aquí incluida, la cual se halla en el Cancionero general (1511). Se dice que sus amores lo enloquecieron. En el siglo xx el narrador mexicano Juan José Arreola le rinde un conmovedor homenaje, también incluido en esta antología. Sus Liciones de Job apropiadas a las pasiones de amor fueron consideradas sacrílegas. Se destacan también sus Lamentaciones de amores.

- Sánchez Peláez, Juan (Altagracia de Orituco, Estado Guarico, Venezuela, 1922- Caracas, 2004).

Poesía: Elena y los elementos (1951), Animal de costumbre (1959), Filiación oscura (1966), Un día sea (1969), antología donde se reúnen los tres libros anteriores más “Lo huidizo y lo permanente”, Rasgos comunes (1975), Por cual causa o nostalgia (1981), Aire sobre el aire (1989).

- Sarduy, Severo (Camagüey, Cuba, 1937- París, 1993).

Poesía: Bing-Bang (1974), Un testigo perenne y delatado (1993).

- Segovia, Tomás (Valencia , España, 1927. Llega a México en 1940, donde se lo considera poeta mexicano).

Poesía: Luz provisional (1950), Apariciones (1957), Siete poemas (1958), Luz de aquí (1958), El sol y su eco (1960), Anagnorisis (1967), Historias y poemas (1968), Terceto (1972), Figura y secuencias (1979), Partición (1976-1982) (1983), Lapso (1986), Orden del día (1988), Noticia natural (1991), Fiel imagen (1997), Lo inmortal y otros poemas (1998).

- Silva, José Asunción (Bogotá, Colombia, 1865-1896).

Poesía: Poesías, prólogo de Miguel de Unamuno (1908), Poesías completas (1951), Obras completas (1965).

- Storni, Alfonsina (Argentina, 1892-1938).

Poesía: La inquietud del rosal (1916); El dulce daño (1918); Irremediablemente (1919); Languidez (1920); Ocre (1925); Mundo de siete pozos (1924); Mascarilla y trébol (1938). En Poesías (Edición S. E. L. A., 1976) se incluyen desordenadamente muchos poemas no publicados en libro.

- Sucre, Guillermo (Venezuela, 1932).

Poesía: Mientras suceden los días (1961), La mirada (1970), En el verano cada palabra respira en el verano (1976), Serpiente breve (1977), La vastedad (1988), La segunda versión (1993).

Dentro de su tarea crítica son ya clásicos su libro sobre Borges el poeta (1968) y su ensayo sobre la poesía latinoamericana: La máscara, la transparencia (1975).

- Tedesco, Luis O. (Buenos Aires, 1941).

Poesía: Los objetos del miedo (1970), Cuerpos (1975), Paisajes (1980), Reino sentimental (1985), Vida privada (1995), La dama de mi mente (1998).

• Torres, Anabel (Bogotá, 1948).

Poesía: Casi poesía (1975), La mujer del esquimal (1981), Las bocas del amor (1982), Medias nonas (1992), Agua herida (2004).

• Ulacia, Manuel (México, 1953).

Poesía: La materia como ofrenda (1979), El río y la piedra (1988), Origami para un día de lluvia (1990) y Arabian knight (1993).

• Uribe Arce, Armando (Santiago de Chile, 1933).

Poesía: Transeúnte pálido (1954), El engañoso laúd (1956), Los obstáculos (1961), No hay lugar (1970), Odio lo que odio, rabio como rabio (1998).

• Valera Mora, Víctor (Trujillo, Venezuela, 1935-1984).

Poesía: Canción del soldado justo (1961), Amanecí de bala (1971), Con un pie en el estribo (1972), 70 poemas stalinistas (1979).

• Vallejo, César (Santiago del Chuco, Perú, 1892- París, 1938).

Poesía: Los heraldos negros (1918), Trilce (1922), Poemas en prosa (1939), Poemas humanos (1939), España, aparta de mí este cáliz (1940).

• Vargas, Rafael (Ciudad de México, 1954).

Poesía: Conversaciones (1979), Piedra en el aire (1984), El habitante de la niebla (1988), Pienso en el poema (2000). Ha traducido, entre otros, del inglés los Ensayos literarios de John Berryman (1987), y El sueño del alquimista de Charles Simic (1994).

• Vidyapati (Bisapi, Reino de Mithila, hoy India, 1352-1448).

Ver artículo de Gabriel Zaid sobre su obra, en la página 435.

• Vilariño, Idea (Uruguay, 1920).

Poesía: La suplicante (1945), Cielo cielo (1947), Paraíso perdido (1949), Por aire sucio (1951), Nocturnos (1955), Poemas de amor (1958), Pobre mundo (1967), No (1980).

• Villaurrutia, Xavier (México, 1903-1950).

Poesía: Reflejos (1926), Nocturnos (1931), Nocturno de los ángeles (1936), Nostalgia de la muerte (1938), Décima muerte y otros poemas no coleccionados (1941), Canto a la primavera y otros poemas (1948).

• Volkow, Verónica (México, 1955).

Poesía: La Sibilía de Cumas (1978), Litoral de tinta (1979), El inicio (1983), Los caminos (1989).

• Ximénez de Urrea Pedro Manuel (Zaragoza, ¿1486?-¿1535?).

Poesía: Cancionero (1513), Penitencia de amor (1514), Primera imitación de La celestina.

• Zaid, Gabriel (Monterrey, México, 1934).

Poesía: Fábula de Narciso y Ariadna (1958), Seguimiento (1964), Campo nudista (1969), Práctica mortal (1973), Cuestionario (1951-1976) (1976). Sonetos y canciones (1992), editado por El Tucan de Virginia, donde se incluyen sus "Canciones de Vidyapati", Leer poesía (1972), La máquina de cantar (1967), La poesía en la práctica (1985).

• Zurita, Raúl (Santiago, Chile, 1951). Poesía: Purgatorio (1979), Anteparaíso (1982), Canto a su amor desaparecido (1985), El amor de Chile (1987).

Notas

* Sobre los poetas colombianos aquí incluidos puede consultarse con mayor bibliografía: Juan Gustavo Cobo Borda: Historia de la poesía colombiana siglo xx. Bogotá, Villegas Editores, 2003.